Restif de La Bretonne

La hija seducida



En los albores de la Revolución Francesa, un cura seduce a la hija de un amigo. A partir de este incidente, Restif de la Bretonne aprovecha las desaforadas aventuras de los personajes principales de esta obra para atacar, en un tono sarcástico, la doble moral y la hipocresía propias de esta época. *La hija seducida* es una novela trepidante en la que el sacerdote protagonista utiliza recursos literarios —como por ejemplo el de recitar cuentos eróticos—, para obtener el beneplácito de las mujeres a quienes desea engatusar. Entre otras, el díscolo religioso pretende llevarse al huerto a una joven adolescente y a su propia madre. Un clásico de la novela erótica.

Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne

La hija seducida

Título original: *La fille seduite*
Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne, 1780
Traducción: Carlos de Arce
Retoque de cubierta: diego77

1

Pauline tenía quince años. Era una muchacha morena que poseía una mirada ardiente, anunciadora de un corazón presto a inflamarse; sin embargo, Pauline todavía era completamente inocente.

Una madre piadosa y dispuesta, sin andarse con ternezas, se había preocupado de darle una educación moral y muy apropiada, de manera que pudiese conservar mucho tiempo su candidez; y todo, gracias a una feliz mezcla de cosas que podía saber y de otras que debía ignorar.

Había un hombre de cierta posición y de grandes méritos que tenía la costumbre de frecuentar la casa desde hacía bastantes años. Poseía buena presencia, modales agradables y mucho ingenio; en fin, era lo que suele decirse un hombre amable e incluso un apuesto caballero.

Al principio de sus relaciones con la familia se dedicó a hacer la corte a la madre de Pauline; pero esta mujer, virtuosa por indolencia, y no estimando a su marido lo suficiente como para hacerle el honor, al engañarlo, de situarse por debajo de su condición moral, supo mantener al amigo siempre en los límites propios de una exclusiva intimidad familiar.

Puestas así las cosas, la pasión que L.D.M.E. sentía por la madre se fue desplazando y se transformó fácilmente en amor por la hija; si es que puede profanarse el nombre de amor, prostituyéndolo con esas pasiones vergonzantes cuyo fin es la corrupción.

Los encantos de Pauline empezaban a desarrollarse, y aunque estos atractivos aún no fuesen de una gran belleza, propiamente

dicha, sí poseían un mérito singular, tan provocante y tan voluptuoso que excitaban los deseos más que la misma perfección. Su cintura, sus pechos y su estilizado cuello parecían hechos por las Gracias y dignos del Amor.

L.D.M.E. acostumbraba a bromear amistosamente con la jovencita Pauline (costumbre peligrosa, imprudentemente tolerada en París con las muchachas próximas a la adolescencia), a hacerle los lazos de sus vestidos; en una palabra, le prestaba esos pequeños servicios que conducen a la familiaridad.

Sin embargo, cuando la joven se vio formada, por instinto natural trató de evitar que el hombre se tomase aquellas libertades con ella; y empezó a encerrarse, para vestirse con la ayuda de la camarera de su madre. No obstante, L.D.M.E. supo penetrar hasta ella y entonces adoptó modales más respetuosos, fingía controlar los quehaceres de la camarera e hizo algo más que ella, encontró el secreto para hacer soportable su presencia.

Esto no quiere decir que fuese detestado: un hombre apuesto siempre obtiene derechos sobre el corazón de las jovencitas; pero la familiaridad de L.D.M.E. con la madre de Pauline daba a la muchacha esa especie de repugnancia que los jóvenes sienten por sus superiores.

El seductor enseguida se dio cuenta de este sentimiento desfavorable y puso en práctica aquello que consideró más eficaz para hacer que cesase tal antipatía.

Empezó por ser menos asiduo con la madre; inmediatamente afectó el aire de parecer respetuoso ante ella; mostrarse bien distanciado y permitirse asombros, aturdimientos y chiquilladas, por las que era reprendido por la madre y ante las cuales fingía sonrojarse.

Todas estas mudanzas resultaban fáciles para un hombre de mucho ánimo, y además le acercaban insensiblemente a Pauline, con la cual ya hacía causa común en muchas de ellas y con cierta frecuencia.

Tan minuciosos detalles y molestias se prolongaron a lo largo de más de un año.

Cuando L.D.M.E. consideró haber llegado al mismo punto de intimidad que había tenido con Pauline durante su infancia, es decir, cuando ella ya reía con él con igual familiaridad, el hombre empezó la seducción: se dedicó a abusar de esta familiaridad para excitar en los sentidos de la muchacha una turbación peligrosa.

Creo que esta materia es delicada, pero debe tratarse; y confío en salir airoso de ella, para hacer esta narración de utilidad, aclarando a las madres y a las mismas jovencitas la realidad de muchas acciones, pretendidamente indiferentes, y que realmente lo son en hombres fríos, pero que tienen otra acepción en los hombres de pasiones ardientes.

Los procedimientos utilizados por el seductor fueron las caricias. No deben permitirse con las muchachas de quince a dieciséis años, y sería mucho mejor si se les prohibiesen a los hombres con las niñas menores.

Esos toqueteos que se ríen, esos besos en la boca, ponen una tenue veladura sobre el espejo puro de la imaginación de las jóvenes, por lo general más predispuestas y más penetrantes que los muchachos, o al menos más dispuestas a serlo.

Sostengo y podría decirlo, que he visto a jóvenes que han tenido, siendo mayores, vergonzosas debilidades, e incluso que se volvieron libertinas, y en las cuales la corrupción se remonta a su infancia. Otras, es cierto y su número es bien pequeño, aprovecharon las experiencias que los malintencionados tuvieron con ellas en su tierna edad, para preservarse de ataques más peligrosos, e incluso tomaron horror al libertinaje y a las libertades más excusables; pero lo repito, son las excepciones.

L.D.M.E. consiguió que Pauline tolerase sus caricias. Al principio no eran deshonestas más que en su intención, y nada, en lo externo, podía hacerlas reprensibles; tan pronto era un beso en la boca, sin apoyarse, dado al pasar, como algún pellizco o alguna palmadita en distintas partes del cuerpo. A esto se unían las

expresiones a las cuales acompañaba la risa y un tono sin consecuencias, que parecían despojarlas de su carácter licencioso.

Pauline, todavía inocente, se acostumbraba de forma insensible a escuchar estos propósitos y a soportar aquellas libertades, aunque se defendía de ellas como todas las jovencitas, por ese sentimiento natural a su sexo; pero lo hacía riendo o con ese aire medio enfadado, que por el contrario suele enardecer más a quien se toma la molestia de provocarlo.

El corruptor, sin embargo, no se limitaba a estos detalles; también echaba leña al fuego relatando ciertas historias, que consideraba como *cuentos divertidos*. Unas veces los relataba delante de Pauline y otras a ella, directamente; pero nunca se guardaba el desenlace de esos *divertidos cuentos*, que generalmente acababan en la desdicha o en el libertinaje, cuando no, y con frecuencia, en ambos.

Pauline contaba con una gran desventaja y era que tanto su camarera como la otra mujer que servía en su casa, carecían de prejuicios morales; L.D.M.E., que las conocía muy bien, se aprovechaba de su liberalidad y se permitía contarles relatos harto licenciosos que no se atrevía a decir directamente a Pauline. Tal era la historia de un cierto señor Parangón con una joven y bella persona, llamada Lise Khoraut. Este corruptor, hombre de unos cuarenta años entonces, se tomaba toda clase de libertades con la jovencita, que llegó al punto de hacerse imprescindible y ella no hacía más que buscarlo.

Lise vivía con unos tíos suyos. En París, una jovencita de trece a catorce años ya recibe muchas muestras de atención, si es linda. Y Lise Khoraut lo era en demasía, aunque resultaba obtusa con respecto a la galantería. Si le decían que la amaban, ella también respondía que amaba, pero sin sospechar las acepciones más interesantes de amar. Su tía, que decía ser muy devota, recibía con cierta frecuencia las visitas de un sacerdote y confesor. En aquella

época las visitas eran tan frecuentes que la joven Lise sintió curiosidad por saber de qué se ocupaban con tanto interés y misterio, pues últimamente la echaban de junto a ellos y despedían a la servidumbre para quedarse solos. Así Lise pudo verlos, a través de un cortinaje que separaba su cuarto del salón, con tanta claridad como si estuviera en la misma habitación. El venerable sacerdote, a los pies de su penitente, tenía la tez animada, los ojos brillantes… una fisonomía totalmente diferente de la que le veía de ordinario. Besaba apasionadamente una mano de la tía y le pedía con insistencia algo que Lise no comprendía; pero su arenga estaba acompañada de gestos apremiantes: deslizaba una mano bajo la pañoleta… y la otra, más insolente, se metía más abajo.

La mujer empezó a gritar quedamente, en un tono desesperado, casi como un clamor apasionado, del que la muchacha no comprendía su origen. La voz de la mujer afirmaba «qué bueno», con tal exaltación que Lise no se atrevió a intervenir, haciéndose numerosas preguntas sobre el particular. Por un instante estuvo tentada de huir, pero permaneció algo más observando y escuchando lo que no podía ser más que satisfacciones compartidas entre su tía y el sacerdote, pues ella cogía algo de él mientras se inclinaban ambos para besarse en la boca.

Unos pasos en el pasillo la hicieron huir precipitadamente y cuando volvió a su agujero no pudo ver más que la despedida de los dos amantes. Sus rostros estaban un poco más rojos que de costumbre, pero nada parecía aclararle más las cosas.

Hace falta poco para revolucionar una cabeza joven, y Lise no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Pensaba que las iniciativas del temerario sacerdote debían llevar a algún sitio, pero no conseguía adivinar adonde. Entonces recordó que su profesor de baile, el señor Parangón, hombre de unos cuarenta años, que la trataba con encantadora dulzura, siempre estaba dispuesto a enseñarle las más peregrinas cosas. En cierta ocasión le habló de los misterios de la reproducción vegetal para despertar en ella otras curiosidades; pero aún era muy chiquilla para comprender ciertas veleidades. Sin

embargo, ahora sentía necesidad de aclarar ciertos misterios y aprovechó la primera ocasión en que quedaron a solas para dar la lección acostumbrada. Lise, entre risas y divertida, relató los hechos vistos al señor Parangón, quien no reía ni compartía su diversión.

—¿Es que no os resulta graciosa la aventura? —le preguntó Lise, extrañada.

—Sin duda, señorita. Es de lo más singular.

—¿Verdad que sí?

—Decís que él estaba de rodillas, así, como yo ahora.

—Sí, precisamente. Y ella se sentaba así. ¿Qué os parece?

—Bien. Y él tenía una mano bajo la pañoleta… en el pecho, acariciando así.

—Sí, señor Parangón; pero quizá no haga falta que me toquéis.

—No, no. Si es de lo más inocente. Una en el pecho y la otra aquí debajo.

—¡Oh, señor Parangón!

La mano del profesor de baile, como un relámpago, había alcanzado el mismo lugar que la del sacerdote en su tía. Y recorría, sin obstáculos, aquello que jamás había tocado la mano de un hombre. Lise estuvo a punto de protestar y defenderse, pero la boca del diestro libertino tapó bruscamente la suya… una lengua… un dedo… y una extraña embriaguez se apoderó de la muchacha. El agresor jugueteaba maravillosamente por todos los sitios donde podía divertirse y la jovencita, sentada en el borde del sillón, adoptaba la posición más favorable que su feliz instinto le pedía.

Un ruido súbito, que se oyó en la antecámara, hizo que su vencedor soltara su presa con el tiempo justo para acomodar sus ropas. Parangón, compuesto y en pie, se vio obligado a empujar a Lise varias veces para que recuperara la conciencia. Su tía entró inmediatamente. Percibió algo extraño en el ambiente, aunque no dijo nada que demostrase su alerta. Sin embargo, a partir de aquel día el señor Parangón no tuvo nueva ocasión para estar a solas con su discípula. La tía de Lise había decidido asistir a todas las clases.

Para colmo de desdichas, el *sotanudo* dejó de aparecer por la casa y el humor de la tía de Lise fue volviéndose tan pronto taciturno como irritado. Con tal perspectiva la nueva instrucción de la joven resultaba imposible. La muchacha no podía espiar a su tía, ni tampoco requerir nuevas enseñanzas al señor Parangón. Lise estaba inconsolable.

Pero la fortuna quiso acordarse de ellos al cabo de varios días. La tía de Lise recibió una misiva de su enamorado y olvidadizo cura; en ella le pedía una entrevista, que lo recibiese a cenar, pues tenía asuntos importantes que tratar con ella. Como su marido estaba por aquellos días de viaje por provincias, la mujer se las prometió felices y recibió la cita con el mayor de los entusiasmos. Dio orden de que preparasen una cena exquisita e hizo más: en el colmo de su dicha, se mostró elocuente y muy amable con el señor Parangón, cuando éste daba su acostumbrada clase de baile a Lise.

¡Cornamenta! ¡Bondadosa, pero feliz reina! Tus estados son inmensos, tus súbditos innumerables; haces felices de mil maneras diferentes a todos aquellos que consienten en serlo merced a ti y, sin embargo, la mayoría son ingratos que te maldicen en vez de bendecirte. ¡Qué ceguera!

La tía de Lise estaba dispuesta y ante el asombro de la muchacha rogó a Parangón que, si no tenía invitación más importante para aquella noche, le agradecería se quedase a cenar con ellas.

Lise no lograba adivinar qué iba a suceder, pero el hecho de ver a su tía alegre, entusiasmada y sobre todo tener junto a ellas al señor Parangón, la hacía sentirse de lo más feliz. ¡Al fin ocurriría algo!

La mujer no se cansaba de prodigar alabanzas al maestro de baile. Lo consideraba un acierto y un talento para la instrucción de su sobrina.

Parangón se quedó a cenar; había comprendido perfectamente que gustaba a la tía, como también tenía encandilada a la sobrina. Y cuando el temerario sacerdote se presentó y se vio sorprendido con

la presencia impuesta del maestro de baile y Lise en la comida, todo tomó un giro inesperado.

Un poco irritado y molesto el sacerdote interrumpía las palabras de coquetería y galantería que Parangón, bien por astucia o fingimiento, sostenía con la dueña de la casa. Pero ni ésta ni su nuevo adorador parecían darse cuenta, o simulaban no advertirlo, como de mutuo acuerdo, lo que encelaba más al aturdido enamorado que apenas si se atrevía a expresar alguna palabra galante a su amada.

La cena fue muy animada y se bebió bastante. Parangón narró los cuentos más agradables, de los que Lise y su tía rieron hasta las lágrimas. Incluso los celos del sacerdote se disiparon un tanto y dedicó su atención a la joven Lise. Ella sentía, allá abajo, unos pies que trataban de entablar conversación con los suyos, pero ignoraba a quién pertenecían. Sonreía, tanto a Parangón como al de la sotana, sin llegar a comprender, con exactitud, el fin de aquella velada. Le parecía maravillosa y se admiraba de ver la gran transformación de su tía; toda radiante de dicha y amabilidad, insinuando caricias y besos a los hombres; a Parangón principalmente. De pronto la mujer empezó a bostezar y enseguida habló de retirarse a descansar. Pidió a Lise que se despidiese de aquellos caballeros y se levantó para entregársela a la doncella que debía acostarla. Ella permaneció con los dos hombres.

La muchacha se acostó un poco triste y malhumorada. No tenía sueño y sí estaba inquieta y desasosegada por todo lo sucedido. Daba vueltas sobre la cama cuando al cabo de una hora, más o menos, le pareció oír ruidos en el pasillo. Se asomó con cierto temor, pero no vio nada. Todo aparecía en penumbra, salvo una tenue luz que salía del dormitorio de su tía. Se acercó para espiar por una ranura de la puerta y descubrió a su tía en camisón.

Las manos de alguien que no lograba ver, porque el cuerpo de su tía lo impedía, se movían de arriba abajo y de un lado a otro, acariciando aquella figura por todas partes. La voz de su tía lanzaba

suaves suspiros y exclamaciones de voluptuosidad. Entonces se oyó una voz de hombre, ahogada e indescifrable para Lise. Decía:

—¡Ahora, querida!… ¡Quítatelo!… Qué preciosa eres y cuánto me gustan tus pelitos…

Siguió un murmullo de besos y de caricias, mientras la ropa caía a los pies de la mujer y mostraba toda la espalda desnuda a los ojos de Lise. Esta no lograba ver quién estaba ante ella, arrodillado, besándola y masajeando las nalgas de su tía con avidez. Luego oyó la voz del hombre:

—¡Marcha, querida! ¡Camina con los brazos en alto! Regálame con la vista.

A Lise le pareció que el hombre era Parangón, pero no podía asegurarlo. También estaba desnudo, de rodillas, dándole la espalda para contemplar cómo caminaba la mujer. Como voluptuosa bailarina, su tía accionaba cada parte de su cuerpo con una cadencia suave, como en éxtasis. Lise nunca la había visto tan transformada ni tan desnuda, y reconoció que tenía una figura bonita. Su carne blanca, como el nácar, resaltaba la mata de vello de su sexo, y los pechos, un tanto grandes, se bamboleaban con una pesadez maciza que debía encantar al hombre, por las exclamaciones que lanzaba. Vio que también se puso en pie y dijo:

—¡Mira cómo estoy!

—¡Qué tieso lo tienes!

—Es por ti, querida. ¡Presento armas a la mujer más adorable que he conocido!

—¡Oh, qué encantador! ¡Cómo me excitas!… ¡Ven, ven a la cama!

Lise hizo esfuerzos por ver aquello que estaba tan tieso, pero no alcanzó a saber qué era. La pareja había desaparecido de su vista y sólo oyó el crujir de la cama y luego la voz del hombre:

—¿Te gusta?

—¡Ah, qué bueno! ¡Qué bueno!

—¡Es todo tuyo! ¡Todo!

En la escalera se oyó entonces la voz de la doncella y Lise corrió a su habitación, temerosa de ser sorprendida en tales menesteres.

Parecía que todo se confabulaba para que Lise no estuviese tranquila. Una extraña desazón invadía todo su cuerpo. La imagen de su tía, desnuda y danzando, la acosaba. Se despojó de su camisón y empezó a moverse con voluptuosidad, agitando los brazos y tratando de imitar aquellos movimientos que tan graciosos le parecían. Luego se tendió sobre la cama y notó que el frescor de las sábanas le producía una sensación muy agradable. Se frotó contra ellas, experimentando una voluptuosidad en todo el cuerpo.

Sus manos empezaron a deslizarse por su cuerpo; su cara, su cuello, sus senos jóvenes, duros y firmes, que le ofrecían sensaciones desconocidas y deliciosas. Luego más abajo, hasta detenerse en su pequeño tesoro.

El recuerdo del dedo de Parangón la electrizó. Aquello era una sensación violenta, que la estremecía y la obligaba a auparse, alzando su sexo como para alcanzar algo inexplicable. Y sin darse cuenta, apoyaba los pies y giraba sus caderas, imprimiendo a su éxtasis una cadencia inolvidable. Sentía algo dentro de ella que ya no controlaba, pero que la hacía desear, que anhelaba con toda su alma.

De repente, en aquella especie de extravío que la consumía, se detuvo, se echó de bruces y se aferró a su almohada. Sentía la necesidad de abrazar algo, de un cuerpo al que pudiera aprisionar, apretar contra el suyo.

Por un momento Lise creyó volverse loca. Su sangre corría tumultuosa por sus venas, ardiendo y galopando hacia el cerebro. Suspiraba y ahogaba voces de ansiedad y de amor.

Volvió a juguetear con sus dedos entre sus piernas, calmosa, queriendo mantener aquella sensación de bienestar el mayor tiempo posible; pero enseguida se encontró enajenada y tremendamente excitada hasta que creyó desvanecerse y entonces se aferró fuerte contra la almohada. La oprimía entre sus piernas y contra sus

pechos. La besaba con locura, abrazándola apasionada y agitándose con ella, embriagada y dominada por sus sentidos exacerbados.

De pronto se detuvo, estremeciéndose. Sintió como si estuviera fundiéndose, que se destrozaba.

Durante unos momentos le pareció que todo había desaparecido, y en el momento en que comenzaba a recuperar el control de sí misma, escuchó que alguien abría sin ruido la puerta de su cuarto, que estaba enfrente a los pies de la cama.

Lise se hallaba en una actitud tan singular que no podía modificarla sin dar lugar a sospechas. Por otro lado se sentía algo culpable y tuvo miedo. Fingió dormir, pero entreabriendo los ojos lo necesario para ver quién entraba a aquellas horas en su habitación: era el mismo Parangón.

El primer movimiento que hizo al verla pintó la más deliciosa sorpresa en su rostro. La muchacha estaba tal como las tres diosas se ofrecieron a los ojos de Paris, boca arriba, la cabeza apoyada contra el brazo izquierdo, cuya mano apenas cubría su cara; sus piernas, una extendida, la otra abierta con la rodilla flexionada, traicionando el más secreto de sus encantos, y la mano que tan bien lo había acariciado, yacía blandamente junto al muslo.

Después de haber contemplado desde la puerta aquella posición, que el voluptuoso libertino debió encontrar maravillosa, Parangón se acercó al lecho con mucha precaución y obligó a cerrar completamente los ojos a la muchacha, pues no deseaba que pudiese dudar que dormía.

—¡Qué hermosa eres! —murmuró acercándose mucho, al punto que ella sintió su aliento calentando su piel, e inmediatamente recibió un beso sobre cierto vello que ya se rizaba.

Tan singular caricia estremeció a la joven, y un movimiento más rápido que el pensamiento la hizo cambiar de postura.

—Perdóname, mi querida señorita —dijo Parangón suavemente —. Lamento turbar tu reposo, pero son tan angelicales tus encantos, tan inocente tu sonrisa y tan apasionadas tus exclamaciones del otro día, que me tienes rendidamente enamorado de ti y no he podido

sustraerme a la delicia de ofrecerte mis homenajes más cariñosos y efusivos.

Aunque Lise le había vuelto la espalda, fingiendo dormir, seguía completamente desnuda, ofreciendo a su vista el maravilloso espectáculo de sus miembros muy bien proporcionados, que él ya recorría con sus manos sabias y acariciadoras sin que ella se atreviese a rechistar.

Confusamente, Lise sentía que lo decente hubiera sido oponer una fuerte resistencia. Chillar. Pero temía que su tía se enterase y la avergonzara, y por otro lado, aquellas manos que apenas rozaban todo su cuerpo, empezaban a excitarla y ofrecerle aquella extraña sensación que momentos antes ella misma se había procurado con tanto anhelo.

Parangón la examinaba a placer a la tenue luz de la lamparilla de noche; la recorría con sus manos y sus labios iban a posarse diestra y apasionadamente sobre distintas partes del cuerpo. Empujándola suavemente, la colocó de nuevo boca arriba y sus labios se entretuvieron en las rosas de sus pechos.

Lise se conmovía de placer ante aquellas nuevas caricias, delatando su satisfacción con ligeros movimientos.

Parangón ya era incapaz de contenerse. Multiplicaba sus caricias y prodigaba sus besos por aquel cuerpo de mujer en ciernes, y con voz apenas inteligible, dijo a la muchacha:

—Voy a enseñarte otras maneras de besar. Las formas que dan mayor placer.

El hombre tomó las torneadas piernas de la joven y la atrajo, ladeándola, hacia fuera de la cama. Se arrodilló después y sin decir palabra, avanzó su rostro hacia el cuerpo grácil que parecía ofrecerse en el ara del sacrificio. La lengua experta de Parangón hizo el resto. Prodigó los escarceos por el cuerpo de Lise, insistiendo vehemente en su sexo, hasta que la muchacha, en el colmo del enardecimiento, conoció el éxtasis, estremeciéndose convulsa y espasmódica, para quedar inmóvil y rendida sobre el lecho.

Siguieron unos instantes de calma. Parangón la dejaba reponerse mientras la contemplaba con evidente deleite, al tiempo que calculaba hasta dónde podría llegar. Al fin se decidió y avanzó su cara hasta besar a Lise en los labios, hablándole entre caricias.

—Tenías razón, señorita. Ya sabes a mujer. Pero aún te falta madurar un poco y aprender mucho.

Lise, con voz ahogada y la lengua pegada al paladar, se atrevió a decir:

—¿Me enseñarás tú, Parangón?

—Lo haré con gran ilusión… siempre que jures guardar este secreto y no revelarlo a nadie.

—¿Ni a mi tía?

—Menos que nadie. ¿Lo juras?

Lise juró como él quería.

Parangón ya estaba lanzado y era incapaz de detenerse; con afables palabras pidió a la muchacha que le devolviese aquellas caricias que a ella le habían hecho tan feliz, y le explicó cómo debía hacerlo. Lise dudó un instante al ver aquello tan grande y tieso, pero enseguida recordó las palabras de su tía, que tanto lo alababan y tan bueno le parecía. Se mostró sensualmente sumisa y le proporcionó el placer deseado.

Desde aquella inolvidable noche, la intimidad entre Parangón y Lise no hizo más que ir en aumento. Sólo su tía, que aquella misma noche había convertido al maestro de baile en su amante, se lo disputaba con harta frecuencia. Lise se veía obligada a hacerse la encontradiza y siempre buscaba a Parangón para satisfacer sus fantasías eróticas.

2

L.D.M.E. sabía contar estas historias y adornarlas con detalles y de manera caricaturesca, para hacer gratas todas sus libertades; pero no sería decente copiar más, aunque yo ya he oído este peligroso cuento relatado con gran pormenor.

Otro ejemplo que citó el seductor, riéndose mucho para que su liberalidad surtiese el efecto apetecido en su joven presa, aunque lo relataba a sus sirvientas, se refería a otra joven que había sido asaltada por unos libertinos; encontró aquella diversión tan agradable que enseguida buscó a los mismos y los hubiera violado a su vez si hubiera podido.

Ocurrió yendo al castillo de sus padres. La jovencita iba acompañada de su aya en una pesada berlina. Los postillones habían bebido más de lo razonable en la última posta y empantanaron el carruaje a cien pasos del camino principal. Los caballos no podían mover la berlina y entre juramentos y palabrotas, los postillones dijeron que uno debía ir en busca de caballos suplementarios. El menos bruto se fue a por ellos.

Un momento después llegaron cuatro bergantes de uniforme. El grupo había sido enviado, con buenas intenciones, por el postillón que acababa de alejarse. Pero aquellos bellacos, en vez de ayudar, empezaron a vociferar de entusiasmo. Estaban tan ebrios como los postillones.

—¡Por los dioses! —gritó el que parecía ser el jefe—. ¡Mirad qué hermoso cargamento! Tratémoslas como corresponde a su belleza.

—Prometo voltear dos veces a cada una —replicó uno.

—Yo soy hombre de media docena de veces —respondió otro.

—Hagan como quieran —añadió un tercero—. Yo voy a lo sólido. ¡Vamos, ladronzuelas, salid de ahí! ¡Pronto, si no os haremos bajar con buenos modales…!

—¿Bajar al pantano? —exclamó el aya asustada.

—Ni pensarlo —interrumpió uno de los bellacos—. Nadie dirá que lo haré con culos sucios. Venga, princesas, subid. ¡A la carga! ¡Hop!

La pobre aya, más muerta que viva, fue la primera. De los hombros del mandadero pasó a los brazos del sargento, quien, guardando su pipa en su sombrero, se dispuso a besarla; ella gritó con todas sus fuerzas y le soltaron una patada en el culo para que no se hiciese la interesante.

Otro asió a la muchacha por las enaguas cuando iba a lanzarse por la otra puerta; la belleza de los atractivos que ese movimiento puso en evidencia, reunió los sufragios de los espadachines. Un grito unánime la alabó:

—Es para mí, yo la quiero. A mí, a mí.

La muchacha se dejó tirar en el suelo sin hacer resistencia, aprovechando la lección de la patada. El más prendado enseguida acarició tetas e intentó otros encantos, pero la joven empezó a debatirse y logró quitárselo de encima para huir a toda prisa.

Mientras, el postillón que había intentado defender a las mujeres, recibía golpes a mansalva hasta que al fin lo ataron a un árbol. El aya pataleaba, cogida por dos bribones; uno estaba entre sus piernas y el otro de rodillas sobre sus brazos en cruz.

La joven fue prontamente alcanzada por su asiduo pretendiente, que la volteó por el suelo mientras intentaba desnudar sus hombros y dejar sus senos al descubierto. De nuevo, bajo el peso de su cazador, la joven, con cierta contenida angustia, suplicaba por su vida.

—¿La vida? Nada más justo —respondió el bellaco—, pero no me negaréis un favor que no tiene tanta importancia.

Y sus manos lograron posarse sobre sus hermosos senos, parecidos a bolas de nieve. Los besó fogoso, mientras intentaba subirle las ropas.

—¡Bruto! ¡Dejadme!

—No gritéis, princesa —añadió él—. Si sólo es un placer para los dos.

—¿Cómo os atrevéis?

—¡Pardiez! Ya veis la prueba. Esto no tiene miedo.

—¡Basta, basta! ¡Esconded eso!… ¿Qué vais a hacer…?

El hombre desgarraba las faldas molestas mientras enarbolando su arma se colocaba entre las piernas bien abiertas de la muchacha.

—Ahora todo irá mejor.

—¡Gran Dios! ¿Queréis matarme?

La muchacha apenas se resistía, contemplando con asombro aquello tan enorme que ya le cosquilleaba en el sexo. Intentaba incorporarse, pero el bellaco la besaba en los senos con apasionada fogosidad.

—¡Desgraciado, deteneos!… ¡Ah!

La embestida fue de tal calibre que la joven creyó haber sido desfondada. Apenas sin voz, dijo:

—¡Cesad!

—¡Vamos, princesa, boga un poquito!

—Señor… ¡Ah!… Estoy perdida… Desdichado… ¡quitad!

Pero ya levantaba sus piernas, altas, y se agitaba como si acabasen de clavarla a la tierra.

—Un momento nada más —dijo el hombre.

Y agarrando con sus manos el trasero de la muchacha, imprimió más cadencia a sus movimientos. La joven, entonces, se aferró a sus cabellos y a cada embestida recibida lanzaba profundos gemidos de placer. Una oleada de calor la inundó hasta el cerebro y cuando se aprestaba a gozar intensamente de aquella sensación tan placentera, el hombre se levantó y la dejó en tierra, con la boca abierta, terriblemente excitada e insatisfecha.

No tuvo tiempo de gritarle nada, porque junto a ellos ya se encontraban los demás compañeros del bribón. Uno, viéndola tan propicia, exclamó:

—¿Veis la hermosura que contemplan mis ojos?

—¡Que el diablo me lleve si he visto nunca criatura tan bella! —replicó otro.

—Coged y desnudadla en un minuto —dijo el primero—. Vamos, que cada uno le haga probar su gozo favorito.

—¿Desnudarme? —exclamó la muchacha asustada—. ¡Cielos! ¿Qué me exigís?

El rufián no parecía estar de humor para conceder nada ni suspender sus deseos; la insultó, golpeándola de manera brutal y en un instante la joven fue despojada de todas sus ropas. Su blanco cuerpo quedó totalmente expuesto a la lascivia de los bellacos. Los dieciocho años de la joven eran dignos de admirar. Alta, de cara hermosa y dulce, formas abundantes, bella cabellera, cuello hermosísimo y ojos de expresión tierna, que en aquellos instantes mostraban cierta desazón e inquietud, servían para excitar satisfactoriamente a los nuevos atacantes.

—Estáis en nuestro poder, y la razón del más fuerte siempre es la mejor, querida niña —dijo el que hablara primero—. Voy a probaros que deseo gustaros. Una muchacha puede conceder más de un favor y con ella se puede festejar a Venus en más de un templo.

—¡Oh, señor! —suplicó la joven—. No tengo experiencia. Apiadaos. ¡Vais a matarme!

—¡Qué inocencia! No temáis nada. Os sacrificaré en el templo más secreto y al mismo tiempo el más voluptuoso.

El bandido se enardecía al exponer sus pérfidas intenciones, y para dar mayor fuerza a sus palabras pasó a la práctica con el precepto y sus manos, a pesar de la resistencia de la muchacha, se extraviaban hacia el altar en donde el muy traidor pretendía penetrar.

—¡Agarradla bien! —clamó—. ¡Que no se me escape!

Entre dos la cogieron de los brazos y la alzaron. El cabecilla, por detrás, logró abrirle bien las piernas y le punzaba en las nalgas con su ariete bien rígido y caliente. Las manos y las bocas de los que sujetaban a la joven empezaron a acariciar y besar la cara y los pechos de la muchacha. Ella, fascinada por todo aquello y a punto

de desfallecer, apenas lanzaba ligeras exclamaciones de protesta por cómo se sentía tratada.

Sus carnes se desgarraron y aquel miembro ardiente, empujado con furia, consiguió entrar por entero en el estrecho templo de la muchacha, que lanzó un grito horroroso. Sintió que las piernas de su adversario se pegaban a su carne y aquel cuerpo duro se agitaba dentro de ella con tanto vigor y agilidad que la joven, en medio del dolor y la inquietud, empezó a sentir un delicioso éxtasis que creyó remataría el gozoso placer ya experimentado con el primer bribón. Sin embargo, el bellaco la inundó inmediatamente con su licor viscoso y tibio, abandonándola al instante.

Apenas tuvo tiempo de comprender qué pasaba cuando el siguiente la hizo ponerse de rodillas entre sus piernas. Luego, sentándose de golpe sobre sus muslos, la agarró de la cabeza, doblándola hasta colocar su arma en el valle de sus senos. Con brutales palabras y gestos la incitaba a satisfacerle. Y tan pronto la golpeaba de manera nerviosa en las mejillas como en los pechos. Estas partes de la muchacha enseguida se pusieron de rojo púrpura. Ella sufría e imploraba clemencia, lo cual irritaba más al bellaco, que redoblaba sus caricias. En un instante la lengua de la joven fue mordida y las dos fresas de sus senos retorcidos de tal manera que ella se echó hacia atrás para huir, pero fue contenida. La arrojaron sobre él, que la oprimió con más fuerza hasta lograr su éxtasis.

La joven, en medio de tanto dolor y sufrimiento, experimentaba un placer que sólo se transformaba en rabia por no hallar paz para disfrutarlo, porque sin apenas reponerse el tercero, echado en el suelo, le pedía que se pusiera de pie, abiertas las piernas, para contemplar su tesoro. Luego hizo que se inclinase hasta que su boca se encontró perpendicular al templo que sus ojos habían contemplado. Puesta así la muchacha, el bribón empezó a golpearla furiosamente con su cara en las brechas entreabiertas. Tan pronto mordía como berreaba furioso, produciendo una alocada y voluptuosa sensación que estremecía todo el cuerpo de la joven. Esta, súbitamente, se desplazó hacia atrás y se clavó en su arma

bien apuntada. El hombre protestó, irritado, pero ella lo cabalgaba aprisa, lanzando un pequeño grito de satisfacción, mientras los otros reían la jugada de la muchacha.

Uno, impaciente, se abrazó a ella y agarró sus pechos bamboleantes, acariciándola y besándola en todas las partes de su cuerpo, mientras la joven, enardecida por el deseo, cabalgaba furiosa a su violador.

Este empezó a gruñir tan entusiasmado de gustar así a la muchacha, que olvidaba menearse; pero ella lo hacía por los dos, hasta que el bribón que le abrazaba y besaba por la espalda, trató de levantarla por las axilas.

—Déjame ya, que me haces cosquillas —protestó la muchacha sacudiéndoselo con los codos y dando culadas más fuertes.

El impaciente, con rapidez fruto casi del milagro, sin soltar su ariete ni a la mujer, que seguía bien clavada a su pareja, se la colocó entre las nalgas con tal felicidad que se la metió de golpe en el culo, mientras quedaba sentado, con las piernas estiradas a lo largo del primer ocupante, acariciándole los sobacos con las botas.

Vociferó éste y el trío vaciló un instante hasta que la muchacha, en la gloria, botaba sobre las dos puntas, soltando sin cesar exclamaciones de inusitado placer.

El bergante que la había disfrutado en primer lugar, también se impacientó y a la vista de tan fogosa ocupación, se puso de pie ante el rostro de la muchacha. Por dos veces le sacudió con su verga en la cara, a la vez que gritaba:

—¡Ahora a mí! ¡Ahora a mí!

La muchacha, feliz y entusiasmada, seguía dando culadas, pero también abría la boca, lanzando grandes suspiros e intentando atrapar lo que había ante sus ojos.

—Bájate un poco —gritó—. Dobla las rodillas.

El bribón le hizo caso y la muchacha se cogió a su cintura, mientras comenzaba un despliegue de succiones y giros de lengua que entusiasmaron al bergante.

La fogosa pasión dominaba al grupo. La joven, sin perder ni abandonar la ventaja de su posición, en aquel extraño desorden de cuerpos mezclados e incrustándose los unos en los otros, se aferraba con fuerza a las piernas del que tenía delante.

—¡A mí, princesa, a mí! —gritaba extasiado.

El que se hallaba debajo parecía haber perdido el sentido y como enajenado, acariciaba el busto palpitante que se agitaba sobre él.

En pocos instantes el cuarteto fue cayendo vencido, aniquilado, silenciosos, rígidos y anonadados. Las entreabiertas bocas confundían, jadeantes y abrasadoras, sus apagados alientos. Pero la joven enseguida volvió a la vida, más exaltada todavía, buscaba entre los cuatro bribones a aquel que la había gozado por primera vez y que se mantenía alejado del grupo.

Se encontraba echado sobre la hierba, la cabeza apoyada en una mano para contemplar tranquilo al grupo. Ella gateó hasta él y sin decir palabra, se puso a reanimar el desencanto de su virilidad a la vez que le ofrecía todas las partes de su cuerpo desnudo.

El hombre enseguida se aferró a los senos de la muchacha hasta magullarlos con sus dedos, y una vez excitado se tendió sobre ella y la poseyó con redoblada furia. Ella, entusiasmada, cruzó sus piernas sobre sus riñones y, apretándose a su cintura, le gritaba:

—¡Querido, eres todo mío!… ¡Ah!… Ve más aprisa. ¡Estoy nadando en placer!… ¡Qué delicia!

Su boca, entreabierta, buscaba la del hombre y la mordía con tanta fuerza que apenas si le dejaba escapar el aliento que ya les faltaba.

De pronto, la hermosa joven envaró el cuerpo, suspiró profundamente y quedó inmóvil, inundada con la dulce savia de sus favores.

El hombre, un poco asustado, se retiró rápido de encima y corrió a reunirse con sus compañeros, que ya escapaban lanzando injurias y palabrotas contra aquella hembra que se satisfacía saciándolos.

La joven se quedó allí tendida, un tanto desolada y fatigada por la larga batalla sostenida con los cuatro bergantes. Una

voluptuosidad placentera le invadía totalmente el cuerpo. Sólo lamentaba que aquello hubiese acabado tan rápido, porque en medio de aquellas extrañas y deliciosas sensaciones experimentadas, no sabía si todo había sido realidad o simple pesadilla.

Su aya apareció al cabo de un buen rato, sofocada y quejosa de la violencia de que fuera objeto. Lanzó las mil exclamaciones al ver a la pequeña niña desnuda, despeinada y sucia de babas, semen y barro; pero la muchacha no hizo caso alguno a sus sermones. Una vez vestida y arreglada, la berlina fuera del lodazal, no quiso proseguir el camino hacia el castillo de sus padres. Sólo quería seguir los pasos de los cuatro bergantes y encontrarse con ellos en la primera posta. Pero allí no estaban y si hubiera podido satisfacer su deseo de buscarlos, en contra de las recomendaciones de su aya y el posterior encuentro con su padre, habría dado con ellos y les habría pedido que reanudasen una diversión tan agradable, porque jamás había disfrutado de manera tan salvaje y placentera.

3

Estos relatos, ya lo repito, eran contados por L.D.M.E. de una manera tan jocosa que las dos sirvientas podían reír con ellos sin pudor alguno. Pauline a veces los escuchaba un tanto apartada, como si no estuviese con ellos en la misma estancia, pero oyéndolos hasta se sonreía, porque L.D.M.E. poseía un innegable talento para contar estas escabrosas narraciones.

Por consiguiente, cuando el hombre consideró que tenía todo a punto, después de un largo tiempo de preparación, se puso a buscar la ocasión propicia para mantener un encuentro a solas con Pauline. Espiaba los movimientos de la jovencita y la consiguió fácilmente, dado que en la casa gozaba de total libertad.

Una mañana sorprendió a la muchacha sola. Pauline se vestía en su cuarto; él se ofreció para hacerle los lazos del vestido. Pauline no tenía a nadie en aquellos momentos que la ayudase y aceptó, no sin algunas protestas.

L.D.M.E. la besó en señal de agradecimiento; ella se defendió con una ligera queja; le dijo que no debía enfadarse, pues una chica tan simpática y agradable, tenía que ser amable con cuantos la querían bien y la ayudaban. Sus manos, simulando atar lacitos, se extraviaban en caricias hacia el cuello de la muchacha, sus atractivos senos y sus brazos; ella se defendía con inocentes movimientos de rechazo; pero el corruptor, sabiendo que nadie podía oírle en aquellos momentos quería llevar su impudencia hasta el último exceso.

Entonces se mostró en extremo cariñoso y afable. Le prodigó toda clase de palabras tiernas, a la vez que le contaba una especie

de historia sin fin, acerca de una niña pequeña que era buena y debía agradar y poner contentos a cuantos la querían.

Pauline escuchaba, entre embobada y desconcertada, y asentía a las cosas que le decía el hombre. Apreciaba la ternura y el afecto con que él la trataba y le agradecía que la invitase a sentarse sobre sus rodillas, mientras la abrazaba tiernamente y entre cariñosos besos le contaba su historia. Los besos eran en las mejillas y en los ojos, luego en la barbilla y en el cuello. Después la besó en la boca y con su lengua buscó la de Pauline. Ésta se había dejado ganar por el cúmulo de sensaciones placenteras que provocaban aquellas caricias y sus cariñosas palabras, pero se asustó un poco al notar la lengua en su boca y separó su cara del rostro del hombre.

L.D.M.E. ya no podía dar marcha atrás. Tras permitirse toda clase de caricias estaba muy excitado y ya no tenía más deseo que llegar al fin. Una joven sin experiencia podía ser vencida fácilmente.

Consiguió que Pauline le permitiese acariciar sus piernas desnudas; a la vez la besaba en los senos, que ya había sacado de su blusa, e instruyó a la muchacha para que manosease su miembro, que ella había contemplado con asombro.

No parecía que la joven reaccionase muy favorablemente a tantos manejos; más bien se la veía curiosa e intrigada, pero L.D.M.E., en la más criminal de sus hazañas, sólo pensaba en satisfacerse.

Intentó acostarla sobre un sillón, pero sin dejar que ella abandonara sus manipulaciones que le pidiera. Pronunciaba palabras tiernas mientras le acariciaba el rostro o jugueteaba con los rizos de su nuca. Un espasmo súbito, en el colmo del placer, le hizo eyacular de satisfacción.

Pauline, asustada ante aquella inesperada descarga, lanzó un grito y escapó corriendo de la habitación. Ya había perdido el más precioso de sus tesoros, asimismo sin saberlo. Pero aún era tal la inocencia que albergaba su joven corazón, que fue a quejarse a su padre, el primero en regresar a la casa; entre llantos e hipos, le confesó que L.D.M.E. la había estado importunando cuando se

vestía, y que quería darle con el látigo en las piernas, por no ser amable con él. El padre no puso, a tal queja, toda la atención que merecía; la madre aún hizo menos caso.

L.D.M.E. ya había salido, pero regresó por la tarde, ansioso por conocer los últimos acontecimientos.

Enseguida las dos doncellas le cogieron aparte y, entre risas y bromas, le hicieron los mil reproches por su indiscreción.

—¿Adónde queréis ir a parar —le dijo la doncella que ayudaba a vestir a la jovencita—, dirigiéndose a una inocente como Pauline, que lloraba cuando la dejasteis, y que corrió a decir a su padre que vos quisisteis darle con el látigo? ¿Acaso no hay aquí personas razonables con las que se puede reír y hacer más cosas?

La doncella le sonreía abiertamente, adoptando una postura y un gesto que resultaban una muda invitación. Sin embargo, L.D.M.E. se hizo el desentendido y sólo quiso asegurarse de si Pauline había dicho algo que pudiera comprometerle.

—¿Qué le pasa, *monsieur*…? —replicó la doncella, picaresca—. ¿Acaso la pequeña puede ser menos inocente que pura?

El hombre la observó con bastante temor, pero sin atreverse a responderle. Decidió reunirse con los dueños de la casa.

—No temáis nada —añadió la doncella con voz susurrante, poniéndose a su lado—. Sólo vos sabéis los manejos que os traéis entre manos; pero yo no desdeñaría disfrutar un poco de vuestra felicidad.

Como el hombre guardase silencio, inmóvil, mirándola con sonrisa recelosa, la mujer agregó:

—Yo duermo sola, y no haría remilgos a un hombre complaciente.

L.D.M.E. se mostró divertido e insinuó una caricia de su mano al rostro lozano de la mujer.

—Es de apreciar, Hélène —replicó—. Ya sé que eres una buena persona.

Y la doncella saludó con una ligera inclinación de cabeza y flexión de cuerpo, al notar que la madre de Pauline se aproximaba, saliendo

al encuentro del amigo.

Éste, como ya estaba seguro de que nada se sabía, se adelantó con gran aplomo, y no sólo saludó a la madre de Pauline, sino que se atrevió a besar a la joven, diciéndole delante de su madre:

—Verdaderamente, sois una chiquilla, Pauline. Nunca se ha visto a una jovencita que a vuestra edad sea tan cándida como vos.

Y adoptaba un tono festivo, para que pudiesen creer que lo sucedido aquella mañana sólo era una simple bagatela.

Sin embargo, Pauline, avergonzada por su presencia, se mostró enojada y no quiso responderle.

La madre, entonces, prohibió a L.D.M.E. que conversase más con aquella pequeña gazmoña; no debía tomarse más molestias con semejante chiquilla; no obstante, y de manera particular, le rogó seriamente que cuidase de la inocencia de su hija.

Él se lo prometió y también se excusó por cuanto había sucedido, de tal manera y con la intención de tranquilizar incluso a una madre más preocupada que la de Pauline.

Satisfecho por el éxito obtenido en su primera calaverada, L.D.M.E. puso todo su interés y el mayor cuidado en procurarse una segunda entrevista a solas con la muchacha. No obstante, Pauline le evitaba con tanto interés como cuidado, por lo que la entrevista no se presentaba nunca.

A la vista de tales inconvenientes, el hombre recordó las sugerencias de Hélène y resolvió poner a la doncella de la muchacha de su parte. Haciéndola su confidente, a cambio de un pequeño y grato favor, podría obtener el encuentro tan deseado.

El día que acudió a la casa resuelto a abordar a la doncella, la casualidad le puso en bandeja aquello que tanto anhelaba.

La doncella se había ido a la ciudad acompañando a su señora; la otra sirvienta se encontraba ocupada en la parte alta de la casa. El dueño también había salido. Un criado que encontró en el patio de entrada le informó de todo y le comunicó que la señorita se hallaba sola en el aposento de su madre.

L.D.M.E. no podía sentirse más satisfecho. Casi saltaba de gozo y se apresuraba para ir al encuentro con su adorada.

Al darse cuenta de su presencia en la estancia, Pauline enrojeció y quiso marcharse de la habitación.

—No, hermosa Pauline —dijo él reteniéndola y cerrando la puerta —. No. Quiero reconciliarme con usted y darle la mayor prueba de todos mis respetos. Estoy al borde de la desesperación por haberla desagradado el otro día; pero eso no sería nada, con tal de hacer cualquier cosa para volver a ganar su confianza.

Estas palabras calmaron un poco a la inocente joven.

—También —replicó ella— habéis actuado conmigo de una manera bien extraordinaria, y después, cuando he reflexionado sobre todo lo sucedido, no he tenido más que muchas ideas que me afligen. Tratad de disiparlas, os lo ruego.

—Precisamente es eso lo que me propongo, amable Pauline.

—¡Oh, no me beséis la mano! Volveréis a poneros rojo como la otra vez, en la que creí que los ojos iban a salirse de vuestra cabeza. Y después ya no seréis dueño de vuestros actos.

—¡Perdonadme, encantadora Pauline!

—No quiero, en absoluto, que me beséis; porque… mirad… ya estáis casi como…

—No temáis nada, preciosa muchacha —dijo el seductor, redoblando sus besos—. Mis caricias os prueban mi ternura; daría mi vida por haceros totalmente feliz; esto no es, como podéis ver, para tratar de causaros pena. Venid, sentaos sobre mí… esta postura será la más cómoda para deciros muchas cosas importantes…

—No, no quiero estar sobre vuestras rodillas.

—Te lo suplico, mi adorable Pauline.

—No me cojáis más.

—Sí, sí, divina mía, yo te retendré… Hablemos de lo que ha pasado, ángel mío.

—¡Oh! Es una cosa cruel, señor… Si hubiese dicho todo a mi padre o a mamá, no creo que ellos se lo hubiesen tomado como lo han hecho.

—Te confesaré que no, mi adorable Pauline; te doy las gracias por tu generosidad… ¡Muchacha encantadora! ¡Qué amable eres!… ¡Me pones fuera de mis casillas!

—¡No! Ya estáis poniéndoos como el otro día.

—¡Te adoro!

—¡Oh! Dejadme, dejadme, señor; dejadme, os lo suplico… o… me pondré a gritar.

—No, no, querida, vida mía; me harías morir de dolor, y yo no busco más que tu felicidad.

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡Sois un miserable!

El granuja triunfaba de nuevo. Sus manos no habían podido contenerse y ya estaban entre sus senos, acariciándolos y apretujándolos con deleite. Eran unos senos bastante desarrollados, duros, de forma clásica, sin señal de hundimiento y tan blancos como los muslos que había descubierto. Tenía los bomboncitos rosados en sus puntas, que él se apresuró a besar y a chupar, entre mil palabras de ternura.

Este segundo crimen tuvo consecuencias más terribles para Pauline, pues sus sentidos acabaron por despertar y parecía que el placer iba tomando posesión de su cuerpo juvenil sin que ella misma comprendiese nada de cuanto sucedía. Trataba de defenderse, pero no cabía duda de que disfrutaba con las múltiples caricias que el hombre prodigaba a sus codiciados encantos. Protestaba sin demasiado vigor, y cuando él puso su mano en el tesoro más preciado de la joven, ésta se estremeció hasta tal punto que se echó a llorar amargamente.

Intentó calmarla, pero la muchacha estaba realmente asustada y puesta en pie, se desmelenaba, llorosa, preguntando qué le había ocurrido, qué le pasaba, qué era aquello que la hacía sentir hasta casi irritarla. Y aquello que había ignorado la primera vez, era, precisamente, lo que deseaba enseñarle L.D.M.E., quien, entre ternezas que trataban de apaciguarla, le anunció que ella acababa de perder el tesoro de su inocencia.

Pauline le hizo una serie de reproches; pero el seductor intentó justificarse llevando al ánimo de su joven víctima el desorden y los deseos que imperaban en su espíritu. Le predicaba una moral absolutamente libertina, afirmando que estaba fundada en las leyes naturales. Pauline, sin llegar a convencerse, le escuchaba y se dejaba llevar de nuevo por aquellas caricias que ponían en su cuerpo una excitación extraña, junto a sensaciones placenteras que la obligaban a abandonarse plácidamente, como olvidada de todo y sólo pendiente de su goce voluptuoso.

La muchacha no se resistió cuando él se puso en pie, atrayéndola. Había puesto una mano en la nuca de Pauline y la otra en su cintura. Presionó con ella para que la boca de la muchacha se uniera a la suya, y volvió a besarla, introduciendo la lengua.

A Pauline no le gustaba mucho sentir en sus labios aquellos otros que parecían ávidos y mordientes, pero no quería ofenderle de nuevo. Él disfrutaba sintiendo la presión de los redondos senos de la joven contra su pecho, al tiempo que los muslos se apretaban unos a otros.

Jadeante, casi sin aliento, se separó de ella para intentar desvestirla por completo. Pauline se resistía pudorosa y, avisada de la vez anterior, se apresuró, con curiosidad nueva, a manosear la masculinidad del hombre que la transportaba a un mundo de sensaciones desconocidas.

Él consiguió acostarla sobre un sillón y multiplicó sus caricias, prodigando besos en todas las partes de aquel cuerpo de mujer en ciernes. Su lengua experta lo hacía estremecer, delatando ella, con ligeros movimientos, que se excitaba y no era ajena al placer que le provocaban sus caricias.

L.D.M.E. prodigó sus escarceos e insistió con vehemencia en su sexo hasta que la muchacha, transportada a las más inolvidables sensaciones de la excitación, estremeciéndose convulsa y espasmódica, experimentó el primer éxtasis de su vida.

Él quiso aprovechar aquel instante de goce para poseerla. Se incorporó rápido sobre ella e intentó penetrarla, pero su excitación

también había llegado al límite y le traicionó. Descargó sobre los muslos de la muchacha y se quedó inmóvil, anonadado, sin fuerzas para incorporarse.

Recobrados los ánimos unos minutos más tarde, Pauline comprendió enseguida que esta vez él ya no podía persuadirla con más palabras. La vergüenza de su falta y su envilecimiento se le presentaron con viveza en su mente. No encontraba excusas, ni palabras para tranquilizar la crisis de su conciencia. Hizo salir inmediatamente a L.D.M.E. y se quedó a solas con su nuevo ser.

Pauline, mancillada y medio seducida, ya no era tan difícil de tener. Para calmar sus crisis de conciencia se veía obligada a recordar las peligrosas máximas de L.D.M.E.; y esto mismo ya le producía amargos sollozos.

Los primeros días que siguieron a aquella caída fatídica, al tremendo despertar de sus sentidos de una manera tan vergonzosa, fueron terribles. Pero aún fueron peores las noches, porque en ellas el delirar se hizo continuo; tan pronto se veía acosada por aquel hombre, que detestaba hasta odiarlo, como se sentía volcada en aquel extraño cúmulo de sensaciones. Entonces el sudor perlaba su frente y temblaba de pies a cabeza, agitándose en el lecho, en el que se consumía con la sensación de soledad; pero la voz de la conciencia, la repentina aparición de sus padres, la arrancaban bruscamente de aquella pesadilla ininterrumpida. Entonces prorrumpía en sollozos, porque la sensación de su vida fracasada, hundida en la vergüenza, no hacía más que convencerla de que no había hecho lo debido. Tenía que rechazar todas las súplicas y las peticiones de L.D.M.E. Se daba cuenta de que con su actitud, aquel hombre la había destruido. Y el espanto volvía a hacerla llorar hasta que al fin se dormía.

L.D.M.E. siguió persiguiéndola como tenía por costumbre; pero ahora, que ya la tenía vencida, jugaba la carta de la mayor indiferencia para que los padres de Pauline no pudiesen sospechar nada; incluso en dos buenas ocasiones que tuvo de abrazar y besar a la muchacha a solas, sin testigos, sólo puso unas tiernas miradas,

con sonrisa de complicidad, en ella, que parecía temerosa de ser abordada y, ante aquel gesto, quedó desorientada.

Días más tarde, sin embargo, L.D.M.E. tuvo la oportunidad de volver a encontrarse a solas con Pauline. Estaban haciendo unos pequeños arreglos en la parte alta y la muchacha subía con un almohadón bajo el brazo hacia la primera planta. L.D.M.E. la siguió con sigilo y cuando ella menos lo esperaba, le levantó las faldas. Pauline lanzó un ligero grito de susto, pero al verle, se quedó paralizada. Había temido tanto aquel encuentro, como lo había deseado.

—¡Ángel mío! —susurró él emocionado—. No chilles ni te resistas. ¡Estoy loco por ti!

—¡Miserable! No, no. Déjeme o se lo diré a mis padres.

—¡Cállate, preciosa! ¡Amor mío!

La asió con fuerza de las firmes nalgas, la estrechó con su cuerpo y antes de que ella pudiera reaccionar, le hundía el pulgar entre la carne.

Pauline trató de zafarse, mostrando una sonrisa de circunstancias. Lo apartó, apoyando con fuerza la mano en su hombro, y siguió subiendo hacia el otro piso.

L.D.M.E. la acompañó, diciéndole ternezas con voz susurrante, a la vez que le recomendaba no confesar nada a sus padres. Al llegar al último piso, la estrechó entre sus brazos y la besó con apasionamiento.

—¡Chillaré! —dijo Pauline, jadeante al zafarse.

—Y todos sabrán que no eres una muchacha virgen y pura, preciosa mía —replicó él muy resuelto—. ¡Vamos, cariño, hazme feliz!

La muchacha escapó hacia el fondo del corredor, temerosa de ser descubierta u oída junto a la escalera. Él fue tras ella y metió una mano entre sus senos; y mientras acariciaba aquellas duras semiesferas, realizó un rápido movimiento con la mano izquierda, debajo de su falda y su enagua, y la posó en su sexo.

Al notar dónde se encontraba la mano, Pauline resultaba un tanto incómoda, pero L.D.M.E. estaba sin dejar de mover su mano en provocadoras caricias bajo su falda, se apoderó de un seno con la boca.

Pauline intentó alejarse, pero él la empujó contra la pared, notando cómo todo su cuerpo se estremecía de placer bajo el efecto de las caricias. La posición resultaba un tanto incómoda pero L.D.M.E. estaba convencido de que podía gozarla allí.

Lo intentó entre el temblor de excitación y miedo que sobrecogía a la muchacha, pero las ropas dificultaban la posibilidad de llegar a la carne de la joven en aquella postura fatigante.

Un ruido en las habitaciones les separó al instante. Pauline no sabía hacia dónde correr para refugiarse. El ruido cesó pronto, pero él se quedó con su miembro, desnudo y enrojecido, ante ella y su asombro.

—Ven aquí —pidió él—. Y no te muevas.

Le levantó las faldas y se recreó en sus piernas desnudas, perfectamente torneadas. Le desgarró el calzón entre los duros muslos y acarició el vello de su monte de Venus. La atrajo hacia sí, y sin soltar las ropas, se apretó contra ella, pasándole la otra mano por el vientre y los muslos.

Pauline gemía entre sollozos de angustia y de ansias, sin comprender qué pretendía hacer con ella. Sentía aquella cosa punzante atacar sus muslos y no la podía coger, como las otras veces, porque también trataba de sujetar sus ropas.

—Abre las piernas —ordenó.

En ese preciso instante volvieron a oírse los ruidos y unas voces, y Pauline se alejó decidida. Recogió el almohadón junto a la escalera y descendió precipitadamente al piso primero. Su madre y la doncella estaban buscándola.

4

Después de un cuarto encuentro, tan violento y salaz como los tres anteriores, Pauline facilitó las entrevistas; nada de remordimientos, las sensaciones provocadas por aquellas caricias precisas y robadas entre el temor y la angustia, acabaron con la defensa y la reserva de la muchacha; la seducción estaba conseguida; Pauline había sido corrompida en el seno de su familia e incluso sin salir de la casa paterna.

En la tarde de cierto día y mientras Hélène, la doncella, se cuidaba de atender a su madre, Pauline introdujo en su cuarto y en el armario que allí había a L.D.M.E. Simuló acompañarlo a la salida, y como estaban solos, lo llevó hasta allí, para encerrarlo, mientras él le daba mil besos como feliz preludio a las infinitas delicias que le reservaba para aquella noche.

Hasta la hora de acostarse Pauline sufrió las mil incertidumbres; por un lado temía ser descubierta, aterrándole un poco el paso que iba a dar; ya no tendría defensa contra aquel hombre; por otro, ansiaba reunirse con aquel demonio que tales sensaciones y desasosiegos había provocado en su cuerpo. En los cuatro meses que habían transcurrido desde su primer intento de violación, ella había aprendido a fingir y a mostrar una apariencia que tranquilizaba externamente cuanto bullía, loca y desordenadamente, en su interior. El doble temor a ser descubierta por sus padres y a encontrarse a solas con aquel hombre, la obligaba a tomar las máximas precauciones. Había instantes en que sentía correr fuego por sus venas y no encontraba razón ni justificación plausible a ello,

sino en el recuerdo y la turbación que volvía a ella por las caricias y los besos recibidos en las partes más delicadas de su cuerpo.

Cuando al fin subió a su dormitorio, despachó a la doncella que la desvestía, en pocos minutos. Contenía sus ansias y su nerviosismo. Finalmente quedó sola. Echó la llave a la puerta y corrió al armario.

¡Oh, dolor! ¡El caballero estaba desvanecido! Era tal su palidez que Pauline, horrorizada, creyó que había muerto. Mil pensamientos se agolparon en su mente, a la vez que se acongojaba su corazón. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo pudo ocurrírsele semejante locura?

Pero al apretar el rostro de su amante contra su pecho, sollozante de miedo y de dolor, el hombre abrió los ojos lentamente y se recuperó con dificultad.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz moribunda, y al reconocer a Pauline, exclamó con pasión—. ¡Eres tú! ¡Amor mío!

A su vez la estrechó en sus brazos, cubriéndola de besos ardientes. Por un instante se quedaron confundidos en un éxtasis maravilloso, inexpresable. Al fin, L.D.M.E. salió de su tumba: el aire, un breve reposo y sobre todo los testimonios apasionados de la joven, que recuperaba la alegría de su bien alcanzado, terminaron de reanimarlo, y unas bellas rosas aparecieron en su rostro en vez de los lirios mortales que tenía minutos antes.

¿Estafaré a mis lectores para favorecer mi orgullo y dignidad? ¿Suprimiré la descripción de una noche de penas y placeres que el mismo Ovidio firmaría? ¿Causaré a mis lectores el embarazo de leer algo de por sí sabido? No; aquí no habrá una laguna de esas en que nadie cree. Sostengo y repito que trato de hacer esta *narración* útil y clara, tanto para las madres como para las jóvenes muchachas que han de pasar por estas circunstancias. Así, pues, contaré, muy imperfectamente, cómo fue tomada esa pequeña plaza, tan mal defendida desde hacía unos meses, en que la violencia, beneficiándose de cierta confianza inoperante, ayudada por el temperamento despierto, ya se entendía con el enemigo.

Aunque el momento que se acercaba había sido provocado por la propia Pauline, el objeto de su deseo continuaba siendo una oscura inquietud, que ahora se acentuaba, coartando un poco el primer impulso generoso de la muchacha.

L.D.M.E., sin embargo, se apresuró a desvestir a la joven de las ropas de dormir. Con sorprendente habilidad la despojó de cuanto podía molestarle. Y el cuerpo blanco, juvenil y recio, se expuso con todo su esplendor ante su mirada. ¡Qué diluvio de besos prodigó sobre todos sus encantos! Sin embargo, Pauline permanecía inmóvil… Algo desconocido la tenía en suspenso sin que en su cuerpo ni en su espíritu sintiese pena o placer.

Pauline existía para un momento que no había llegado todavía y que temía, como se teme a cuanto se ignora y surge de súbito… Perdía el disfrute total de aquello que su voluptuoso amante saboreaba hasta el último transporte.

La arrastraba dulcemente hasta depositarla sobre la cama, tendida totalmente, aquel cuerpo de senos turgentes, de hombros macizos, redondos, de caderas torneadas y muslos prietos, era recorrido con besos y caricias sin fin; con una exaltación de la belleza y de la pasión que a Pauline le extasiaba en el asombro.

Unos besos en el monte de Venus, después del exquisito cosquilleo de tantas caricias lúbricas, despertó, finalmente, los sentidos embotados de la muchacha. Su cuerpo abrasado vibra de placer y su alma busca la que se prepara a exhalarse en ella.

Pauline lo besó con pasión mientras él yacía sobre su cuerpo y la hacía estremecer con el calor de aquel órgano que palpitaba entre sus muslos. Una y otra vez la muchacha besó sus labios, sus ojos y le devolvía, enfebrecida, las caricias y besos que él le había prodigado con vehemencia.

Un tierno furor y el primer contacto galvánico de sus sexos la obligó a cerrar los ojos.

¿Qué era aquel obstáculo? ¡Unos dolores turbaban las más perfectas delicias! Los deseos de ambos se irritaron… Él volvió a la carga y ella, maquinalmente, llevó su mano al instrumento de su

martirio. Tembló; acababa de comprender la verdad y le pareció una tarea imposible.

Un hilillo de sangre manaba por la entrepierna, desde su herida, y como esos desgraciados que fueron heridos en el combate ruegan al vencedor que los remate, la joven, tomando de la cabeza a su amante, lo besó de nuevo y dijo, cerrando enseguida los ojos:

—¡Ahora…! ¡Otra vez!

Él estaba dispuesto a brindar a la joven el mayor placer posible, porque disfrutaba hasta perder la noción de sus ansias. Pero la penetración se volvió un terrible tormento y la joven se retorcía, sacudida por un espasmo de dolor.

Él, aferrado a ella, se enerva, olvidado de todo. Sólo percibe el calor delicioso que se extiende por su vientre, y la maciza redondez de aquellos senos que chupa con desesperación.

¡Oh, tú, el más dulce de los amantes, que sabes complacer y no eres egoísta! ¡Seductor resabiado que ofreces goces allí donde los tomas!

L.D.M.E. al comprobar que aquella virginidad le pertenecía, bebió con fuego el trofeo de su mejor victoria. ¡Y qué alivio más inusitado y voluptuoso procuró a su joven amada! Su lengua puso a la joven en el colmo del más celestial deleite.

En lo más íntimo de su ser parecían bullir miles de fuentes de aguas cálidas. Enervada, ardorosamente, cogió con sus manos los hombros de su amante y lo subió, violenta, sobre ella.

—¡Inténtalo otra vez! —exigió.

Había abierto sus piernas totalmente. Aquel miembro cálido se introducía suavemente, rozando aquella proyección de clítoris que tanto la estremecía. Ahogó el temor y sólo un hondo suspiro y un gemido acompañaron al dolor que sentía. Pero ya era menos agudo y entre tanto sufrimiento se mezclaban unas dulzuras que prestaban mayor atractivo al intento.

—¡Ven, querido amante! —susurró, transportada por un voluptuoso furor—. ¡Inténtalo! Hazme morir en tus brazos, pero unámonos…

Se aferró al hombre con frenesí e hincó los dientes en su hombro. Un movimiento concertado, con fuerza y precisión, rompió las barreras…

Sus bocas se sellaron y sus lenguas se enredaron, explorando las esencias mismas de sus bocas. Pauline lo aprisionaba en sus esbeltas piernas y lo apretaba con todas sus fuerzas. A cada embestida furiosa, gemía y enterraba las uñas en la espalda enemiga, si el dolor parecía casi insoportable; pero seguía aferrada a él, ayudándose como mejor podía, con un verdadero instinto de cooperación, aceptando cada ataque violento con la esperanza de gozar del gran corolario de su pasión, porque en su estado virginal, la lección que recibía estaba destrozando sus tiernas entrañas.

—¡Oh, Dios mío…! ¡Me estás matando!

Después de pronunciar estas palabras, la hermosa joven envaró el cuerpo, suspiró profundamente y quedó inmóvil, como extenuada.

—¡Ah, Pauline! —exclamó él—. ¡Espera! ¡Todo es para ti!

Y con esta exclamación, L.D.M.E. creyó que estaba dando su vida. ¡Qué exceso de placer! Quedó agotado, perdido entre los brazos de Pauline.

¡Ay, dolor! Figura primera de la primera lección de amor. Cantarán el placer y las maravillas del primer goce; pero Pauline, como una pobre niña inexperta, apenas si había disfrutado una ligerísima parte de aquel tibio goce descubierto en sus primeros encuentros.

—Mi querido verdugo —susurró ella, desfalleciente—. ¿Son éstos los goces prometidos, las voluptuosas sensaciones?

—¡Mil perdones, querida! Lo siento muchísimo —dijo él, tratando de consolarla—. El placer viene ahora, tras el sufrimiento primero.

Y manteniéndose en el lugar cuya conquista le había costado tan penosos esfuerzos, frotó delicadamente las caderas de la joven, besó su frente y sus ojos, recibiendo entre sus labios las amargas lágrimas que brotaron de la chica.

Pauline volvió a tomar la cabeza del hombre entre sus manos y la acercó a su propio rostro. Selló los labios de aquél con su boca, y

enganchó su lengua con lascivia en la del experto corruptor. Sus dedos nerviosos trataban de calmarlo con tiernas caricias, y su mano llena, oprimía aquel enhiesto y dañino instrumento.

—¡Dámelo, si es verdad! ¡Dámelo todo! —suspiró ella, creyendo la agradable ilusión.

Le parecía amar a aquel hombre que tanto mal y tantos llantos le diera; no quería privarlo de la segunda corona, por cuyo merecimiento se afanaba. El hombre, por su parte, volvió a sus crueles proezas. La dulzura de proporcionarle placer la compensaba muy poco del mero sufrimiento, por eso no resistió más a su inactividad y, sacando el pecho, lanzó sus senos al rostro de su amante.

—¡Bésalos… bésalos! —pidió.

Quería alcanzar aquellos éxtasis turbadores de sus primeros encuentros.

Él, amorosamente, tomó un pezón en su boca, luego el otro, acariciándolo con su lengua, sintiendo cómo los tejidos de cada uno se atirantaban, al tiempo que notaba un inmenso gozo. Pronto, sus redoblados esfuerzos, sus suspiros ardientes, anunciaron que llegaba de nuevo el momento de la felicidad suprema…

Un torrente de fuego corrió… y se consumió… Apenas renacieron en ella sus emociones de placer… La joven quedó insatisfecha y disgustada junto a él. El pobre ya no causaba temor; parecía aniquilado. Entonces lo enlazó con más confianza, lo apretó contra su pecho y recogió, deleitosa, su voluptuosa agonía.

Empezaba a gozar realmente de aquel que había gozado de ella. Sus manos recorrieron con admiración y deseo el cuerpo de su amante. Nunca había visto ni imaginado algo tan nuevo y hermoso. Se le hacía excitante, y le devolvió todos los besos y las caricias que él le había prodigado con vehemencia; pero el hombre ya estaba extenuado. Aquella fuerza dañina que tanto le impulsaba, reposaba en una languidez desoladora. Sólo supo pronunciar unas tiernas palabras, que satisficieron a la joven, antes de dormirse.

El sueño también se apoderó de la fatigada Pauline, y mientras dormía, la diosa del Amor se dignó entregarle los bienes y satisfacciones que le había negado durante la sangrienta ceremonia de su desfloración.

El caballero, cuyo reposo no había durado mucho, se ocupó en procurarle esas dulces y placenteras sensaciones del goce por medio de titilaciones ligeras, propias para conmover sin interrumpir el sueño. Por dos veces la joven se sintió inundada de placer, viajando en un éxtasis que la enajenaba y la lanzaba hacia el cielo. Tenía la sensación de que dentro de ella corría un fluido activo y devorador que, entre sacudidas y espasmos, la dejaba agotada en un abismo sin fin de voluptuosidades indescriptibles.

L.D.M.E., animado por el éxito de su juego galante, intentó ser feliz por tercera vez. Cubriendo con su cuerpo el flexible y frágil de la muchacha, pegó su boca a la deseada, que en la inconsciencia, respondió sin hacer cumplidos a sus voluptuosos mordiscos. Sus lenguas, ardientes y aceradas, se entrecruzaron hasta hacer que el ansia fundiese sus almas en una.

Pauline perdió el control de su persona; un éxtasis de placer precedió al esfuerzo que temía y apenas sintió la penetración a través de la dulzura que ya la embriagaba.

Cuando recuperó totalmente el conocimiento, estaba en poder de su enamorado, que la embestía fogoso y exaltado; y ella se sorprendió al no sentir más que un ligero dolor que cedió pronto ante la sensación más deliciosa que, creciendo gradualmente, la puso fuera de sí.

Entonces, por instinto natural, devolvió beso por beso, esfuerzo por esfuerzo, y más exaltada todavía, Pauline lanzó sus brazos al cuello del hombre, lo abrazó y lo estrechó con fuerza, mientras cruzaba sus piernas sobre sus riñones y apretaba, diciendo:

—¡Querido mío!… ¡Qué delicia!… ¡Estoy gozando!

Él también sentía cómo el delirio le sobrecogía por tercera vez. Se acercaba de modo inexorable, y al fin, la dulce savia de sus favores se confundía con el espasmo de su goce.

Los dos cuerpos, sudorosos de placer, abrasados de lujuria, quedaron sin fuerzas, extenuados, uno sobre el otro.

Al final, satisfechas sus pasiones, permanecieron en el lecho durante unos minutos. Se juraron guardar el secreto y amarse más tiernamente en el futuro; y por miedo de que un largo sueño los pusiera en situación de ser descubiertos juntos, L.D.M.E. se vistió y decidió salir de la habitación por una ventana.

Pauline se durmió profundamente, con la calma de la perfecta felicidad.

5

El crimen de la seducción lleva consigo otra infinidad de ellos. L.D.M.E., que en nada se reprochaba el haber iniciado tan pronto a una jovencita para quien los conocimientos que acababa de adquirir podían ser fatales, decidió, inmediatamente, asegurarse la posibilidad de disfrutar impunemente de las delicias de aquel paraíso prohibido.

Había comprobado que Pauline era ardiente y, temeroso de su temperamento, imaginó que cualquiera podría buscar en ella las complacencias recién descubiertas y a las que ella se sentiría incapaz de negar a su cuerpo. Vislumbraba un futuro en que, cómplice de su propia ruina, caería en todos los excesos que sus encantos y sus méritos le procurarían fácilmente. Le afligía pensar que aquella hermosa planta podría consumirse en beneficio de otros y perecer antes de madurar lo suficiente, ya que había conocido el placer demasiado pronto. Pauline se entregaría a las pasiones y frustraría, sin duda, los designios que la naturaleza parecía tener para una criatura tan perfecta; entonces, para detener los progresos de un mal cuya causa provocó él, decidió exigir de Pauline que se sometiera enteramente a su voluntad.

Al día siguiente lo puso en práctica. Le exigió una entrevista, paseando a la vista de sus padres, y, fingiendo dar una gran importancia a lo que había pasado, le dijo, tras haberla preparado con unos sofismas preliminares:

—Mi querida Pauline: ya que el azar no fue el único que presidió en los vínculos que acaban de formarse entre nosotros, y tú no te niegas a pensar que una fuerte simpatía nos había destinado el uno

al otro, tienes ciertos deberes para conmigo. Una de las primeras leyes del amor es la de no compartirse. Eres mía; me debes el sacrificio de todos los placeres que puedan ofrecerte. Seré yo quien te permitirá o te prohibirá lo que me parezca a propósito. También debes aceptar que yo acepte o rechace, según mi voluntad, los deseos que me comuniques. Tu sexo está hecho para merecer los favores del mío y disfrutarás más los que te otorgue cuando sean el precio de tus atenciones y la prenda de mi satisfacción.

Pauline prometió todo lo que quiso. Despierta a aquel nuevo sentimiento que la trastornaba hasta sensaciones insospechadas, creía, con su alma ingenua, penetrada de ese primer fervor que hace imposibles el egoísmo y la desconfianza, amar a su seductor y ser amada de la misma manera que determinaran las acuciantes palabras que la habían requerido. No se dio cuenta de que L.D.M.E. le imponía compromisos sin que él aceptase ninguno.

No pasó mucho tiempo sin que L.D.M.E. buscase un nuevo encuentro con Pauline. Dentro de la más correcta apariencia familiar, regulaba las ocupaciones y los placeres de la muchacha, respetando, como amigo, su juventud y exigiéndole que fuera juiciosa, ante la mirada complacida de los padres.

Pauline, por su parte, veía con placer que nada de su nueva situación parecía incómodo a sus padres, ignorantes de las deliciosas escapadas que tenía con el gran amigo de la familia; y ponía tanta responsabilidad e interés en ellas como él en encontrar las oportunidades de sus encuentros; encuentros celebrados, siempre, de manera inesperada y en los lugares más dispares, que ponían un incentivo más procaz y violento en el de por sí excitable temperamento de la muchacha.

Los besos y las caricias mutuas, ya era algo que escapaba al control diario. Una especie de mudas contraseñas ponía a los dos amantes en trance de un encuentro furtivo o de un ocasional abrazo, que ponía primicias y excitaba deseos hacia logros más satisfactorios. Así logró que la muchacha aceptase dos nuevas visitas nocturnas en su propia habitación, que la permitieron saborear, en

todo su esplendor, las supremas delicias del apasionado y experto seductor.

Sin embargo, Pauline, que se había convertido en presa fácil por la experiencia que le proporcionaba su seductor, empezó a prestar atención a los hombres jóvenes, a las personas de su edad; los amigos, las conversaciones, los acontecimientos sospechosos, entrevistos, los espiaba con aplicación y ayudaba a la naturaleza. Ya estaba enterada, pero no resignada a lo que su buena disposición podía exigirle; sólo esperaba la feliz ocasión de vivir y, aunque sometida a su seductor, se las arreglaba para adoptar una apariencia más provocante, e incluso un caminar más lúbrico.

Pronto comprendió que aquel juego excitante que mantenía con su seductor la tenía bastante insatisfecha, violenta y excitada. Los requerimientos de su amado ya no eran tan acuciantes, pero sí sus exigencias de respeto y de compostura. Era como si su corazón, franco y sensible, hubiese descubierto la fatiga de mantener la ilusión del orgullo.

Así, pues, Pauline enseguida empezó a darse cuenta de que también inspiraba deseos; no recibía más que homenajes, demasiado livianos, de los que aún la consideraban una niña o demasiado insípidos de algunos novicios en la galantería que le disparaban alguna declaración chata o alguna epístola ampulosa. Ella, en su disfraz de ingenua, mostraba la sensatez de aborrecer aquellas pasiones lánguidas, sus producciones y su lenguaje. Por otro lado no dejaba de recordar a su seductor yendo directamente a los hechos y comenzando por donde los otros no llegarían en un siglo.

Pero la vanidad fingida de los requiebros no contestados, empezaron a contrastar con la necesidad de amor y el recuerdo de unos momentos de felicidad con su audaz seductor. Ya no sabía si estaba enamorada de él, pero sí anhelaba los instantes de placer intenso que satisficieran el indefinido deseo de su voluptuosa imaginación. Él la controlaba y sólo la requería cuando buenamente le placía; y Pauline encontró el medio de saborear el placer gracias a

la multiplicación de pequeñas aventuras que le proporcionaban delicias extraordinarias.

Sin embargo, toda esta serie de placeres, prodigados de manera desordenada y velados bajo una apariencia de decente honradez e ingenuidad, produjeron un inconveniente totalmente natural que pronto quedó delatado en un ligero aumento de cintura.

Pauline, muy malhumorada por su nuevo estado y asustada por la situación que se le presentaba, consultó al seductor y le acusó de haberla puesto en tal circunstancia. Al principio él pensó en los abominables medios que las leyes penalizan y ante los cuales se estremece la naturaleza; pero éstos incomodaron a Pauline, que se hallaba demasiado avanzada en su gestación, sin producir efecto alguno.

Surgió la angustiosa perspectiva: ¿qué hacer?

Si el infame corruptor hubiese tenido conocimiento de las infidelidades, ya numerosas, de Pauline, seguro que la habría sacrificado, procurando por todos los medios que fuese sorprendida por los padres de la muchacha; pero ignoraba las andanzas de Pauline, quien había utilizado para engañarle los mismos procedimientos que él tanto le sugería y utilizaba para burlar la vigilancia de un padre y una madre confiados en demasía.

Queriendo ocultar su crimen y así no descubrirse, L.D.M.E. no encontró mejor solución que la de aconsejar a Pauline que desapareciese de la casa paterna durante una temporada. Él, mientras tanto, permanecería junto a ellos, para consolar a sus padres y prevenir cualquier clase de sospecha.

L.D.M.E. que como hombre mundano era ducho en esta clase de circunstancias, se dispuso a buscar en París alguna comadrona de las que acostumbran a tomar en su casa pensionistas; jóvenes que por diversos motivos se ven en la obligación de ocultar su maternidad o el fruto de algunos amores disfrutados muy alegremente fuera del matrimonio.

Visitó primero una casa cuyo solo aspecto le repugnó, pero recordando el precio módico de que le habían hablado, desechó sus

ascos. Estaba situada en una calle con pendiente del antiguo París, cuya entrada oscura y patio fétido daban asco. Un cartel mal pintado llevaba el nombre de la comadrona. Ésta era una mujer de unos treinta y tantos años, vestida de negro, con la cara cetrina en la que destacaba una enorme nariz. Con su voz apagada, su palabra lenta, indicaba una gran discreción; su sempiterna sonrisa de confitura agria causaba una impresión desastrosa y evocaba las prácticas criminales, sin violencia, el estrujón que ahoga la vida antes de nacer. Esta mujer le dijo que no tenía local a propósito y no podía tomar pensionistas, a no ser que estuviesen a punto de dar a luz.

Pauline no podía permanecer en su casa hasta tal circunstancia y su seductor se vio obligado a buscarle sitio en otra casa de mejor aspecto; una casa de parturientas y de hospedaje para señoras, que regentaba una comadrona de cierto renombre.

Era una casa muy alegre, con una fachada clara y un patio lleno de flores y hierbas que embalsamaban el aire. En el primer piso, distribuidos a lo largo de un corredor, el salón, el gabinete de la comadrona, su cuarto, el comedor y la cocina; en el segundo piso y en el tercero estaban los cuartos de las mujeres que iban a dar a luz; en unos había tres o cuatro camas, en otros una sola y éstos, naturalmente, eran más caros.

La comadrona era la soberana de todo aquello y paseaba de arriba abajo su persona rechoncha sin exageración, bajita, bien cuidada, su rostro alegre, blanco, acicalado. Circulaban algunos rumores no muy halagüeños; pero eran las rivales las que los propagaban. Al primer golpe de vista, adivinó lo que el caballero pretendía; alguna soltera que se hallaba en situación apurada. Cuando supo que se trataba de una pensionista que estaría cuatro meses, se humanizó y fijó una suma que no pareció excesiva al seductor para escapar de la vergüenza y el escándalo de su crimen.

Todo quedó arreglado para que Pauline durmiese en un cuarto de tres camas, en cuanto él se la enviase.

La conducta culpable que había llevado Pauline la hizo volverse obediente y tímida; ni siquiera se atrevió a hablar de matrimonio a

su seductor. En cuanto él le comunicó su decisión, se limitó a hacer un paquete con las cosas más necesarias y una tarde, mientras L.D.M.E. hacía compañía a su madre, se escapó de la casa paterna y fue al otro lado de París a ocultarse en la casa de la comadrona que el seductor le había pagado.

Éste, en persona, se había cuidado de llevar un coche de alquiler hasta la puerta de la casa, y después de dar las instrucciones oportunas al cochero, se dispuso a hacer compañía a la madre confiada. El cochero esperó hasta que una joven dama salió al cabo de unos minutos, se dirigió al coche que esperaba, y la condujo al lugar que le habían indicado de antemano.

El escándalo de la desaparición de Pauline se propagó desde el mismo día de su evasión. Pero, ¿a quién acusar?

L.D.M.E. aparecía como de costumbre a su visita diaria; es más, realizaba pesquisas y trataba de consolar a los padres en su desesperación, por lo cual todos le estaban sumamente agradecidos y confiaban en él como habían confiado desde que le conocían.

Sin embargo, él ya se había trazado un nuevo plan. Tendría a su entera disposición a Pauline, una vez diese a luz, hasta el momento en que encontrase la ocasión de realizar un matrimonio ventajoso en provincias; para entonces, contaba con desaparecer y abandonarla.

No obstante, al cabo de un par de semanas L.D.M.E. se presentó en casa de la comadrona a saber cómo se encontraba Pauline. Una criada lo acompañó hasta el tercer piso. La muchacha estaba en cama, pero le hizo pasar porque en el cuarto no había ninguna otra pensionista.

La encontró bien peinada, con un camisón blanco, incorporada con dos almohadas en la espalda. Su aspecto no era muy alegre, pero sonrió a su visitante, mientras se cubría con la sábana en un gesto instintivo de pudor.

—¿Te encuentras enferma?

—No; pero aprovecho el permiso que nos dan de permanecer acostadas. ¡Para lo que tengo que hacer! Me parece imposible… que hayáis venido a verme.

Él examinaba el cuarto. Era grande, tapizado de gris con florecillas azules. Las tres camas estaban, dos de lado y la tercera al través, enfrente, separadas por una mesita de noche y una silla. Había una cómoda y un armario de distinto aspecto. Dos ventanas daban al patio y dejaban entrar torrentes del sol mañanero.

—No pareces muy satisfecha.

Se había vuelto hacia la cama del fondo y guardó silencio. Allí había una figura oscura que no viera al entrar. Era una muchacha de edad indefinible, alta, seca, de rostro severo, sin caderas ni pecho. Pensó en una de las desdichadas que han de dar a luz, perseguidas por las burlas y los insultos. Apretaba las correas de un saco de viaje, puesto sobre la cama.

—Es inglesa —indicó Pauline.

Él no respondió. La vieron dirigirse a la puerta y cuando estuvo fuera Pauline explicó que se llamaba Terry, que entendía algo el francés y apenas lo hablaba. Era muy poco comunicativa, pero sabía que dos años antes había estado en la casa para deshacerse de otro niño. Esta vez, como la primera, había aparecido sin avisar; ocho días antes del parto; luego, después de dos semanas de reposo y haber enviado el chiquillo a la maternidad, volvía a embarcarse.

—No es tan difícil, entonces —comentó sonriente él—. Y tú tenías tanto miedo.

—Es cómodo, nada más. Parece que hay muchas inglesas que lo hacen así. Ésta es una monja; no como las de aquí, pero religiosa. Se pasa el día con el devocionario en las narices.

Se callaron porque la inglesa entraba de nuevo. Él la observó con atención, asombrado de verla tan fea y enjuta, y pensando en quién sería capaz de ponerla en tal estado.

La inglesa recogió sus cosas, dijo dos palabras en inglés a Pauline, la besó en la mejilla y salió, con paso tranquilo.

Cuando Pauline volvió a quedar sola con L.D.M.E. se subió la sábana que se había escurrido y preguntó con interés:

—¿Qué dicen mis padres? ¿Cómo está mi madre? ¡Pobrecilla! ¿Qué piensan de mí? ¿Se imaginan lo que me sucede?

—No debes preocuparte. Yo estoy con ellos todos los días. Procuro hacerles llevadera tu ausencia. Ahora sólo es necesario que esto acabe bien y pronto.

—Me preocupan tanto mis padres… Mi madre siempre ha sido tan buena conmigo…

De pronto se echó a reír, alegre y sin preocuparse del niño que crecía en su seno. En el fondo no se había despertado ningún sentimiento de maternidad. Estaba allí y esperaba. Se desperezaba en la cama, dichosa al sentirse fresca, invadida por la pereza, deseosa de que aquellas dulces mañanas se sucedieran.

—Al menos me llevaréis de aquí. Estaremos juntos en algún sitio seguro —dijo Pauline, de pronto.

Como él no respondiera, limitándose a mirar el cuarto con detenimiento, ella empezó a alabar la respetabilidad de la casa.

—No se oye ninguna disputa, ni una mala palabra. Hay pupilas muy distinguidas, pero nadie se preocupa de dónde vienen.

Pauline le observaba y cada vez lo veía más lejano. Era como después de habérsele entregado; no la rehuía, pero sí se mostraba como indiferente, para guardar toda clase de apariencias. Sólo que allí estaban ellos solos, sin sus padres, y con un problema que les era común.

—En el cuarto contiguo —comentó Pauline—, hay otra muchacha joven, hija de un rico joyero que sin duda conoceréis.

—¿Un joyero?

—No sé su nombre, pero a ella la llamamos Lucile. Tiene dieciocho años, un hermano de quince y su padre es un hombre de unos cuarenta años.

—¿Y dices que es joyero?

—Sí, y viudo. No sabemos dónde vive, pero una vez que perdió a su esposa, no tuvo problemas para reemplazarla. A los dos meses del entierro, una noche decidió entrar en el cuarto de Lucile y se acostó con su hija. Ha estado durmiendo con ella casi un año. Una chica tan amable y buena, que tampoco habrá sabido resistir. Ahora

esta encerrada aquí y nadie viene a verla. También le escamotearán al niño.

—Sí, aquí todos los casos son por el estilo —replicó él, moviéndose inquieto—. Pobres muchachas embarazadas y arrojadas a la calle, en nombre de la moral burguesa. Preñeces que acechan a jovencitas descuidadas, que gustan de disfrutar placeres prohibidos.

—¿Como yo?

—Sí, sí. Cuídate, querida —añadió molesto—. Vendré a verte pronto. Cuando todo pase, será mucho mejor para los dos.

Y el seductor, un tanto irritado por la situación, besó protocolariamente en la mejilla a su amada y se marchó con paso resuelto. De sobra sabía que aquella casa era el asilo apropiado para que las miserables combinaciones sociales pudieran enclaustrarse; un refugio donde evitar el aborto y el infanticidio.

Cuando Pauline se quedó sola la tristeza y la desolación se enseñorearon de su mente y de su espíritu. Ingenua, todavía, esperaba que su seductor tuviese algún gesto de honrada delicadeza; pero ahora ya estaba convencida de que nada hacía por su bien, comprobando la imposibilidad de regresar a casa de sus padres algo rehabilitada.

Sin embargo, Pauline ya tenía una especie de consuelo. Hacía un par de días que había ingresado una joven con la cual había trabado una rápida amistad. Una muchacha que se había volcado hacia ella, agradecida y buena compañera, que tomaba su embarazo a broma y sabía distraerla de sus preocupaciones y miedo.

Esta compañera de Pauline se llamaba Babet Foullé y era, según propia confesión, una perdida total. Se había entregado por puro libertinaje a un hombre casado, al que había engañado con premeditación y la más absoluta desvergüenza.

Babet poseía uno de esos temperamentos fogosos, ante el cual los infortunados a los que domina, no pueden doblegar nunca; lo que a su vez la hacía más excusable que a otros. Babet sólo era libertina para satisfacer sus sentidos. Y esta joven exaltada, fue la que acabó de corromper a la joven Pauline.

Pero no adelantemos acontecimientos.

6

Babet y Pauline dieron a luz en la misma semana. Sus hijos, como la mayoría de los que no nacían muertos o morían nada más nacer, fueron entregados a la asistencia pública. Durante el tiempo que permanecieron juntas las dos jóvenes se habían hecho muy buenas amigas y se comportaron mucho mejor que las mujeres honradas. Mientras se restablecían, hacían planes y soñaban con librarse a toda clase de placeres y sueños.

Babet, para sentirse más unida a su compañera, quiso contarle su historia y conocer la de Pauline en todos sus detalles. Y comenzó a relatarle lo siguiente, después de obtener la promesa de una confidencia recíproca:

—Mi nombre ya anunciaba lo que yo debía ser —dijo la muchacha—. Durante mi infancia ya era alegre, vivaz, me encantaban los hombres; los buscaba, me echaba en sus brazos y los besaba entusiasmada. Estas felices cualidades hicieron que algunos vecinos pensaran en mí. Sé que no soy bonita; pero estas señales de la viruela no me desfiguran lo suficiente para impedir que sea muy apetecible; al menos, eso es lo que siempre me han dicho.

»Tengo una hermana mayor y más guapa que yo, pero severa y gazmoña en exceso. Un día tuve que responderle muy sensatamente: "Si yo tuviera tu cara, esperaría a los hombres; pero con la mía, es preciso que vaya a buscarlos…".

»Este comportamiento, que he tenido siempre, no me ha proporcionado una buena reputación; pero si con él alejaba los buenos partidos para casarme, sí estaba bien segura de tener tras

de mis pasos, en cuanto salía sola, a una multitud de fieles adoradores que no hacían más que suspirar por mí.

»Acogía bastante bien sus alabanzas. Y uno de ellos, más audaz que los otros, un día me propuso subir a su cuarto para que me refrescase un poco. Era un día que hacía muchísimo calor, y luego supe que había alquilado aquella habitación expresamente para llevarme a ella.

Babet sonrió pícaramente y guardó un instante de silencio, como si tratase de encontrar las palabras precisas para contar aquel hecho. Había sucedido un día en que le parecía sentir algo en su interior que la apremiaba. El hombre la había abrazado al entrar y cerró la puerta a sus espaldas. Luego, lenta y suavemente la condujo al centro del cuarto. Había puesto una mano en su nunca y otra en su cintura. La presionaba para que le besara y sus bocas se unieron.

A Babet le gustaba sentir en sus labios aquellos otros que parecían ávidos y mordientes. Y el hombre disfrutaba sintiendo la redonda presión de los senos de la muchacha contra su pecho, al tiempo que también los muslos se apretaban unos a otros.

El beso fue largo, apasionado, de intensidad creciente. Los dos se separaron jadeantes y casi sin aliento.

Continuaban estrechamente abrazados, conscientes de cada avance. Él presionaba más su cuerpo contra el de Babet y empezó a desatarle, con cierta torpeza, los lazos de su blusa, hasta que logró ver libres los senos de la muchacha; entonces inclinó su cabeza para besarlos. Pasó su lengua acariciante por los sonrosados botones de sus cimas, al tiempo que bajaba las manos hacia las caderas de ella, que gimió suavemente al iniciarse aquella enervante caricia.

Echando su cabeza hacia atrás, entrecerrando los ojos, Babet acarició con una mano los cabellos del hombre. Con la otra le ayudó, de una manera instintiva, a que le despojara de su falda. Él había deshecho el lazo de su cintura y la prenda se deslizó por las piernas de la muchacha hasta el suelo, enredándose entre sus pies. Le

levantó la corta enagua y llevó sus manos al calzón, al mismo tiempo que la empujaba con suave firmeza hacia la cama del rincón.

Babet se dejó caer sobre ella, alzando instintivamente las piernas para que él pudiera despojarla de la última prenda, y ofreció a la mirada asombrada y extasiada del hombre el espectáculo de su excitante sexo. Embelesado por aquella maravillosa desnudez, el hombre se arrodilló a su lado.

Ella había echado la cabeza hacia atrás y mantenía cerrados los ojos, como si desease sentir en toda su intensidad las caricias que él le prodigaba por todo su cuerpo. La cara del hombre se deslizaba por ella, con besos mordientes, acariciándolo con la lengua, mientras las manos recorrían su piel suave, que ya ardía de pasión.

Babet se sentía arrebatada por el cúmulo de sensaciones que el hombre despertaba en ella. Excitada al máximo, la muchacha abrió los brazos para recibirle encima de su cuerpo, que se estremeció al ser oprimido por el otro. Los labios de ambos se unieron al tiempo que se encontraban sus sexos.

Él llevó una mano al vello rizado de la muchacha, acariciándolo para aumentar su excitación. Cuando creyó haberlo conseguido, llevó su mano a los senos y se arqueó un instante, para impulsarse luego dentro de ella.

Un quejido brotó de la garganta de Babet, al sentir aquella dureza que invadía su feminidad. Sus manos se aferraron convulsas a la espalda del hombre, arañándole. Él retrocedió ligeramente al notar una inesperada resistencia a su avance, y con mayor impulso se lanzó hacia adelante.

Babet dejó escapar un grito al sentir forzada la puerta de sus más íntimos secretos. Él se inclinó sobre ella y selló su boca con la suya, sorbiendo con deleite el quejido de la virgen que se entregaba sin reservas.

Incrustado en ella, el hombre trató de dominar sus impulsos. Su goce se había elevado al máximo al darse cuenta de lo sucedido. El orgullo de ser el primero le hizo contenerse en la medida de lo posible, procurando que sus movimientos fueran menos violentos.

Todo el cuerpo de Babet se estremecía, mezclándose en ella las sensaciones de un leve dolor con las de un goce todavía incipiente. De sus labios rojos se escapaban ahora ligeros gemidos mientras se debatía entre sensaciones opuestas, sintiendo la ardorosa invasión de su feminidad y el dolor de la membrana desgarrada, al tiempo que por primera vez sentía el goce de la primera entrega.

Las contracciones instintivas de Babet contribuían a hacer mayor el deleite del hombre. Poseída por embriagantes espasmos de voluptuosidad, ella se apretaba contra el cuerpo masculino, en el que la furia del deseo derribaba todo obstáculo. Sus embates se hicieron más fuertes y rápidos. Un cosquilleo crispante y enloquecedor le hacía impulsarse dentro de la muchacha, para retroceder un poco y lanzarse luego hasta el fondo.

Aquellos movimientos de vaivén hicieron desaparecer del cuerpo de Babet las primeras sensaciones de dolor, para dejar paso únicamente a las de un goce cada vez más intenso. Aquello quemaba las paredes de su cuerpo y le asaltó un furor de pasión; los paroxismos de la emoción la estremecían como olas devastadoras; un volcán incontenible, irrefrenable, bullía con su diluvio de lava.

Sin embargo, el éxtasis definitivo le fue burlado por la impetuosidad del hombre. Incapaz de contener por más tiempo sus impulsos, y arrebatado por la pasión, se desplomó sobre ella, vaciándose en su interior e inundando sus entrañas con un ígneo torrente de jugos, frustrando las ansias de goce que alentaban en Babet.

Él quedó jadeante encima de la muchacha y en completa posesión de sus más íntimos encantos, mientras Babet notaba que poco a poco disminuían las sensaciones excitantes que la dominaran. Su placer se esfumó para dejar paso de nuevo al primer dolor, pero en el fondo se sintió agradecida a aquel hombre.

—Sí —añadió, saliendo de su mutismo—. Aquel día subí doncella a su cuarto, pero salí convertida en mujer. Y aquel hombre no era, precisamente, el que más me agradaba. Me entregó la llave de su habitación, para que fuese a verle cuando quisiera, y yo tuve la

destreza de hacerme seguir, con disimulo, por el tipo que más quería.

»Después de él, subí a otro y así hasta que un día el dueño del cuarto me sorprendió con uno. Se encolerizó de mala manera. Yo me quedé junto a él, con intención de calmarle; pero me trató muy mal. Me humilló de mil maneras y cuando creía haberle amansado, a fuerza de complacencias, me destrozó mi bonete, me hizo un agujero en el delantero de mi falda, me regaló un zapato muy limpio y me envió a la calle con algunas patadas y bastantes bofetones.

»Me encontré totalmente desesperada al dejarle, porque no sabía qué sería de mí. Sin embargo, le di la espalda tristemente cuando en la esquina de la calle de la Monnaie encontré a un comerciante que hacía mucho tiempo que me cortejaba. Era el más mayor de todos mis adoradores y aquel a quien menos caso había hecho. Sorprendido por mi aspecto desaliñado y por ver las huellas de mis lágrimas, me abordó.

»—¿Qué es lo que os sucede, señorita Babet? ¡Dios mío, pero cómo estáis!

»—Estoy desolada —le respondí enseguida—. Acabo de ser asaltada por dos libertinos, cerca del Arche-Pepin. He sacudido un bofetón al más insolente; pero como no había nadie en la calle para socorrerme, ya puede ver cómo me han puesto.

»Esta era la historia que me había preparado para soltarla en mi casa. Pero apenas había terminado de decirla cuando aquel que tan bien me había sacudido, y que me escuchaba, dijo al comerciante:

»—No le creáis ni una palabra; no son más que cuentos.

»Y enseguida se puso a relatarle todo lo que acababa de suceder entre nosotros. Luego nos dejó, asegurándome que iba a informar de todo ello a mis padres, atribuyendo la aventura en la cuenta de otro, y no como suya. Este último golpe, me desfondó.

»Entonces dijo el comerciante:

»—Señorita Babet, ya que están así las cosas, yo poseo un alojamiento en la Nouvelle-Halle; os lo ofrezco; no os faltará de nada y os amaré toda mi vida. Lejos de molestarme vuestras debilidades,

me colman de alegría, puesto que sin ellas jamás habría tenido la dicha de poseeros.

»Yo acepté y él me condujo inmediatamente a su aposento. Disponía de dos pequeñas piezas muy bien amuebladas. Y allí estuve viviendo hasta el momento en que vine a esta casa para soltar a la criatura, a expensas de ese pobre señor.

»Sin embargo, mi intención es plantarlo al cabo de algún tiempo; la vida que llevo con él es demasiado triste; para eso más me hubiera valido permanecer en la casa de mis padres. Quiero aprovechar mi juventud, para entregarme al placer; ya habrá tiempo y ocasión para permanecer retirada cuando sea vieja y fea.

»Y ésta es mi historia, querida Pauline. Ahora ya sólo te queda contarme la tuya, ¿no te parece?

—La mía es muy breve —respondió la infortunada muchacha—. Un amigo de mis padres me ha seducido; me he quedado embarazada y aquí estoy.

—¡Dios mío! ¡Qué aire de Jeremías pones para contarme todo eso! ¿Es que no tienes ningún agradecimiento para aquel que te ha dado el conocimiento de disfrutar del bien y del mal? ¿Acaso se trata de ese gran y atractivo hombre que he entrevisto una vez?

—El mismo.

—Ya puedes sentirte dichosa… ¿Le has sido siempre fiel?

—¡Ah, Dios mío! Sí. ¿Cómo podría haberle engañado, estando tan vigilada por mi madre y por mis doncellas?

—Así, pues, tú has salido de padres ricos.

—Sin duda.

—Eso sí que es otra cosa. Tendrías que haberte esperado hasta estar casada; entonces podrías entregarte a quien hubieras querido, y sin arriesgar nada.

—Pero yo he sido seducida; soy joven e ignoraba lo que me hacía…

—¡Ah, pobre inocente! —exclamó Babet, echándose a reír a carcajadas—. ¿Y ahora qué es lo que piensas hacer?

—Pues… no lo sé… El señor L.D.M.E., mi…

—Tú… ¿qué?

—No sé qué nombre darle.

—Yo sí que lo sé. ¡Pardiez! Es tu amante, puesto que no se trata de tu marido. Para mí, yo no doy ese nombre al mío; yo no le digo más que mi tonto, incluso hablando con él, porque en verdad lo es.

—¿Qué placer puedes encontrar en condenar al suplicio a un hombre que te ama?

—¡Ah, pobre inocente! Estás como yo estaba; pero se cambia bien pronto, en cuanto se comprueba lo falsos y malignos que son todos los hombres. Este de ahora me ama, se porta bien; pero, ¿es a causa mía?, No, se sacrifica a sus placeres y no por mis encantos; no le debo nada; y a cada vez que me toma yo me cobro con él. Por otra parte, ¿crees tú que si él no fuese viejo y pudiera, como yo, encontrar alguien con quien darme la patada, no lo haría?

—Por lo menos —dijo Pauline, con aire de ingenuidad—, no lo dejes en estos momentos; trata de engañarlo sin que él lo sepa. Así tú le harías feliz, sin que él te costara nada.

—¡Ah, la deliciosa chiquilla! —exclamó Babet, riéndose—. ¡Qué aspecto de bondad más encantador pones, para decirme eso! Verdaderamente, tú me seducirías si me quedase el más mínimo deseo de hacer feliz a cualquier hombre. ¿Yo? ¿Hacerlos dichosos? Quisiera atormentarlos hasta la desesperación. ¡Vamos! Yo les pago bien ahora actuando de la misma manera que ellos piensan al hacerlo con nosotras. Ellos no nos desean más que para su disfrute; y yo no les quiero más que para mi placer. Les acaricio para mí; pero si al salir de mis brazos pudiese estrangularlos, no perdonaría la vida de ninguno.

—¡Dios mío! ¡Qué crueldad! —replicó Pauline, riendo.

—Yo ya no quiero más ni la compañía, ni la estima, ni el amor de esa clase de animales; yo sólo quiero excitar sus deseos; no deseo más que arruinarlos, robarlos, hundirlos en la miseria y burlarme de ellos, después de haberlos destrozado.

—A decir verdad —comentó Pauline; algo pensativa—, no se merecen otra clase de sentimientos. El mío, por ejemplo, ¿no me ha

tomado desde un principio por medio de la violencia y del engaño? Después, ¿no me ha seducido? ¿Acaso no preveía lo que debía sucederme? ¿Acaso no me ha sacrificado a sus caprichos? ¿Acaso se ha apiadado de mí cuando hubo previsto que yo quedaría reducida a escapar de la casa de mis padres? ¿Ha tenido piedad de mi padre, de mi madre…?

—¡Ah! ¡Ese sí que es un monstruo! —exclamó Babet—. ¡Vamos! Déjamelo de mi cuenta. Quiero vengarte… ¿Cómo?… ¡Ese monstruo te ha tenido sola y tú le has sido fiel!

—Así, así —replicó Pauline, sonriendo, al cabo de un instante de duda.

—¿Cómo es eso? ¡Explícate, ángel mío!

Pauline mudó el gesto ante la cara de asombro y de curiosidad despertada en su amiga. Sonrió taimada y le dijo, bajando la voz, como en un esfuerzo de pudorosa confesión:

—Le he hecho, bien bien, once infidelidades.

—¿Cómo once infidelidades? —repitió Babet en el colmo de las sorpresas.

—Sí, con once hombres diferentes.

—¡Oh! Mi querida amiga —clamó Babet, echándose en sus brazos y estrechándola hasta ahogarla—. ¡Mi adorable Pauline! ¡Cuánto te quiero! ¡Te adoro, chiquilla!… Tú sí que vales por diez como yo, y yo sólo soy una novicia.

Y Babet, desbordada de entusiasmo, la besaba y la abrazaba sin dejarle ocasión, casi, de respirar.

—Pero, cuéntame. ¡Cuéntame! ¿Cómo te las arreglaste?… ¡Qué joya! Y yo… tonta de mí…

Las dos muchachas se pusieron a reír como locas, satisfechas, porque aquel engaño se transformaba en un dulce y deseado triunfo sobre las desgracias que sufrían y atribuían a los hombres.

Tras una breve expansión, las dos muchachas se quedaron en silencio. Pauline se recogió un poco en sí y al darse cuenta de que Babet no hacía más que mirarla con curiosidad creciente, la tomó de las manos suavemente y, sonriendo, empezó a decirle:

—Auguste, el hijo de nuestro cochero, fue el primer amante que tuve después de varios meses de relaciones con mi seductor. Tenía unos años más que yo y de pequeños habíamos jugado muchas veces juntos.

»Recuerdo que fue a primeros de agosto. Habíamos tenido la sorpresa de verle venir con un pequeño permiso de veinticuatro horas. Pareció confundido al verme, y yo, no sé por qué, me sentí secretamente regocijada de verle. Su padre tenía que llevar al mío, aquel mismo día, a visitar nuestras fincas; mi madre también había decidido salir de compras a la ciudad con la doncella. Así que con tranquilidad, pues el señor L.D.M.E. no vendría por casa en dos días, pude ver a Auguste hacia las dos de la tarde. Paseaba por nuestro parque. Se dio importancia ante mí al confiarme que se había enrolado voluntario en el ejército. Hablamos de todo y de nada sin que el uno ni el otro manifestase las intenciones que, a decir verdad, nos removían las entrañas.

»En poco tiempo Auguste se había transformado en un apuesto muchacho, fornido y muy atractivo; mis formas también se habían desarrollado lo suyo; podía vérseme como una mujer. Él me confesó con admiración y entusiasmo que me parecía a una verdadera mujercita; y yo tuve la tontería de decir a Auguste que se parecía a un verdadero muchacho. Él, muy sibilino, añadió que ya era un verdadero hombre. Yo sonreí como una necia, a lo que él dijo:

»—Ahora sí que tendríamos unos buenos juegos para divertirnos y pasarlo bien.

»No comprendí qué quería decir, pero sí sabía lo que me estaba rondando por la cabeza desde que le había visto aparecer aquella mañana en la casa.

»Él me tomó de la mano y, mientras caminábamos hacia lo más profundo del soto del parque, me preguntó si no quería que fuésemos felices y nos divirtiésemos, antes de que se marchara con su compañía a otro destino. Sin duda puso alguna entonación heroica en su voz, porque yo dije que sí.

»Auguste se dejó caer sobre la hierba del final del verano y yo le acompañé, riendo. Me senté ante él y le rogué que cantase para mí. Siempre le había gustado hacerlo, y solía cantar muy bien; al menos para mi gusto.

»Sus grandes ojos negros adquirieron, entonces, un brillo especial. Se inclinó sobre mí y me besó delicadamente en la frente. Después se descalzó, se quitó los calcetines y, poniéndose en pie, se despojó de su camisa, para, a pecho desnudo, ponerse a cantar una extraña canción que no le había oído nunca, pero que me produjo una especie de fascinación dichosa.

»Me puse a seguir su ritmo con la cabeza y, sin saber por qué, también me balanceaba como él, un poco emocionada y un tanto perdida en una percepción desconocida dentro de mi cuerpo. De repente se calló y me icé un poco para besarle en la boca. Me sentí estrechamente abrazada y la lengua de Auguste se metió entre mis labios.

»Comprendí inmediatamente que tenía ganas de ser besada, y dejé que su lengua hiciese maravillas en lo más cálido de mi boca. La sentía enlazarse a la mía, volver sobre mis labios y partir de nuevo hacia lo más profundo de mi garganta. Y luego recobré la conciencia para experimentar otra sensación: mis senos eran acariciados furiosamente por las manos de mi amigo. Esto hacía un rato que ocurría sin que yo me hubiese dado cuenta de ello antes, por la emoción que me embargaba.

»Ese extraño calor que enerva, me hizo estremecer, y me aloqué besando la boca de Auguste, sus ojos, su cuello… Deseaba ardientemente tenerlo bajo mis labios. El afortunado lo adivinó enseguida, porque hizo que me echase sobre la hierba y nuestros abrazos se volvieron más violentos.

»Nos detuvimos un instante para recobrar alientos. Auguste se desvistió totalmente y me ayudó a hacer lo mismo. Se quedó admirando largamente mis piernas y mi vientre, y luego besó diestramente mis senos antes de echarse sobre mí. Al principio sentimos, cada uno de su lado, ciertas incompatibilidades a nuestros

esfuerzos; pero Auguste pasó una mano directora entre él y yo. Y con buena voluntad manifiesta, yo le ayudé con unos movimientos de riñones hasta sentir unas aproximaciones que me excitaban muy bien donde sabía que podía serlo. Luego lancé una gran sacudida de vientre hacia adelante y Auguste se instaló en mí, tan grueso y largo como bien lo deseaba.

»Después de la sorpresa de esta invasión casi total, Auguste me estrechó fuerte y me besó en el cuello repetidas veces. Yo recogí mis rodillas hacia mí y disfruté mayor placer con esa nueva postura que parecía facilitar los asaltos de mi primer amante.

»Enseguida me sentí transportada a un cielo de fuegos artificiales, y sentí cómo Auguste hacía brotar en mí una cálida y maravillosa ofrenda.

»Recuerdo haber pronunciado una serie de palabras sublimes y tan ardientes como las dulcísimas sensaciones que aquello me producía.

»Encontraba el hecho tan agradable que retuve a Auguste sobre mí hasta que se evadió de mis muslos. Casi inmediatamente volvió, con tanta firmeza como al principio. Y reemprendimos una cadencia más pausada, pero no menos fastuosa. Suspiramos hasta quedarnos sin aliento; ralentizamos nuestro esfuerzo para luego partir hacia nuevos éxtasis. Así estuvimos por lo menos hora y media, midiendo y gozando intensamente nuestra lujuriosa pasión, hasta casi caer extenuados y gozosos.

»Y puedo decirte, sin vergüenza, que en aquellos momentos no hacía más que pensar en la explotación de mi sexo para asegurarme la felicidad de vivir. Una explotación digna, claro está. Algo que se circunscribiera a gozar siempre de tanta dicha y placer.

»Cuando Auguste se incorporó le vi doblegarse cuatro o cinco veces antes de mantenerse vertical sobre sus piernas. Yo misma sentí mi cabeza completamente vacía, mientras que mi vientre aún experimentaba la deliciosa sensación de estar lleno de Auguste.

»Luego él volvió a mostrarse muy cortés con palabras de sincera ternura. Me tomó de la mano y me la besó unas cien veces antes de

que hubiésemos regresado a la casa. Me aseguraba que ya no podría amar a nadie más, que iba a morirse de tristeza allá lejos, y que su último pensamiento sería para mí.

Y yo, emocionada, me eché a llorar como una joven viuda.

7

Pauline se quedó pensativa y silenciosa, mientras Babet, sentada al borde de su cama, la contemplaba inmóvil y como sumida en éxtasis.

—¡Admirable inocencia! —exclamó, de pronto—. ¡Cómo recrean mis oídos las palabras pronunciadas por tus adorables labios! ¡Te adoro, Pauline!

Y sin atender respuesta, Babet se lanzó sobre su amiga, para besarla en los labios, a la vez que la abrazaba fuertemente.

—¡Oh!… ¿Qué haces?

—¡Querida! Con tu aire de inocencia, sí que estás hecha para engañar a los hombres, y vengar nuestro sexo… ¡Ah, cómo te amo!

—¿De verdad crees que hice bien? —preguntó la muchacha, cogiendo de los hombros a su amiga y separándola, para mirarle a los ojos.

—¡Eres divina!… ¡Sigue! ¡Cuéntame más!… Porque fueron once hombres…

La franqueza con que esta muchacha trataba a Pauline, parecía no tener como único objeto satisfacer la necesidad de charlar, tan natural en las mujeres; la atención muy particular que estaba prestando a su amiga, a lo largo de su relato, así como sus efusivas palabras y el aire de intentar releer en los ojos de Pauline el estado de ánimo que arropaba sus recuerdos, hacían sentir una extraña turbación, casi un pequeño sonrojo, que inquietaba excitadoramente a Pauline.

—¿Por qué te turbas?… ¡Oh, querida! Perdona mi curiosidad… Sólo quiero tu bien, nuestro bien… ¡Instrúyeme con tus andanzas!

Y de nuevo, Babet abrazó efusiva a Pauline, besándola largamente en la boca. Luego rió divertida, al ver a su amiga, temblorosa y confusa, ante aquellos arrebatos.

—¡Vamos, querida! Cuéntame más sobre tus infidelidades… Pienso que tú y yo podríamos hacer una buena pareja.

Babet se arrodilló sobre la cama, sentándose en sus talones, mientras sus enormes ojos volvían a fijarse en el rostro de Pauline.

Una cierta vergüenza se había apoderado por un instante de Pauline. Los recuerdos evocados y el contacto cálido con el cuerpo de su amiga, la estremecieron violentamente, como aquella debilidad que la asaltó ante las primeras audacias de L.D.M.E.

—Nadie diría, al verte —dijo Babet sonriente—, que fueras capaz de tales hazañas. Y dejando que yo presumiera… ¡Anda! Ten piedad de mí y cuéntame tus fascinantes aventuras.

—Pero si no hay nada que contar —replicó, vacilante, Pauline—. Yo sólo me divertía.

De pronto se echó a reír, y balanceó el cuerpo hacia adelante, un par de veces, hasta apoyar una mano en el hombro de su amiga.

—No puedes imaginártelo —añadió—. Cada vez se hacía más cauteloso para que no se enteraran mis padres.

Babet echó sus brazos al cuello de Pauline y cruzaron sus cabezas un momento de emocionante silencio.

—¿Y te hacía feliz?

—No; en nuestros encuentros, sólo él disfrutaba, sin cuidarse de mí para nada.

—¡El muy cochino! ¡Todos son iguales!

Se habían separado de golpe. Pauline apoyaba su espalda, de nuevo contra los almohadones y la otra se sentaba sobre sus talones. Se miraban desafiantes, como si pretendiesen fulminar con sus miradas al hombre que las hacía hablar.

—Yo tenía que divertirme.

—¿Con otros conocidos?

—No del todo —replicó Pauline, y se acomodó antes de empezar a decir—. Verás, un mes más tarde de lo de Auguste fuimos a pasar

unos días a casa de unos parientes que vivían en la provincia. Mi madre había estado un poco débil y el médico le recomendó el campo.

»Era una población pequeña y me pasaba los días metida en la casa, hasta que la víspera de nuestro regreso acepté la invitación de recorrer los alrededores.

»Mi madre y mi tía habían insistido en que saliese con mis primos; pero ellos eran mayores, tenían sus novias y novios, y solían reunirse con ellos después de las faenas del campo. Aquella mañana mi prima, con el capataz, iría a llevar grano al molino y mientras lo molían podíamos pasear en coche por la comarca.

»El capataz era un hombre de unos veinticinco años, recio, muy musculoso y callado. Desde mi llegada le había sorprendido varias veces mirándome a hurtadillas, pero jamás me dirigió la palabra. A veces, por todo saludo, se llevaba una mano a la gorra, pero ni tan siquiera se descubría.

»A causa de no sé qué contratiempo, mi prima decidió quedarse en el molino y dijo que el capataz y yo volviésemos a recogerla cuando el grano estuviese molido. Al principio no pensé en nada; pero el hombre me llevaba en el coche sin decir palabra. Yo le preguntaba algo y lo más que hacía era mover la cabeza, negando o afirmando.

»A pesar de que el paisaje era muy bonito y había preciosos lugares para ver, empecé a sentirme aburrida y un poco irritada. Nos habíamos detenido un momento para contemplar una hermosa panorámica cuando se me ocurrió que debía hacer algo. No sabía qué, pero me puse en pie para bajarme y caminar. Salté con torpeza y mala fortuna y me caí cuan larga era. El capataz enseguida corrió a socorrerme y me preguntó si me había roto algo. Al oír su voz me puse a reír nerviosamente. Su rostro se inquietó y entonces negué con la cabeza.

»Me tomó en sus brazos, como si fuera una pluma, y me tendió sobre la hierba. Preocupado, me palpó los hombros, los brazos e

hizo ademán de tocarme las piernas, pero se detuvo. Yo las separé un poco y, cogiéndole la mano, la posé sobre ellas.

»—Vea; no ha sido nada —dije—. Estoy bien.

»Pero insistía, cogiendo sus manos y haciéndole palparme por todo el cuerpo hasta que una de sus manos apretó uno de mis senos; la otra, guiada por mí, subió a lo largo de mis piernas, levantando mi falda.

»Me pareció que fruncía las cejas, pero de hecho no hizo más que plegar las pupilas para observarme mejor. Podía convencerse de mi buena salud. Yo separaba más las piernas, en previsión de lo que pudiera suceder.

»Su mano izquierda volvió a oprimirme los senos. Esta vez fueron acariciados los dos, y yo le cogí la otra mano para apoyarla muy fuerte sobre mi vientre, empujándola hacia abajo.

»El capataz tuvo una sonrisa para condenar a una santa. Me dijo que era muy joven. Le respondí que eso no era motivo para no sentirme una verdadera mujer. Hizo un gesto despreciativo, como si no me creyese, y llevó su mano a mis muslos. Yo levanté un poco las rodillas, abriéndolas suavemente para facilitarle lo que adivinaba.

»Me acarició dulcemente, atento siempre a mis reacciones, y luego me preguntó si ya había conocido un hombre. Le dije que dos. Mi seductor contaba para mí tanto o más que Auguste. Entonces él se tendió a mi lado y me preguntó si no me encantaría conocer un tercero.

»No estoy muy segura de lo que debió pensar en aquel momento sobre lo que yo consideraba *conocer*, porque tardó mucho en mostrar eso que un hombre tiene por excelencia como una de sus grandes cualidades.

»Le ayudé a ponerse a gusto y quedé muy asombrada de la lentitud que ponía en honrar mi sexo. Empezó por preguntarme si quería besarle. Comprendí mal y alargué mis labios hacia su rostro. Él precisó, después de que yo diese muestras de mi docilidad bucal, y me señaló su atributo, que yo no había examinado. El ingenio me

pareció increíblemente grandioso. Aquello era más de cuanto había visto.

»Con cierta vacilación, me incliné hacia la cúpula violeta y le di un beso desafortunado. El capataz me aconsejó abrir bien la boca, de la misma manera que acababa de besar la suya. Lo cual hice sin gran entusiasmo. Este me llegó unos segundos después, cuando el hecho de tener el calor de aquel miembro en pleno paladar me produjo una especie de vértigo. Entonces tuve ganas de mostrarle cierta destreza y empecé un despliegue de succiones y giros de lengua que asombraron y satisficieron mucho al hombre.

»Tuve la sensación de comportarme como una verdadera mujer y amante, y un poco ahogada, le abandoné un momento para preguntarle si no querría hacerme como Auguste. Necesité explicarle lo que me había hecho y me pareció leer en sus ojos una cierta piedad.

»Mientras le contaba mis relaciones con Auguste, mis manos acariciaban su esplendor y él me cosquilleaba muy agradablemente en toda mi intimidad. Concluida la historia, se echó sobre mí, luego se puso de rodillas; parecía examinar nuestra situación.

»Su mano derecha orientaba nuestra unión. Yo estaba totalmente mojada. El deseo de meterle dentro de mí permanecía tenaz porque me atormentaba, excitante, por todos los alrededores.

»Esto me hizo temblar, estremecida, y él me preguntó si tenía miedo o me hacía mal. No; era la impaciencia que me dominaba.

»Y el capataz se introdujo más. Creí que me desfondaba. Entonces puse mi placer junto al suyo y le ayudé, levantando mis piernas en alto. Aquello fue delirante.

»Se me cortó la respiración y me agité como si acabase de ser clavada a la tierra. Él me llamó querida y se puso a hostigarme como un gentil dragón, dulce, lentamente. Pero a cada embestida, me arrancaba gemidos de entusiasmada sorpresa.

»Sentí restallar mi vientre en alguna parte; pero me daba lo mismo. Estaba bajo el hombre de mis sueños; ése de las dimensiones extravagantes y que espanta de entusiasmo.

»Mi amante parecía poner mucho cuidado en no aplastarme; y yo no podré describir la dicha que me procuraba la enorme columna que se hundía en mi vientre.

»Cuando consideró que no podía meterse más en mi juventud, se instaló mejor para disfrutar de nuestro abrazo. Pasó sus manos bajo mis riñones y me agarró las nalgas. Se puso a masajearlas al tiempo que aceleraba su cadencia. Me adapté a su ritmo inmediatamente y sentí una oleada de calor inundándome hasta el cerebro, de tan abundante como parecía.

»Grité de gozo y entrelacé mis piernas a las suyas. Un nuevo restallido en mis articulaciones, a la altura de la pelvis, me sugirió que estaba yendo muy lejos en mis embates.

»Tanto peor, me dije, si debo morir de amor.

»Mi espasmo se identificó con el suyo, que esperaba que yo me desfogase para cesar sus acometidas. Me quedé sin reacción y él me aseguró que yo sabía hacer el amor como una reina.

»Cuando recobramos nuestros sentidos, sin que por ello hubiésemos tenido conciencia de haberlos perdido, me ayudó a arreglarme. Volvimos al coche y, sin mediar más palabras, fuimos a recoger a mi prima, para regresar a casa con la harina.

»Me pasé todo el camino silenciosa y encantada de poder cerrar mis piernas. El interior de mis muslos se resentía un poco de su gran esfuerzo muscular; pero me sentía reconocida a aquel hombre mudo, que me había hecho experimentar sensaciones tan agradables y desconocidas.

—¡Qué placer has gustado, querida! —clamó Babet, entusiasmada—. ¡Quién pudiera revivir tu relato!

—No tiene nada de fantasía, te lo aseguro —replicó— Pauline.

—Pero así… tan maravillosamente dotado… ¡Cómo me gustaría conocer uno! ¡Adoro los hombres!

—Cuando saben hacerte feliz, ¡son estupendos!

—Te lo digo; después los estrangularía.

Pauline se echó a reír, divertida, y su amiga se abrazó a ella, para acompañarla en sus risas.

—¡Estamos locas! —clamó Babet—. Aquí, las dos sufriendo por su culpa y no hacemos más que pensar en ellos…

—En sus besos y sus caricias…

Babet rió como una chiquilla y se estrechó fuerte contra el pecho de la amiga. Luego, como en una travesura, le palmoteo en los senos, hinchados y recios a causa de la maternidad, trémulos de leche que no se utilizaría; y Pauline se estremeció, como en un repeluzno.

—¡Me das miedo!

—¡Ah, Pauline! —dijo Babet—. ¡Cómo te quiero! No soy digna de ser tu sirvienta… ¡Con esa cara y este cuerpo tan juvenil…!

—Por ello he sido seducida y sufro las consecuencias —se dolió la muchacha.

—¿Y qué?… Uno u otro habría de ser el primero.

—También él me lo decía, y ahora estoy aquí, abandonada.

—Sí, pero antes gozaste siéndole infiel… Me has contado dos historias…

—También tengo fuego en la sangre y un infierno en la imaginación.

—¡Qué pareja haríamos, querida! Tu belleza es de un género diferente al mío… Juntas celebraríamos los mayores engaños que nos fuera posible…

Pauline, enternecida y divertida, se reía y al fin abrazó a su compañera, que se cogía a ella como una chiquilla deseosa de afecto. Babet, de vez en cuando, la besaba en la mejilla y le pelotonaba en los senos, como distraída con el juego.

—Escucha, querida —le dijo, separándose y mirándola con seriedad—. Pongámonos a vivir juntas; yo haré el papel de la aturdida y tú… la bondad, la franqueza, la ingenua e inocente… Los hombres nos adorarán y habríamos hecho nuestra dicha.

—Y nos despellejarán —replicó Pauline—. La galantería nos llevaría a ser desgraciadas, si no encontramos nuestro amor.

—¡Puaf! ¡El amor!… Con esos animales no hay nada digno de amar. La felicidad está reñida con el amor. No puedes sentir pasión

por ninguno, o estás perdida.

Pauline se quedó pensativa viendo la seriedad tan obstinada en el rostro de su amiga. Luego esbozó una sonrisa y tendió sus brazos a Babet. Esta sonrió a su vez y se refugió, cariñosa, en su regazo.

—Lo real es la amistad —dijo Pauline, y besó a su amiga en la frente.

—La amistad es eterna y el deseo, sólo momentáneo.

Durante un largo espacio de tiempo, las dos permanecieron en silencio, estrechamente abrazadas, como si pretendiesen protegerse de los imaginarios males que las acechaban o temían de los hombres. Pauline acariciaba la cabeza y la frente de su amiga, y la besaba con delicadeza, mientras Babet seguía apretándose contra su pecho, aferrada al cálido contacto de los senos y del cuerpo de su amiga, como si en ello hallase el refugio materno de un cariño perdido y no alcanzado hasta entonces.

—Sabes, el amor es maravilloso —dijo Pauline, suavemente—; al menos cuando estás con él, con la persona que quieres, que te gusta, como mi pequeño Philipe.

Babet se incorporó para mirarla sorprendida, y esbozó una sonrisa al ver la expresión ensoñadora que embargaba a su amiga.

—Lo malo es no volver a verlo; pero sé que me quiere y está en París, en algún sitio. Me espera y me ama.

—No; eso no es posible.

—Es un poco más joven que yo; angelical, hermoso y tierno como un recién nacido.

—Pero, ¿de verdad lo conociste?

—Mis padres me llevaron al *mardi gras* del marqués de la Marre. Allí estaba Philipe. Bueno, lo conocí mientras cenaba con los marqueses. Me habían sentado entre la bella marquesa y su galante esposo; frente a mí tenía a Philipe, joven, modesto, que me miraba furtivamente y siempre se sonrojaba. Era sobrino de los marqueses y estaba pasando las Pascuas en su casa. Después de cenar, la bella marquesa me dijo que debía pasar la noche en su casa; el baile seguía y mis padres habían decidido que yo me quedara hasta el día

siguiente. Me prestó su cama para dormir, mientras ellos volvían al baile.

»Confieso que yo estaba emocionada, porque no hacía más que espiar a mi lindo Philipe. Así que al quedarme sola en la habitación, me dediqué a pensar en él, sin poder dormirme. Esa enervante sensación que excita, fue apoderándose de mí y, sin pensarlo siquiera, me levanté sin ruido y fui a despertar a Philipe, que dormía apaciblemente en un cuarto cercano.

»Por el corredor medio alumbrado, llegaban los rumores de la música y las voces de las personas que seguían en el baile de la planta baja.

»La brusca interrupción del sueño de Philipe le causó un poco de agitación; pero yo intenté persuadirle de que le había oído roncar de una manera terrible, como si estuviese padeciendo algún ahogo. Le rodeé con mis brazos y le mostré mi inquietud, besando sus cabellos. El adolescente me colmaba de agradecimiento; sus labios se estiraban maquinalmente para besar los dos globos entre los que respiraba.

»¡Oh, naturaleza, qué admirable maestra eres!

»Pronto sentí dos brazos acariciadores que me enlazaban y hacían, temblorosos, algunos esfuerzos por atraerme.

»—Philipe —dije entonces, penetrada de una voluptuosa emoción —, si teméis volver a sentiros mal… me quedaré junto a vos… ¿Os escandalizaría? Pero estoy inquieta; no quisiera abandonaros en un estado tan crítico.

»—Sois muy buena, hermosa señorita —respondió, fuera de sí—. Me siento muy bien, pero me gustaría estar enfermo para que me cuidaseis.

»—Hablad con franqueza, Philipe. ¿Habéis sufrido una pesadilla?

»—No; la verdad es que soñaba… es demasiado tonto.

»Yo estaba medio acostada en la cama, me deslicé poco a poco bajo las sábanas y me encontré, finalmente, al lado del encantador muchacho.

»Primeramente noté que servía para algo; la calidad compensaba lo que dejaba la cantidad. Philipe no se sorprendió de que mis manos lo recorrieran y deduje que ya había tenido alguna experiencia en los misterios del placer; pero no estaba muy avanzado; lo comprendí por el rápido movimiento que hizo su mano al retirarse cuando sintió una conformación diferente a la suya. Retuve su mano y la volví a colocar en el sitio apropiado.

»Me dijo que se sentía confuso, que nunca había conocido a una señorita; sin embargo, una de sus manos visitaba con curiosidad el nuevo paisaje que puse a su disposición, mientras la otra se deleitaba recorriendo el satín de mi pecho.

»Jadeaba, consumido por deseos cuyo objeto y remedio ignoraba aún… Sus descubrimientos lo habían desconcertado y yo gozaba tranquilamente de su delicioso asombro. Le dije que no temiese nada malo de mí, y le invité a hacer cuanto quisiese.

»—Ven a mis brazos —le dije—. Verás cómo lo pasamos.

»Yo estaba en el cielo, sintiendo sobre mi cuerpo abrasado el ligero peso del suyo. Philipe temblaba; no sabía cómo sostenerse. Lo mantuve apretado contra mi pecho, devorándolo con mis besos, sorbiendo con delirio su hermosa boca y prodigándole las confesiones más apasionadas.

»Él me dejaba hacer, aguardando en silencio el final de todo aquello. Yo ya no me controlaba… Iba a… pero surgió un obstáculo. Su turbación actuó cruelmente sobre el aguijón del amor, que se heló en mi mano… Este terrible contratiempo empujó mis deseos hasta el furor y utilicé todos los recursos que conocía… Rápidamente me apresuré a aplicar el remedio necesario y el dócil Philipe recibió la última lección.

»Lo apreté con fuerza contra mí con esos cojines regordetes cuyo encanto hace olvidar las vergüenzas de la naturaleza; unos movimientos deliciosos terminaron de aclararle la situación al feliz muchacho.

»Sus manos se deleitaban oprimiendo dos recias manzanas de ardiente carne, o pasaban, crispadas y frenéticas, a buscar encantos

más encendidos, mientras mi boca, ávida de goce, lamía y mordía, enardeciéndole en el juego deleitoso.

»Sentí el momento en que Venus recibió su primera ofrenda: el placer nos aniquiló al mismo tiempo, pero a mí me invadían las sensaciones más deliciosas y me asombraba de la prodigiosa distancia que hay entre la felicidad de un hombre que transforma a una niña en mujer y el de una mujer que recibe las primicias de un candidato al amor. Acababa de experimentar con Philipe maravillosas voluptuosidades y, por el contrario, ¡qué noche había pasado conmigo el pobre L.D.M.E., la primera vez!

8

—¡Ah, mi querida amiga! —dijo Babet, abrazándola con fuerza—. ¡Tú sí que vales! ¡Estás tan admirablemente formada!

—Eres muy amable.

—Y con tu cara de inocencia, puedes engañar a los hombres.

—Cualquiera puede hacerlo —protestó Pauline.

—No, no. Tu cuerpo es muy blanco, admirable… Desnuda, debes ser tan hermosa… que los hombres se volverán locos nada más verte.

E impulsivamente, Babet la ciñó con sus brazos por el talle, hundió su rostro entre sus senos y la besó apasionadamente en ellos.

—¿Qué haces? —se sobresaltó Pauline—. ¡Estate quieta!

—¡Oh, lo siento, Pauline! —exclamó la muchacha separándose, rápida—. Por favor… por favor, perdóname.

Pauline estiró un brazo y rozó con los dedos el hombro de Babet. Enseguida dijo, con inocente candor:

—Me haces cosquillas… y además…

—Dime que no te he ofendido —suplicó la amiga—. ¡Dímelo, por favor!

—No, no… Pero esos besos…

El rostro de Babet fue dulcificándose al ver que su compañera sonreía, bondadosa.

—¡Te quiero tanto! —añadió con ternura.

—Tu amistad también me hace bien —replicó Pauline.

—¿Sabes? Eres admirable. Yo nunca me atreví a engañar a mi hombre… aunque me siento más perversa que tú.

—No es cierto. Eres una buena mujer… La vida te ha tratado muy mal.

—¡Escucha! Tenemos que unirnos, ayudarnos. Yo me cuidaré de hacer tu elogio, y tú harás el mío a mis amantes. Apuesto a que, si tú quieres, nos haremos célebres, y hasta conseguiremos una fortuna brillante.

Pauline se recostó, pensativa, contra los almohadones, y concedió con cierta tristeza en la voz:

—Si no puedo regresar a casa de mis padres…

—¡Ya verás! —dijo con entusiasmo Babet—. Al principio habrá que engañar a tu seductor. Es preciso que te saque de aquí cuanto antes.

—Dijo que pensaba llevarme a vivir con él.

—Que te instale; te compre muebles, vestidos y todas esas cosas que resultan indispensables para que una dama viva bien. He oído contar que algunos hombres han comprado un palacete a sus amigas, e incluso les han puesto coche y criados para su servicio.

—Nosotras no somos de esa clase —murmuró sonriendo Pauline.

—¡Calla y verás! Tú engañarás a tu hombre y yo engañaré al mío. Esas serán nuestras dos primeras víctimas.

Hubo un breve silencio. Babet contemplaba con admiración y entusiasmo anhelante el rostro sereno y entristecido de Pauline. Al final, rompió su mutismo y preguntó:

—¿Qué te parece?

Pauline sentía que el abandono recorría todo su cuerpo. Ya no podría regresar a casa de sus padres. Aquella falta era una vergüenza irreparable, que no le perdonarían nunca. Pero si la sacaban de allí, ¿adónde la llevaría el señor L.D.M.E.? ¿Realmente la querría con él, o sólo eran palabras para tranquilizarla? No le veía muy entusiasmado últimamente, ni siquiera lo estaba en los últimos tiempos de sus relaciones. La utilizaba a su capricho, y la olvidaba. Babet, sin embargo, estaba allí; se mostraba sumisa, cariñosa, dispuesta a ayudarla; comprendía el problema que las afectaba, y por eso pensó que era mejor aceptar su trato.

La miró sonriente y dijo:

—De acuerdo; pero primero debemos salir de aquí.

—¡Así me gusta!

Y Babet, satisfecha, se abalanzó sobre su amiga, la abrazó fuerte y la besó repetidas veces: en la frente, en los ojos, en las mejillas, en la boca… Y Pauline la acogió entre sus brazos riendo y sollozando de emoción.

La vida las tenía allí cogidas; abrazándose para darse suficiente confianza y tranquilidad. Sus espíritus juveniles, débiles, casi estrenados a la dureza cotidiana, ya presentían el aleteo inmisericorde de las grandes tragedias.

Babet movió su cuerpo y trató de acoplarse más, estirándose contra el cuerpo de su amiga. Pauline seguía abrazándola por los hombros, sintiendo el tibio calor que desprendía aquel ser; y también intentó ceñirse más cómodamente a su compañera.

Todos los corazones se asemejan en su creación. El pensamiento lleno de lo desconocido, la sangre nocturna, el deseo comparable a la noche, les hace lanzar su grito de victoria. Como amantes, cuando entrelazan sus cuerpos, luchan cada uno para sí y dicen amarse. Esperan, lloran, sufren y dicen ser dichosos. Luego se sueltan ya desfallecientes, y murmuran para siempre.

Los corazones de Pauline y Babet no eran diferentes. Arrancadas de sus hogares precozmente, sometidas a una maternidad vergonzosa, ahora ya sólo les quedaba el consuelo de mantenerse unidas; y sin soltarse de su abrazo, se habían echado a dormir.

L.D.M.E. acudió a visitar a Pauline a la mañana siguiente. La encontró tan animada que decidió sería mejor sacarla de allí lo antes posible.

Pauline estaba ansiosa por marcharse. Quería saber a dónde iría, si la llevaría a alguna parte; y él la convenció para instalarla en un piso que ya tenía amueblado y dispuesto para acogerla. En él podrían verse tranquilamente, y ella viviría sin tener que preocuparse, momentáneamente, de nada.

Cuando L.D.M.E. se marchó, Pauline no tardó en comunicar las buenas noticias a su amiga Babet. Ambas soltaron su imaginación y empezaron a hacer planes para su futuro.

Sin embargo, el pérfido seductor tenía otros proyectos muy diferentes de los que había expuesto a Pauline.

En principio debemos decir que ya había descubierto las infidelidades de su infortunada víctima. Casualmente encontró una ligera prueba de que Pauline le había engañado con cierto petimetre que, al saberla huida del hogar, le faltó tiempo para hablar más de la cuenta en uno de los salones frecuentados por L.D.M.E.

La rabia de saberse burlado, el interés por librarse de una carga, aconsejaron mal al dañino L.D.M.E. quien, actuando con su cobardía acostumbrada, acusó a la muchacha ante su madre; así establecía su propia inocencia en la paternidad sobre la ruina de Pauline.

La suerte de la muchacha enseguida quedó establecida por acuerdo familiar: el hospital la esperaba. Debía ser conducida a él nada más salir de casa de la comadrona y quedar encerrada allí con las desdichadas de la peor clase.

La mañana del día señalado para ir a buscarla, Babet se marchó muy temprano para poder instalarse en su pequeño apartamento. La joven, después de comer, impaciente por volver a estar con su compañera, regresó junto a Pauline.

Iban a dar las dos de la tarde. Era la hora convenida con L.D.M.E. para que Pauline estuviese lista y bajase a reunirse con él en el coche que debía esperarla a la puerta.

El carruaje ya se encontraba aguardando ante el establecimiento cuando Babet entró en él para reunirse con su amiga. Un exento, disponiendo de las órdenes del rey, ocupaba un puesto en el interior del vehículo, mientras las puertas estaban vigiladas por agentes.

Babet subió cantando alegremente y encontró a Pauline despidiéndose de las otras mujeres y las doncellas de la casa.

L.D.M.E., que no quería presenciar la sorpresa ni el dolor de Pauline cuando fuese arrestada, decidió marcharse del lugar; pero antes se dirigió al oficial de policía y le dijo:

—La muchacha descenderá enseguida; tomad este paquete; ella tendrá otro parecido bajo su brazo. Haced que monte en el coche sin escándalo; os lo ruego, a causa de sus padres. No deben sufrir esta afrenta.

Dicho esto, se alejó inmediatamente con paso rápido.

Babet, sin embargo, no sabía separarse de Pauline. Temía dejarla, así que le propuso acompañarla hasta su nuevo alojamiento. A Pauline le entusiasmó la idea y consintió en ello.

Empezaron a descender juntas y ya en la planta baja, Pauline se acordó que había olvidado pedir una cosa a la comadrona. Entregó su paquete a Babet y volvió a subir junto a la matrona.

Babet salió a la calle mientras tanto, y se aproximó al carruaje que esperaba. Un hombre, solícito, la ayudó a montar. El exento, creyéndola su presa, la hizo sentarse a su lado, en el fondo, y dio la señal de partir al cochero.

—Pero, señor —dijo Babet, riendo—. ¿Y mi amiga?

—Ya vendremos a cogerla.

—Sí que es extraño —replicó Babet—. Cualquiera diría que estáis raptándome.

Pero dejémosla marchar.

Pauline descendió y al asomarse a la calle comprobó, muy asombrada, que el coche ya marchaba por el otro extremo de la calle. Pensó en llamarlo, pero le pareció inútil su esfuerzo. Se quedó inmóvil, sin saber qué pensar ni qué hacer.

Enseguida decidió subir de nuevo junto a la matrona y comunicarle todo lo sucedido. La comadrona, zorra vieja en estas lides, sospechó que en aquello había algo oculto y turbio, y aconsejó a su pensionista que se marchara sin pérdida de tiempo.

—Pero ¿adónde voy a ir? —preguntó Pauline, angustiada.

—¿Sabéis dónde habita Babet?

—Me lo dijo.

—Pues id allí y escondeos; decid a su señor, si es que va por allí, que os aloje en algún sitio; y permaneced escondida.

La infortunada Pauline se quedó bastante sobrecogida. No hallaba otro camino ante sí; si de verdad pretendían algo contra ella, como sospechaba la comadrona, lo mejor era huir y esconderse.

Se dirigió, a través de las calles de París, hasta el apartamento de Babet, situado en el Nouvelle-Halle. Disponía de una bella pieza que hacía de dormitorio y cuarto de estar; luego había un gabinete, separado por una cocina de la habitación principal.

La recibió la doncella de Babet; una mujer baja, regordeta, compasiva y honesta. En cuanto Pauline se dio a conocer, la mujer la trató con toda solicitud, pues ya había oído hablar de ella a su señora.

Pauline le rogó que fuese inmediatamente a advertir al dueño de la casa que ella se encontraba allí y tenía que comunicarle cosas de la mayor importancia. Lucie, la doncella, la hizo acomodarse mientras tanto y se fue en busca del señor Derancheon.

El comerciante aún tardó en acudir al apartamento. Era un hombre bastante mayor; a Pauline le pareció casi viejo, un tanto calvo, de rostro sonrojado, a causa del vino, y aspecto deplorable.

Cuando hubo llegado y se le pasó la sorpresa de encontrarse ante una joven tan agraciada y apetitosa, como Pauline, en vez de su amiga, a la que consideraba una fierecilla, aunque cariñosa y amable, pero desprovista de la calidad y el encanto de la recién llegada, el señor Derancheon quiso saber esas cosas de tanta importancia.

Pauline, a grandes rasgos, le contó cómo conoció a Babet y todo cuanto acababa de suceder cuando se disponía a coger el coche que debía esperarla a la puerta de la comadrona. Suponía que Babet iba en él, y por las sospechas que tema la matrona, el asunto no aparecía muy claro.

El comerciante, señor Derancheon, que no cesaba de admirar a Pauline, enseguida se convenció de que la muchacha le agradaba mucho; comprendió que se encontraba sin recursos y resolvió tenerla a su cuidado, pero pensando que Babet debía ignorarlo; y en previsión de que su primera amante pudiera regresar, el señor

Derancheon decidió instalar a la segunda en uno de esos hotelitos que tanto abundan en París y tan propicios son a prestar los mil útiles servicios, y en el que ya era bien conocido.

No se hallaba muy lejos, así que la llevó inmediatamente y, para mayor seguridad, inscribió a Pauline como la señora Lescovan, joven viuda recién llegada de provincias; luego recomendó a la patrona de la casa que proveyese a la muchacha de cuanto necesitara o le pidiera. Una vez instalada, al despedirse de Pauline, le prometió que acudiría a verla todos los días, para tenerla informada de cuanto pudiera suceder.

A la vez que sucedía todo lo expuesto, Babet marchaba en el coche en dirección al hospital.

Cuando al fin llegó ante el gran edificio, asentado sobre una antigua fábrica de pólvora, la hicieron descender y la alojaron en uno de sus despachos sin que supiese demasiado por qué la instalaban en aquel lugar.

Pero no tardó en saberlo.

Al presentarla al inspector de la recepción, supo que la habían tomado por Pauline, y que se encontraba en la Salpêtrière, para ser instalada en el pabellón de mujeres incorregibles, pues el establecimiento además de hospital disponía de diferentes pabellones destinados a recoger los indigentes, las prostitutas y ladronas e incluso las mujeres condenadas a larga detención.

Babet, aterrada ante la perspectiva, reclamó inmediatamente; protestó; no podían hacer eso con ella, no quería que la encerrasen, y aseguró que se habían equivocado de mujer.

Interrogada por el exento, respondió, imprudentemente, diciendo cómo se llamaba y quién era, y dio señas precisas para confirmar que cuanto declaraba era cierto; la verdad.

Sus detalles sembraron la duda y hasta convencieron; sin embargo, el exento, de acuerdo con el inspector del centro,

decidieron que los agentes fueran a informarse acerca de su persona.

Los representantes de la ley se personaron en casa de los padres de Babet. Estos hacía mucho tiempo que no sabían nada de su hija, aunque la suponían bien descarriada y la tenían bien olvidada. Al encontrarla tan bien situada, tan a propósito en aquella institución para mujeres de mala vida, delincuentes y enfermas mentales, contribuyeron, con toda su autoridad, a hacer que permaneciese encerrada donde consideraban que debía permanecer, sin escándalo de ninguna clase, y afirmando que para ellos era como si estuviese muerta.

La infortunada Pauline no corría un camino más afortunado. El patrón de Babet no tardó mucho tiempo en enterarse de todos los percances que estaban ocurriendo a su querida. Encontró que, al fin, la suerte le había resarcido ampliamente entregándole a Pauline; y resolvió instalar a ésta con todos los derechos de la precedente.

Afortunadamente, no puso en práctica tamaña decisión hasta no dejar transcurrir cierto tiempo. Sabía que los padres de Pauline, informados del equívoco producido, se habían apresurado a buscar a su hija con todo interés.

Dispuestos a encontrar el paradero de Pauline, acudieron a la comadrona que la atendió; ésta, por egoísmo e interés, traicionó a la muchacha y les indicó el lugar que había escogido para esconderse.

Sin embargo, cuando acudieron al antiguo apartamento de Babet ya era casi medianoche, y Pauline no había regresado. Lude, que era una buena mujer y apreciaba a su señora y a la amiga de ella, enseguida se dio cuenta de lo que sucedía, y, sin querer comprometerse en nada, les dijo que Pauline había salido con el dueño e ignoraba a dónde pudieran haber ido.

El señor Derancheon tampoco les dio mayor información; se limitó a declarar que, apiadado de Pauline, le había dado algún

dinero para que ella pudiese regresar a su casa o instalarse en algún sitio, pero tampoco sabía qué había sido de ella.

Sin embargo, intimidado por estas pesquisas se apresuró a alquilar otro apartamento para instalar en él a Pauline con todos los derechos que pretendía poseer por cuidarse de ella.

La casa escogida por el señor Derancheon se hallaba en la calle Sentier; tenía un piso sobre la planta baja, coronado de buhardillas. Se llegaba a él a través de un patio jardín cubierto de maleza. Desde la portería se abría el hueco de una escalera que conducía al apartamento por una lóbrega estrechez. Una airosa habitación, la cocina y otras dependencias, menos afortunadas en su conservación, constituían el lugar donde Pauline iba a ser encerrada.

Derancheon le presentó al ama de llaves; se trataba de una antigua amante, algo mayor que él, que tenía recogida y alimentaba por compasión, la cual, por fidelidad, tampoco le creaba problemas y le ayudaba en sus andanzas.

—Pauline —le dijo el comerciante, cuando estuvieron solos en el cuarto—, la principal virtud que se requiere en mi casa es la honradez. Tú sabes bien en la situación en que te encuentras. Yo soy un buen hombre y un honrado comerciante. Quiero que no te falte nada, pero también tú debes portarte en justa correspondencia. Aquí estás al abrigo de la indigencia y también de caer en manos de la justicia; con tu bella figura, ingenio y talento, creo que estás bien encaminada en la carrera de la felicidad: sólo a ti concierne mantenerte en ella. Si eres complaciente, si no te muestras esquiva conmigo, podrás vivir bien, e incluso más adelante, cuando todo este jaleo que se ha producido para encerrarte en la Salpêtrière haya pasado, podremos disfrutar de mayores y más atractivas comodidades. Ahora, para que veas mi entera confianza en ti quiero dejarte un tiempo de reflexión, unos días tranquila, para que tú, por tu misma convicción, sepas acordarme lo que mi estima y desvelos merecen.

Esta sinceridad de Derancheon no gustó nada a Pauline, pero intentó salir del paso con cierta astucia Aseguró que agradecía en su

valor todo lo que estaba haciendo por ella; y pensaba que, seguramente, no tendría más intenciones que las suyas; pero como de momento no sentía ningún amor por él y, además, se encontraba bajo la fuerte impresión de los acontecimientos sucedidos en los últimos días, le rogaba y esperaba de su bondad que le dejase tranquilizar un tanto y, reposando en su confianza, pensar y hacerse a la idea de su nueva vida para agradecerle, con entusiasmo, sus muestras de amistad y ayuda.

Es fácil persuadirse de lo que se desea y Derancheon, interpretando en su favor las palabras de la muchacha, convino en que se haría todo como ella deseaba y a él bien le placía.

9

Pauline, al principio de su estancia en la casa sostenida por el señor Derancheon, no tuvo ninguna queja de él; por el contrario, se sentía muy agradecida por la comodidad y tranquilidad que estaba proporcionándole; sólo el ama de llaves la trataba con cierta rudeza, pero ella misma se recomendaba paciencia.

No salía para nada de la casa y, aparte de ayudar un poco en los quehaceres cotidianos, se pasaba los días descansando, entreteniéndose con lecturas y pensando en la suerte que correrían las personas que había conocido hasta entonces. En el fondo, su ánimo se confiaba y parecía olvidar un poco su propia situación; sobre todo porque el dueño se mostraba amable y cortés los pequeños ratos que solía dedicarle en sus visitas diarias.

Sin embargo, cierta tarde, apenas habían transcurrido diez días desde que se hallaba allí, el señor Derancheon le proporcionó su primer gran susto. Llamó a Pauline, que en aquellos momentos se encontraba en la cocina con el ama de llaves.

Derancheon ya había cumplido los cuarenta años, por lo que a Pauline, con sus dieciséis años, le parecía viejo. Era ancho de espaldas, rechoncho, colorado y casi calvo, aunque muy velludo. Tenía la cara aplastada, la nariz chata y los labios delgados; sus ojillos negros, penetrantes, desaparecían bajo unas pobladas cejas. Vestía con cierto descuido desaliñado que a la muchacha molestaba un poco; pero a pesar de todo aquel aspecto desagradable, la costumbre y la solicitud de sus gestos durante aquellos días la fueron habituando a él.

Sin embargo, aquella tarde todo aquel conjunto desagradable se le reveló como algo calamitoso, como una horrenda tragedia que, de repente, la ahogaba hasta asfixiar.

Pauline acudió a la habitación. Derancheon se hallaba ante la chimenea y al acercarse ella a preguntarle qué deseaba, se volvió con los ojos brillantes y la cogió en sus brazos.

La sorpresa y la violencia del gesto asustaron a la confiada muchacha. Forcejeó para desasirse y él la agarró brutalmente por el cuello del vestido; con su fuerza la dominó enseguida, pero Pauline se aterró más al ver su rostro congestionado tratando de besarle en la boca y casi babeándola en la cara.

Luchó por desasirse y al fin consiguió escapar a la antesala. Tras abrir la puerta que ella había cerrado, Derancheon entró y empezó a amenazarla con voz furiosa:

—Si tratas de rehuirme, te enviaré a la cárcel. Sabes que puedo hacerlo. ¡Ven aquí y compláceme!

—¡Oh, señor! —exclamó Pauline entre lágrimas—. Compadeceos de mí. Vuestra dureza me asusta.

—¿Mi dureza? —replicó—. Hace días que te respeto, sin obligación alguna. Harás bien en no oponer resistencia.

—Pero si yo quiero serviros, señor. No pido nada más.

—Los servicios que pueda prestar una jovencita como tú son los propios que se exijan a su cuerpo.

—Sí; pero yo no os amo, señor.

—¡Y eso, qué importa! Los hombres como yo no damos limosnas; nos gusta ser compensados por el dinero desembolsado. Tú, mi querida niña, cómete tu orgullo y ofréceme como fruto de mis favores todos los placeres que se pueden obtener de la lujuria.

—Pero, ¿así, señor? ¿Con tanta dureza y violencia? ¿Sin amor de ninguna clase?

—Para qué quiero tu amor; sólo deseo tu cuerpo. Acariciarte, tenerte entre mis brazos; sentirte toda palpitando bajo mi cuerpo.

—El Cielo podría castigaros tanta brutalidad.

—El Cielo es lo que menos me importa del mundo. Los hombres lo desafiamos cada día y sólo nuestros vicios cobran encanto al vulnerar sus principios. Tú no eres ninguna doncella virtuosa, lo cual tendría mayor placer; por consiguiente, abandona escrúpulos y razonamientos inútiles y piensa que conmigo tienes obligaciones.

—Señor, señor, no me obliguéis de esta manera. ¿Acaso podéis concebir la felicidad en medio de la repugnancia y las lágrimas?

A Derancheon le devoraba la lujuria. Consideraba a su presa con unos ojos de ansiedad que hacía temblar a Pauline.

—¡Quítate esos vestidos! —rugió, lanzando un zarpazo al aire—. Quiero verte como te echaron al mundo.

—¡Santo Cielo, señor! —suplicó la muchacha, temerosa—. No me tratéis así.

Pero Derancheon, mostrándose en un estado en el que la razón triunfa pocas veces, y en el que la resistencia del objeto apetecido sólo es un estímulo del delirio, se abalanzó sobre Pauline y empezó a despojarla impetuosamente de los velos que escondían los tesoros de sus ardientes ansias.

Pauline, paralizada de terror, dejó que el bruto desgarrase su ropa hasta quedarse con los hombros, y los senos totalmente desnudos. Temía excitarlo más con su resistencia y que se volviera más violento, y soportó con bastante entereza el feroz ataque del macho.

Derancheon, como una fiera hambrienta, la besaba y magullaba sus pechos; los succionaba con frenesí y mordisqueaba sus rosados y tiernos pezones hasta hacerla lanzar gemidos de dolor.

—¡Chilla, chilla! —le gritó, entre sus ansiosos besos—. Me gusta oír los chillidos. ¡Me excita!

Pauline cada vez se sentía más asustada, pero intentaba ocultar su miedo y con él sofocaba parte de los tremendos gritos que pugnaban por salir de su garganta. Se decía que si era complaciente, tal vez cesara la violencia y el hombre consentiría en que ella obtuviese aunque fuera un mínimo placer con su sacrificio.

Pero los apetitos de Derancheon estaban muy encendidos. Su efervescencia le hacía rechinar los dientes y agitarse, espantosamente, sus ojos en las órbitas.

Para que no destrozase su falda ni su enagua, Pauline procuró, con destreza, ayudar a las violentas sacudidas del hombre; y, antes de que pudiera comprenderlo, ya estaba completamente desnuda y a su merced.

Sus ardientes labios se posaban lascivos en los encantos del prodigioso cuerpo de Pauline. Tímidamente, ésta trataba de frenar algo las lúbricas acometidas del comerciante y cuando pretendía protestar con entrecortadas palabras, los labios de Derancheon apretaban fuertemente los de la muchacha.

Cegado por el deseo, el hombre cogió fuertemente a Pauline entre sus brazos y llevándola a un diván próximo, la tendió en él como si fuera una presa que quisiera devorar.

—¡Por favor, señor! —suplicaba Pauline, quedamente—. Calmaos un poco. Me dais miedo.

Derancheon, doblemente enardecido, respondía a estas súplicas con besos más ardientes. Sus abrazos apretaban con más fuerza la delicada carne de Pauline y los dos cuerpos se juntaban, como formando uno solo.

—¡No, no! —suplicaba ella—. Me hacéis daño. ¡Por piedad!

—¡Chilla más, niña mía! ¡Chilla! —gritaba él, enardecido—. Di que te gusta, que eres feliz, como yo.

Y Derancheon, como enloquecido, se ondulaba y retorcía furioso sobre el cuerpo de la joven; ésta unas veces lo abrazaba y otras agitaba sus brazos en el aire, como espantada.

Al fin, Derancheon, jadeante, excitado por el deseo que aún no había satisfecho, se apartó del cuerpo de Pauline, y, con nerviosa furia, se despojó de sus pantalones para quedar desnudo de la cintura abajo. Su miembro erecto amenazó terrible el rostro cercano de la muchacha.

—Tal como lo ves, tunanta —dijo con furor—, tengo que introducírtelo en tu cuerpo, aunque tenga que partirte en dos.

—Está bien, señor —replicó humilde, Pauline—. Como vos mandéis; pero sería más cómodo que lo hiciésemos sobre la cama.

—Claro que sí, preciosa —dijo sonriendo con una expresión aviesa—. ¡Vamos, ponte de rodillas!

Antes de que Pauline tuviera tiempo de obedecer, él ya la cogía del cuello y la obligaba a arrodillarse, aplastando su rostro contra su sexo.

—¿Es que no sabes abrir la boca?

Le levantó la cabeza, cogiéndola por los cabellos, y mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, Pauline abrió su boca cuanto pudo. El impacto casi la ahogó y luego le produjo arcadas, al tocarle lo más hondo de la garganta; luego sintió los tirones del cabello y la aspereza irritante que le producía el vello en el rostro.

Durante unos minutos su cabeza pareció no pertenecerle, obligada a un doloroso y frenético ejercicio que, ni ella misma, comprendía ni consideraba útil.

—¡Estúpida novicia! —clamó Derancheon, apartándola—. ¡Ya te enseñaré cómo me gustan las cosas!

Y sin darle tiempo a respirar, le asestó una tremenda bofetada que tiró a Pauline de espaldas contra el diván.

—¡Muévete; ponte de rodillas!

La muchacha obedeció, temblorosa y rápida. Se aprestó a coger aquel miembro con la mano, para complacerle en todo; pero él la empujó con violencia en la cabeza y la echó por tierra.

—¡A gatas!

Pauline apoyó las manos en el suelo y levantó el cuerpo, manteniéndose de rodillas. Temía los golpes del hombre y se aprestaba a reaccionar rápida, sumisa y aterrada; pero él, con el pie la golpeó y le hizo separar más las piernas.

Derancheon enseguida se colocó tras ella, la agarró por delante de los muslos e izó su cuerpo hasta tener a su altura el templo en que parecía querer atacar.

Pauline sentía aquel miembro duro golpearle las nalgas; pensó que al fin iba a ocurrir lo que ya debía haber sucedido, y que tal vez

todo concluiría en pocos minutos, cesando la violencia y dejándole unos momentos de respiro.

Fue sacudida bruscamente y ahogó un tremendo gemido al sentirse atacada de aquella manera tan inusitada. Ahora tenía dentro de sí aquel cuerpo, clavado hasta desfondarla, y comprendió que no iba a obtener ningún placer ni satisfacción con ello; la postura, el peso del cuerpo sobre las manos, empezaba a darle cansancio y desfallecía.

El hombre empezó a moverse dentro de ella lenta, suavemente, como si pretendiera inmovilizarse totalmente. Empujaba y la hacía avanzar sobre sus manos hasta que al cabo de unos segundos, que a ella le parecieron eternos, se detuvo.

Entonces, Pauline notó que él bajaba un poco su cuerpo y dejaba descansar sus muslos sobre los suyos, para enseguida cogerle los senos colgantes con las manos.

Derancheon empezó a agitarse con más vigor y agilidad; y Pauline fue percibiendo, ligeramente, aquella excitante sensación de placer; aquella carne de fuego chocando con las paredes de su vagina; y apretó, con sus muslos, el cuerpo del hombre, para afianzarse y obtener una mayor gratificación con su propio movimiento.

Sin embargo, su placer fue breve. El hombre, bruscamente, la embistió frenético y la estrelló de bruces contra el suelo.

—¡Así aprenderás a hacer las cosas como a mí me gustan! —dijo, furioso.

Y lanzando juramentos y blasfemias, la obligó a ponerse como había estado. Luego la arañó con sus manos los muslos que cogía, clavando sus uñas en su monte de Venus con hiriente frenesí. Enseguida la hizo avanzar sobre sus manos, sin desclavarse de su ventajosa posición.

Si ella se detenía un instante, para recuperar un poco el aliento perdido; la primera vez con intención de flexionar los brazos y apoyarse sobre los codos; él le daba con sus zapatos, patadas en el

vientre en los colgantes pechos, y la amenazaba con matarla si no continuaba marchando hacia la habitación.

Así llegaron hasta el pie de la cama, y cuando Pauline creyó que allí iban a terminarse sus sufrimientos, vio cómo el ama de llaves entraba en el aposento empuñando en sus manos unas disciplinas de cuerda con nudos.

Pauline se quedó aterrada y ya estaba dispuesta a escapar cuando el ama de llaves se puso a azotar a Derancheon, alentándole con gritos que parecían excitarle, porque él, descansando de nuevo a la muchacha sobre sus muslos, se entregó a una frenética copulación que acompañaba de expresiones obscenas, anunciadoras de su embriagante voluptuosidad.

Los latigazos del ama de llaves llovían sobre las nalgas del hombre, mientras éste, desenfrenado, agarraba a Pauline por las caderas y la sacudía sobre él con vivacidad; se diría que no contento con ser el dueño del lugar que sacrificaba, pretendía reducirlo a polvo.

Ataques tan nuevos y tan terribles, que hacían sucumbir a la muchacha, quien hacía esfuerzos por inmovilizarse, sobrecogida de espanto, esperando pasiva a que él se desahogase de una vez por todas. De repente se sintió inundada por su cálido chorro y un estremecimiento la sacudió hasta la médula.

Por un instante su extenuación dejó paso a un pequeño rayo de placer; creyó que podría disfrutarlo, sin embargo fue arrojada violenta y despiadadamente contra el suelo, y abandonada a su dolor y rabia, hasta que desvanecida, quedó en tierra como una masa inerte.

Al recobrar los sentidos, Pauline descubrió una mano caritativa que refrescaba sus sienes con un paño húmedo. Era el ama de llaves; estaba sentada a su lado, en la cama, y la cuidaba, solícita.

—Querida niña —dijo la mujer—, es preciso que tengas valor. Henri es bueno, sólo tienes que comprenderlo. Los primeros momentos te parecerán horribles, pero te acostumbrarás. Además,

el placer, una vez que le has perdido el respeto, sólo es una brutal depravación que tú misma exigirás muy pronto.

—¡Oh, señora! —murmuró Pauline—. Pero, ¡a qué precio, santo Cielo!

—Al precio de una quimera. Le das mucha importancia a nada. ¿A qué lamentarse de la suerte si en tus manos está remediarla?

—No sabes cuánto me aterra la violencia.

—La violencia sólo es una parte del placer, y Henri la necesita con cierta frecuencia. Los hermosos momentos de su brillante juventud, hace tiempo que se fueron. Ahora sólo le queda el dolor y la insatisfacción de querer disfrutar de algo que se agota y se le va de las manos.

—Pero, ¿y vos? —murmuró, tímida—. Vuestra intervención…

—Sólo fue para ayudarte, para acabar antes tu sufrimiento. Sin mí, habrías acabado muy mal. ¿Sabes? Henri no siempre es así; pero cuando le acomete esa furia, conviene ser experta en satisfacerle.

—¡Un hombre que hallaba en mi dolor mayor estímulo a sus pasiones!

—No es nada extraño, mi querida niña. Aún aprenderás cosas peores. Por ahora puedes reposar. Debes cuidarte. Tus obligaciones, ya las sabes: aquí podrás vivir tranquila. Serás vestida, alimentada y recibirás un luis mensual. Es un precio justo, si piensas que en un par de años, por lo menos, no podrás salir de aquí.

—¡Santo Cielo! ¡Eso es horrible!

—¿Acaso prefieres que te encuentren y te encierren en el hospital?

El llanto acudió a los ojos de Pauline, después de escuchar tan melancólicas reflexiones. Todavía seguía llorando cuando amaneció y el ama de llaves regresaba junto a su lecho. Parecía ponerle mejor cara que en los días anteriores. Los desgraciados se consuelan viendo sufrir a otros de cerca; y ella la tomaba como su confidente.

Pauline, pese a su desesperación, se calmó para interrogar a la mujer sobre los males que podían aguardar en aquella mansión.

—Mi querida niña —contestó el ama, sentándose en la cama a fin de responder—, lo más terrible de nuestras desdichas es la dependencia que nos obliga a vivir de un hombre. Aquí o en cualquier otro sitio, ¿qué somos nosotros sin ellos? Sin duda te acostumbrarás a esto.

Dicho lo cual la mujer se marchó para volver con el desayuno. La convenció para que comiese algo. Pauline lo hizo, para complacerla y durante el resto del día, que transcurrió en calma, estuvo ayudándola en las pequeñas cosas de la casa.

Cuando dieron las cinco, tal y como le habían anunciado la mujer, apareció Derancheon. Llegó riéndose y, muy alegre, quiso saber cómo se encontraba su joven princesa; Pauline respondió bajando los ojos, con sumisión. Él enseguida preguntó al ama de llaves si la pequeña empezaba a resignarse a su destino, y sin prestar mucha atención a la respuesta le dijo que fuese a buscar la cena que tenía encargada para aquella noche.

Al quedar solos Derancheon pidió a Pauline que abriese un arcón que había en el dormitorio; de él extrajo algunas prendas femeninas.

—Es necesario que vistas bien —le dijo—. Me gusta verte bonita y atractiva; aunque para ciertas cosas las ropas sean innecesarias.

Echó sobre la cama varias batas, unas camisas, algunas cofias, zapatos y medias, y ordenó a Pauline que se probara todo aquello, pero sin esconderse. Quería estar presente en toda su *toilette* y regodearse contemplando la hermosura de sus encantos.

Había dos batas de tafetán y una de tela de la India, que le quedaban bien. Derancheon dijo que podía quedárselas y hacerse arreglar las otras dos. Mientras se probaba todo aquello, él prodigaba palabras cariñosas y de admiración a su cuerpo, a la vez que sus manos o sus labios iniciaban una suave y respetuosa caricia en los senos, las caderas y el bajo vientre de Pauline.

La muchacha, instruida y conocedora ya de su genio, apenas rehuía con timidez los avances de Derancheon, quien, contra todo temor, supo mostrarse muy circunspecto.

El ama de llaves le encontró muy tranquilo, leyendo junto a la chimenea, mientras Pauline, vestida hermosamente con su bata de tela de la India, permanecía alejada, en pie y silenciosa. Derancheon le ordenó que ayudase y prepararan todo para cenar.

La cena, entre los dos, transcurrió muy animada. Pauline se admiró nuevamente de la vitalidad tan alegre que en ocasiones demostraba Derancheon. Reía al oír sus chismes y se enteraba de cosas fabulosas sobre algunas personas de París. Él, por su parte, comía y bebía en abundancia, y no dejaba de festejar a la joven con bromas y alguna que otra caricia, de sus manos y de sus pies, para que se animase.

Pauline, en un momento de la cena, cuando se hallaba más distraída y alegre, sintió la inusitada presencia de algo entre sus faldas y un sorprendente golpecito en su pubis. Se paralizó, sorprendida e inquieta. Derancheon se reía y le guiñaba un ojo; y ella, inexperta e intrigada, se asomó bajo la mesa para averiguar qué atacaba así su tesoro más íntimo. El pie descalzo de Derancheon le saludaba con un impertinente movimiento de dedos.

—Come y bebe. No te distraigas —le dijo—. Todos los placeres han de saborearse a satisfacción.

La muchacha rió divertida, intentando ahuyentar su temor. Brindó con él y siguió bebiendo, pero a partir de aquel momento sintió que el pie se instalaba entre sus muslos, se frotaba contra ellos y, con presiones o golpecitos, se enseñoreaba de su sexo.

Al final de unos deliciosos postres de dulce, que la hicieron exclamar de satisfacción, entró el ama de llaves para servirles unas copas de licor; Derancheon aprovechó el momento para pedir a Pauline que se levantara y le besase en la boca.

La muchacha obedeció, risueña al principio y temerosa al ver que él saboreaba el beso durante varios minutos y la cogía de la nuca para que no escapara; dando toda la expresión y la amplitud que podía obtenerse del beso.

Durante este tiempo el ama de llaves fue desvistiendo, con diestro cuidado, a Pauline; cuando la tuvo desnuda y libre por toda

la parte baja, se apresuró a darle vuelta y exponer ante el hombre su trasero carnoso y blanquecino, a la vez que descolgaba de los brazos el vestido y el corsé de Pauline.

Derancheon examinó aquel encanto, tocó las nalgas y después empezó a pasarle una mano por los senos y las caderas, hasta pedirle que abriese bien las piernas.

Pauline parecía un poco confusa; había creído que aquella noche todo tendría aspecto de normalidad, no habría violencia ni brutalidades; además, la presencia de la otra mujer, la cohibía. Pero fue ésta quien le dijo con suave convicción:

—Obedece. Así irás aprendiendo.

La mujer la sostenía por detrás, apoyándola contra su pecho; con la mano derecha acariciaba uno de sus senos y con la izquierda la sujetaba del hombro.

El hombre se había sentado en el borde de la cama; alargó su mano y, tirando del rizado vello, la atrajo hacia sí. Pauline, empujada por el ama de llaves, se adelantó ofreciéndose entera, abriendo los muslos cuanto podía para que él llegase con sus dedos a los labios vaginales.

Entonces fue apoyada contra el borde de la cama, cogida por fuerza por la cintura. Empezó a sentirse abrumada por la vergüenza y miraba suplicante al ama de llaves, que la sujetaba con su brazo como si nada de aquello tuviese mayor importancia. El hombre, mientras, se arrodillaba ante ella y apoyaba sus labios en el monte de Venus; luego mordisqueaba en la protuberancia carnosa de la corola interior.

Pauline gimió, bruscamente inflamada de placer. Los cosquilleos y las sensaciones que estuvieron seduciéndola durante la cena, se unieron a la nueva y cálida expresión de deseo; y cuando fue abierta por completo con la punta ardiente de la lengua, se inflamó más y se estremeció, como recorrida por un escalofrío; gimió con más fuerza cuando volvió a sentir los labios.

Notó que aquella punta escondida se endurecía bajo la caricia de los dientes y de los labios, que la aspiraba y aspiraba en un largo y

dulce mordisco, hasta hacerla jadear, enervada de gozo. Entonces gimiendo profundamente, cerró los ojos y apretó los dientes, mientras oleadas de fuego blanco le inflamaban la sangre.

La cabeza de Pauline se volteó sucesivamente a un lado y a otro, mientras las palmas de sus manos se cerraban sobre sus propios senos apretando los tensos pezones cuando la lengua la penetraba y soltándolos al retroceder, estremecida convulsivamente en una sucesión de espasmos de placer.

De pronto perdió pie y casi la cabeza, y se encontró tendida de espaldas sobre la cama, con el rostro del ama de llaves sobre su cara. Una sonrisa maliciosa parecía dibujarse en sus labios; pero la mujer sólo le susurró, como en una caricia:

—Sigue así, pequeña. Le gustas mucho.

Las manos de la mujer la sujetaban a la cama por los hombros mientras otras manos la tomaban por las pantorrillas y le levantaban las piernas. Incorporó un poco la cabeza y tragó saliva al ver aquel miembro erecto que la hacía feliz, pensando en las deliciosas sensaciones que iba a experimentar.

Pronto sintió el roce del sexo del hombre que le acariciaba en el surco de su dorso. Una extraña emoción le recorría el cuerpo y en un impulso imprevisto, se apoderó del pene y, guiándolo entre sus piernas, se lo insertó en su vagina. Lanzó un gemido de pura voluptuosidad mientras se le derramaban lágrimas de verdadera satisfacción.

Al fin disfrutaba de aquella que había constituido su perdición, su vergüenza y la pérdida de su cálida libertad hogareña. Las viejas pasiones revivían en ella y empezó a gritar, incapaz de contener su delirante goce.

Sin embargo, el hombre la sacudió rápido. Cabalgando las piernas sobre sus hombros, le separó fuertemente las blancas redondeces de su trasero y la atacó furioso donde la naturaleza y la religión no lo permiten.

Al primer golpe, ella gritó como sacudida por un látigo, y volvió a gritar ante el siguiente y a cada nueva embestida, mientras notaba

como subía y golpeaba el fondo de la cavidad de su vientre, produciéndole un raro efecto, ya que nunca había sentido nada moviéndose en aquella parte de su anatomía.

Derancheon se separó bruscamente y cayó al suelo como fulminado por un rayo, gritando a su vez. El ama de llaves mordió la boca jadeante de Pauline y enseguida la levantó de la cama, la acostó debidamente y la cubrió con una manta.

El hombre estaba levantándose y la mujer lo acompañó fuera de la habitación, dejando a Pauline sola.

10

Pauline vivió así cerca de un año. No se atrevía a salir a la calle y sufría con resignación las caricias, casi siempre violentas, de aquel anciano cuya impotencia le hacía recurrir a la más terrible depravación.

El ama de llaves, cada vez más compadecida de la muchacha, trataba de animarla y aliviar su calvario, dándole viejos consejos que pudieran endurecer su alma ante tanta infamia. Un día, incluso, se prestó a acompañarla a la calle con ánimo de que recobrase un poco de su vitalidad perdida.

Las salidas, al anochecer, cuando Derancheon no acudía a visitarla, e incluso alguna vez después de su visita, se fueron prodigando. Pauline fue perdiendo el temor a la calle y hasta intentó obtener noticias acerca de su familia. Así supo que su madre acababa de morir, apenada por la desgracia que Pauline había llevado al honor de su casa.

Esta noticia conmovió a la joven de tal manera que la hizo romper con su pequeño mundo. Las lágrimas, que no podía contener, resbalaban a lo largo de sus mejillas; y durante muchas horas no hizo más que caminar, con su aspecto de espanto y conmovido dolor, sin rumbo fijo.

De pronto se encontró en medio del barrio más brillante de la capital. Los jóvenes alocados se detenían para dejarla pasar ante ellos; las mujeres, que ya la consideraban en el fango, exclamaban:

—¡Vaya! ¡Sí que es joven!

Los hombres sentados, ardían en deseos de consolarla, y no tuvo que caminar mucho para que alguno se le ofreciese.

Sin embargo, Pauline estaba allí sin enterarse de nada; aturdida con las descaradas proposiciones de unos, avergonzada con el aspecto descocado y procaz de las mujeres, y confundiéndose, sin saber dónde iba, con la muchedumbre que entraba en el Palais Royal.

En esta época el centro escandaloso de la prostitución parisiense se hallaba en aquel recinto y sus inmediaciones. Las bellas que allí se encuentran son muy bonitas, sobre todo las jóvenes; en cuanto a las viejas, son como en todos los sitios: una vieja bestia nunca es hermosa.

Antes de 1789 las prostitutas de París ya habían establecido su cuartel general en las galerías del Palais Royal, pero los disturbios revolucionarios permitieron un relajamiento de costumbres, que ellas supieron aprovechar para instalar allí sus despachos. Las *boutiques* de modas que se abrían por las dos galerías pronto estuvieron ocupadas por mujeres públicas, con sus tres o cuatro cartuchos de tabaco, un par de libras de polvos, un mostrador, un espejo y una separación, formando gabinete, apta como buen convento; una jarra de agua y una palangana, son las armas del convento.

Suele decirse que en este lugar las dependientas se vuelven putas y las putas se vuelven dependientas. Y, más que nunca, todas ellas hacen comercio público de sus encantos, invitando a los paseantes a adquirir sus mercancías.

Los grabados libertinos y las estampas eróticas, colgadas en las puertas, servían de insignia a estos burdeles medio clandestinos, cuyos principales clientes eran los provincianos recién llegados; a ellos se unían los malos sujetos de la capital y, sobre todo, los jóvenes: muy jóvenes oficiales, quienes, saliendo de la Academia, aportaban toda su licenciosa petulancia al centro de la libertad. Una mujer baja, regordeta, cuyas miradas desvergonzadas y penetrantes hubiesen hecho sonrojar a un gendarme, se destacó de aquella multitud, atravesando el segundo patio. Descubrió a Pauline y, leyendo en su corazón, la abordó, dando a toda su presencia un aspecto de bondad.

—Señorita, ¿no me parece forastera?

—¡Eh! ¡Ah! Sí.

—Señorita, ¿acaso busca a alguien, o es que se ha perdido en un barrio que no conoce?

—No, señora… —replicó Pauline, dejando escapar un gran suspiro.

—Le ofrezco mis servicios; ¿adónde quiere ir?

—No sé…

—¡Cómo!… Se lo repito; le ofrezco mis servicios… un asilo…

—¿Un asilo?… ¡Ah! Sí ahí no me encontrasen…

—¡Oh, no! Os lo aseguro. No tenéis más que decirme quiénes son y os respondo que jamás os verán.

—¿Será posible?… ¡Ah, señora! Qué tranquilidad haberos encontrado… Pero, ¿qué interés podéis tener en la suerte de una infortunada que, sin vos, no sabría qué hacer?

—No somos turcos; una tiene su corazón… Además, vos sabéis trabajar, sin duda; no seréis una carga… Y si no sabéis, se os enseñará.

—¡Eso os deberé!… Me habían dicho que en esta inmensa villa todos eran unos desalmados…

—¡Esto es un tesoro! —exclamó, distraída la mujer—. Muchacha, vamos a mi casa; allí me contarás tu historia. Y estate segura que te cuidaré como una buena y cariñosa madre.

Pauline y su peligrosa bienhechora, Courton, fueron caminando hasta una pequeña calle próxima al lugar. Se detuvieron ante una casa. A los ojos de la muchacha todo ofrecía un aspecto de vivienda ordenada y tranquila. Su acompañante llamó; se abrió una primera puerta y en medio del pasillo quedaron detenidas por una reja. Una especie de tornera les hizo esperar unos minutos; al fin se la vio aparecer; y al descubrir a su patrona y a la bonita presa que la acompañaba, dijo:

—¡Ah! Es la señora.

Estas palabras hicieron pensar a Pauline que su protectora era la dueña de la casa. Inmediatamente fue conducida a un bello

aposento del primer piso; las ventanas que daban a la calle se cerraban con llave y las persianas permanecían bajadas continuamente.

Fue en este retiro, que no recibía más que una tibia claridad, donde Pauline hizo un relato de sus desdichas, después de haberse acomodado y tranquilizado lo suficiente.

Las experiencias vividas ya la habían vuelto bastante cauta, aunque su juventud y sobre todo su cara angelical seguía despertando confianza en cuantos la veían. Pauline, por tanto, sólo contó aquello que consideró bueno relatar: que un amigo de la familia había intentado seducirla, que la hizo huir de casa, convencida de que él la quería y pretendía vivir con ella; pero el sinvergüenza se echó atrás y la difamó ante sus padres, quienes pretendían encerrarla en el hospital.

A la Courton este relato le supo a gloria. Puso el grito en el cielo ante el hecho de la seducción, ¡aquel hombre era un infame!, pero enseguida se tranquilizó cuando la candorosa Pauline le aseguró que eso, eso que ella quería saber, estaba entera. Había soportado ciertas intimidades, pero como su amante…

Este convencimiento devolvió toda la alegría y las esperanzas que la atractiva figura de Pauline y su cara inocente, habían hecho nacer, a primera vista, en la Courton. La muchacha fue querida, mimada y agasajada en todos sus caprichos. Se la consoló por la pérdida de su amante, le dieron noticias falsas acerca de su búsqueda y se le dijo que olvidase todo aquello para emprender una hermosa vida con su nueva mamá.

Al cabo de un par de días se le presentó a un maestro de baile; no supo qué enseñar a Pauline cuanto ésta, recordando lo aprendido en su hogar, desplegó mayores gracias de las que él podía mostrarle. La digna mamá se entusiasmó de orgullo ante tales conocimientos, y aún se pasmó más cuando Pauline afirmó que sabía música: tocaba la flauta y el clavecín.

—¡Santo Dios! —exclamó la infame corruptora, abriendo los ojos desmesuradamente—. Esta sí que sirve para hacer una gran fortuna.

La Courton ya tenía destinada a la joven para un viejo voluptuoso que pagaba generosamente; quería vender su doncellez a buen precio, y si se terciaba, a más de uno y de dos; pero al conocer estas cualidades, se volvió más razonable y pensó que sería un crimen espantoso e irremisible prostituir tantos encantos con un viejo conde, cuyo aliento impuro y dudosa salud podían hacer que reventase.

Resolvió no apresurarse y guardar cuidadosamente a Pauline. Le habían pasado tantas muchachas por las manos, que la experiencia la volvía filósofa; y enseguida comprendió que si Pauline aún era inocente se debía a causa de su torpe amante; porque en ella ya se desprendía, aunque tímido, un turbador encanto que vaticinaba los grandes deseos.

—Hace falta ser atrevida y animosa —se decía la Courton—, para correr tamaña aventura. Esta muchacha no es tonta; tal vez ignorante. Engañémosla, ganando su corazón; es fácil seducirla, pero será difícil obligarla.

Para conseguir su propósito la Courton enseñó a Pauline a hacer encaje; la destreza de la joven no tardó en sobrepasar la labor de su maestra. Entonces se alabaron sus labores mucho más de lo que valían; se le halagó en todos los sentidos, para ganar su corazón, y se le dijo que no resultaba ninguna carga para la casa.

Para que no pudiera albergar sospechas, se tuvo mucho cuidado en que no viese a las desdichadas que vivían allí. Sólo dos jóvenes, las más bonitas, solían acompañarla alguna vez, pero siempre hablaban lo señalado por la patrona.

Pauline, un poco extrañada por tanta atención, no veía más que la imagen de la dicha y el bienestar; y como nada se le exigía, dejaba hacer.

La Courton sólo temía que tuviese ganas de salir a la calle, o de abandonarla; encargó a un amigo que le enviase falsas noticias acerca de los padres de Pauline y del señor L.D.M.E., las cuales siempre afirmaban que se mantenían en sus terribles amenazas de encerrarla en el hospital.

Este engaño no pasaba inadvertido a Pauline; ella lo había provocado al no comunicar nada sobre la muerte de su madre. La situación le resultaba más tranquila; y, jugando con su doncellez y su inocencia, se olvidaba de todos los males pasados y se abandonaba a una vida feliz.

Cuando la Courton se dio cuenta de que su joven víctima tenía el corazón libre, cambió de táctica y de discursos. Para apartar de su mente el amante querido, no cesó de poner ante sus ojos las desdichas del amor no correspondido. Al principio pintaba a los hombres feos, luego se hicieron excepciones y pronto se pasó a alabar la dicha de tener un ser amado; vivir en la abundancia, en medio de diversiones y de placeres de toda clase, sin esclavitud, sin cadenas y hasta sin comprometerse con aquel a quien se adora.

Pauline, por momentos, creía estar escuchando las palabras de su querida Babet; la pobre y desdichada amiga que aún seguía encerrada por su causa.

Se le hablaba de los espectáculos; de esas deliciosas asambleas llamadas bailes, donde las mujeres bonitas se convierten en divinidades; y se trató de despertar en ella las ansias de brillar en los salones.

Para disponer más su ánimo hacia esta moral, que no le resultaba muy desconocida, se leyeron las óperas del tierno Quinault, y luego le entregaron otros libros capaces de corromper el corazón más puro. Las pinturas italianas, esas peligrosas por su imaginación y desorden, también hicieron las delicias de Pauline, quien no tenía necesidad de tantas cosas para que sus sentidos se encendieran y su imaginación chisporrotease.

Sólo le faltaba un amante para que todo fuese realidad. La Courton, que esperaba esta salida, estalló de alegría.

Al día siguiente entró en su habitación con un aspecto más sonriente y más abierto que de costumbre, y le dijo:

—Mi querida jovencita, desde que estás conmigo no he soñado más que en tu dicha: pero antes de gozarla, era preciso que la conocieses. Ayer te vi leer con tanta atención que pude

aproximarme a ti sin que te dieses cuenta; tenías el color subido y tus ojos brillaban con mil reflejos: tan pronto tiernos como acariciadores. Yo, en aquel instante, deseé ser un hombre.

»Sí, mi pequeña; sin duda ya tienes deseos y es hora de satisfacerlos. Pero al procurarse los placeres, quiero hacértelos duraderos. Te quiero y acabo de actuar en favor tuyo como jamás lo había hecho por nadie. Espero que no te mostrarás ingrata y, al nombre de madre, que me has dado, unas los sentimientos de una hija agradecida.

»He escogido para ti un amante joven, amable y rico. No sabría explicarte las penalidades y cuidados pasados para llegar a él. Me habían dicho que buscaba una amante; pero ofreciéndote como mi hija, no ha hecho más que desdeñarte. Sin desanimarme, he insistido hasta lograr verlo; le he hablado de tu espíritu, de tus gracias, de tus talentos, pero todo fue inútil. Entonces le dije que no debía dudar de que yo poseyese el tesoro que él buscaba; sólo tenía que venir a verlo. Y esta tarde vendrá a ver *ese prodigio*, como dijo en tono desdeñoso.

»Pero mi querida Pauline, para conservar un amante es preciso habilidad y prudencia. No ames, si quieres ser amada siempre; no adoptes nunca con un amante el tono candoroso y de bondad. Hace falta acostumbrarse a los aires vivaces y aturdidos: interrumpir, acariciando un perro, hablando con un loro o con una carcajada, la conversación que comprometa los sentimientos.

»No hay que reprochar nunca una ausencia. Si alguna vez, en medio de la embriaguez… quieres parecer tierna, que sea un rayo, que brille y desaparezca. Pero esto no es todo: hace falta arte para obtener fondos, sin pedirlos; precisamente hay maneras sutiles para excitar la liberalidad de un amante apasionado: basta que el comerciante o la vendedora exageren el valor de una cosa que te falta; o la descripción de aquello que te agrada, poniendo fuego en la intención para hacer sentir cuánto la deseas; y, sobre todo, nunca provoques uno de esos momentos dulces, que se olvidan rápidos, sin que un hermoso regalo constituya su fruto. Entonces sí puedes

aventurar algunas caricias; pero cuando lo obtengas, vuelve a la frivolidad.

»Nosotras no estamos junto a los hombres más que cuando nos hacemos valer; sus regalos nos otorgan categoría; los bienes dan tanto relieve a quien los posee que una querida se vuelve un objeto más digno a los ojos y cuidados de su amante, cuanto más la enriquece.

»Estate atenta, mi querida hija, y concede siempre menos de lo que te pidan; hay favores que deben hacerse pagar diestramente, porque pierden mucho valor cuando son consentidos. Ahora no te recomiendo ser insensible; eres muy joven para ello; pero dentro de dos o tres años, el uso te habrá curtido y te será permitido afectar distracciones desdeñosas. Pero aún no estamos en esos momentos.

»Dentro de unas horas vendrá tu amante. Es el primer hombre de cierta clase que se te presenta; tú misma harás lo que debes y estoy convencida de que tu primera visita determinará mejor tu conducta sobre cuanto pueda decirte. Luego ya arreglaremos las cuentas.

Pauline, que había escuchado con suma atención estas palabras, dio las gracias a la Courton y se dispuso a esperar el instante en que todas las bellas cosas soñadas y apetecidas iban a realizarse para ella.

¡Cuántas hay en este mundo que pasan por honestas, y que frecuentemente han recibido estas culpables lecciones! Este es el arte de engañar a los hombres y hacerles pagar sus caprichos… Pero esos que están mal informados y buscan una felicidad ruinosa en el seno del libertinaje, merecen tal trato y otro peor.

Un empleado de la Administración, que se había enriquecido en puestos lucrativos, contrajo matrimonio muy tarde; tomó por compañera a una joven de quince años, de familia noble pero pobre. La muchacha era muy rica en atractivos, vivaz y fogosa.

Sus amigos le aconsejaron, hablando del infortunio propio de los maridos viejos; pero él no les escuchó e hizo bien. Sin embargo, no careció de contrariedades. Se creía feliz para el resto de sus días; la

joven quedó embarazada y dio a luz un niño tan hermoso como ella; pero ella murió del parto. Su marido se desesperó; el hijo vivía y al fin fue su consuelo, porque en él hallaba los rasgos de su joven y desdichada esposa.

Trabajó incansable para que su hijo tuviese unos bienes dignos del cariño que le tenía; y cuando el joven Baudoyer cumplió sus veintidós años, perdió a su padre y se encontró con treinta mil libras de renta.

Por suerte, este joven tuvo para educarse en su infancia, un instructor razonable, sabio y previsor que con buenos consejos y atinados ejemplos supo ganarse la confianza de su alumno y hacer de él un hombre dueño de sí mismo.

Baudoyer temía al matrimonio, sin saber a ciencia cierta por qué. Muchos jóvenes se espantan ante el mal entendimiento que ven reinar entre sus padres; pero Baudoyer sólo había sido testigo de un cariñoso dolor. Por cualquier motivo, él temía comprometerse, ser engañado, arrepentirse cuando ya no hubiese remedio, y enrabiarse vanamente como tantos otros. Cuanto le explicaba su anciano maestro, para destruir su temor resultaba inútil; el joven decidió tomar una concubina hasta el momento en que hallase la persona que debía amar a base de estimarla.

Como la elección que se proponía hacer no tenía grandes consecuencias, sólo consultó a sus ojos. Un día, paseando, descubrió a una mujer joven que le agradó; la hizo seguir y al día siguiente fue a visitarla, para explicarle su decisión. Ella le respondió que sus ofertas eran ventajosas y seductoras, pero debía consultar con su marido.

—¿Cómo? ¿Estáis casada?

—Sí, señor. Un empleado mediocre y deudas mal pagadas son toda nuestra fortuna.

—Pero… ¿vuestro marido consentirá?

—¡Qué remedio! La necesidad dura y él no puede sostener el estado que me ha hecho tomar. El aderezo que ayer me visteis… aún lo debe.

El marido llegó a mediodía; la transacción se concluyó, no sin ciertos escrúpulos por parte de Baudoyer; y desde aquel mismo día la joven señora Bassan fue a instalarse en un pequeño aposento, muy limpio, en la casa de su amante.

El joven tuvo gran cuidado en ocultar a su anciano maestro que había quitado una mujer a su marido, pero intentó excusar su conducta. El anciano, que vio el mal hecho, ya sólo trató de regular una pasión que precipita a tantos jóvenes de la opulencia al infortunio. Baudoyer fue feliz dos meses. Al cabo de ese tiempo comprendió que una mujer que se vende, traiciona a su comprador. Un hombre de buen aspecto y ya en la decadencia, que la mujer conocía desde hacía tiempo, continuaba siendo favorecido. El joven amante lo supo y no quiso compartirla. Un día siguió a la infiel; la sorprendió a la puerta de su primer amante; quiso entrar con ella y allí, sin encolerizarse, la cedió en toda regla a su rival y prohibió a la señora Bassan, confusa y desolada, el reaparecer ante él.

Baudoyer se felicitaba por no haber sido engañado más que por una querida; sus prejuicios se fortalecieron; y pensó en procurarse otra diversión, pero esta vez se decidiría por una novicia e inexperta jovencita. Tampoco fue feliz en esta elección. La muchacha, escogida era de una condición común, sentía más interés por su lacayo que por él; Baudoyer se dio cuenta de ello, despidió al tunante y casó a la joven imbécil con su jardinero.

Dos amantes, en seis meses, habían traicionado a un hombre amable, honesto, generoso… ¿a qué deben exponerse los tontos y los canosos?… Baudoyer tenía el corazón tierno; los placeres que había saboreado le hicieron comprender que el amor podía hacerle feliz. Sus deseos se volvieron más ardientes; pero resolvió ser circunspecto con su nueva elección; ya no detuvo a la primera carita picarona que le complacía; deseaba conocer el humor y las cualidades de aquella que debía compartir sus placeres y sujetarla.

La Courton supo de estas necesidades por el lacayo despedido; conoció las disposiciones del joven dueño y en él fundó todas sus esperanzas.

Hacia las ocho de la tarde la Courton entró en el aposento de Pauline para asegurarse de que todo marchaba bien. La muchacha estaba bastante nerviosa; para ella aquel encuentro suponía muchas cosas que la Courton ignoraba, y confiaba, como su pretendida mamá, en satisfacer plenamente al joven desconocido.

Apenas había acabado de hablar cuando el ruido de un carruaje llegó a sus oídos. Se detuvo a la puerta; la Courton voló, sin dudar que se trataba del señor Baudoyer. Este se encontraba al pie de la escalera; ella le hizo toda clase de reverencias y quiso hacer cumplidos sobre su aspecto y su buena cara.

—Ya conozco todo eso —replicó el joven—. Veamos, ahora, vuestra maravilla. ¿Se encuentra ahí arriba?

La Courton le conducía. Él penetró con una marcialidad caballerosa y descubrió a Pauline, que le volvía la espalda, simulando timidez.

—¡Tiene un buen talle! —exclamó él.

Se aproximó sonriendo. Pauline le miró con seriedad y un aire modesto y encantador; con gracia, le hizo una profunda reverencia. Él se dispuso a abrazarla y había alargado su mano para acariciarla con la libertad y la ordinariez propia del lugar en que se encontraba; sin embargo, se contuvo; un algo especial le paralizó y aunque deseaba decir *amiga mía, mi pequeña*, sólo pronunció:

—¡Señorita!

¡Qué poder tiene la belleza! ¡Desde el instante en que se descubre, el lugar más infame resulta un templo para ella!

Baudoyer estaba conmovido y balbucía. La candorosidad de Pauline brillaba haciéndose más tímida y más turbadora. La Courton veía aquello y nadaba en la gloria; se había dado cuenta de que podía hablar sin ser rechazada. Se apropió de la conversación y le dejaron el campo libre.

El alma de Baudoyer había pasado a sus ojos, ávidamente fijos en la amable Pauline. Le asaltaban mil pensamientos; sólo lamentaba una cosa, haber dejado, por culpa suya, a la joven más días en manos de la Courton; ya sólo tenía un deseo: llevársela

inmediatamente. Sin embargo, cuando pensaba que Pauline era hija de aquella mujer, no podía dejar de decirse:

—¡Vaya origen para tanto encanto!

Ocupado en estas ideas, Baudoyer apenas escuchaba a la infame Celestina, que hacía una amplia exposición de los méritos, los talentos y las virtudes de su pretendida hija; él la veía y eso era más de lo que la Courton podía decir. Al final explicó sus deseos, después de rogar a Pauline que se retirase un momento. Indicó a la Courton que tenía un aposento listo para su hija; y que no podía dejarla un día más en semejante sitio.

—Poned el precio que os plazca —dijo a la pretendida madre—, porque la suerte de la señorita Pauline está asegurada.

Las condiciones fueron expuestas, aceptadas y la transacción concluida. Dos mil libras de pensión vitalicia para la Courton, mil escudos para la muchacha de los que debía ser dueña en dos años. De total acuerdo, llamaron a la joven.

—¿Consentiréis en seguirme, hermosa Pauline —dijo el hombre —, si vuestra madre lo permite?

Pauline estuvo a punto de saltar de alegría, pero las lecciones aprendidas eran primordiales, y se limitó a bajar los ojos pudorosa; y su madre respondió por ella, todos estaban satisfechos; Baudoyer y la encantadora Pauline subieron en el carruaje y se marcharon.

Cuando llegaron a la vivienda, Pauline fue vista por el anciano preceptor, quien, admirándose de sus encantos, lanzó un gemido.

—¡Ay! —dijo a Baudoyer, a quien abordó con satisfacción—. ¿Tendréis valor para seducirla?

—No, papá —replicó el joven—. Os cogeremos a vos como maestro de ambos; jamás he sentido lo que la presencia de esta hermosa mujer me ha hecho experimentar. La quiero para siempre. Si la encantadora Pauline es tal como la deseo, seré muy feliz.

A continuación se puso a contarle todo lo que acababa de suceder, y el respetable anciano empezó a pensar que la virtud de Pauline resultaba un poco dudosa.

—Claro que aún puede tener su inocencia —añadió—. Nunca debe jurarse por nada.

Pauline fue instalada en un pequeño aposento en compañía de una mujer destinada a servirla. Baudoyer tuvo con ella, desde el primer día, ese respeto que inspira el objeto que realmente nos ha conmocionado. No quiso más que el amor y la inclinación a los favores que le llenaban de felicidad. Se pasaba junto a ella la mayor parte del tiempo. Ver a Pauline y escucharla era suficiente para encantarlo.

La amable muchacha se servía de todos sus talentos para entretenerlo, mientras pensaba en la gran diferencia que existía entre aquella situación y la vivida meses antes con Derancheon, al que por cierto ya tenía bien olvidado. Baudoyer no podía contenerse, a cada instante su amor y su admiración aumentaban; pero Pauline, poniendo en práctica, a veces con gran dificultad a causa de sus sentimientos, los consejos de la Courton, jugaba a la indiferencia, lo cual la ponía más incitante y más alegre.

Baudoyer la entusiasmaba, y después de cuanto había vivido, le parecía el mejor hombre conocido en su vida. En ocasiones se proponía ceder, llegar a las situaciones leídas en aquellas obras galantes, a experimentar el placer de ser amada y poseída por un hombre; y se enfurecía viendo que su amante la respetaba demasiado y cómo, precisamente en ese respeto, encontraba el mayor encanto y la mayor adoración hacia ella.

Cierto día que se encontraba junto a ella, Pauline, con aviesa intención, vestía un *déshabillé* galante que resaltaba admirablemente su talle. Una gasa transparente embellecía más de lo que cubría sus senos; para mayor provocación, la joven se calzó unas chinelas elegantes y coquetonas.

Baudoyer le había rogado que cantase para él, y ella, dispuesta a conseguirlo aquel día, jugó con toda la experiencia que le permitía lucir su papel de ingenua e inocente. Así escogió el aria *Jusque dans moindre chose*, de la obra *On ne s'avise jamais de tout*.

El hombre no pudo ser dueño de sus actos y se puso de rodillas ante la muchacha; abrazándose fuerte a sus piernas, pegó sus labios ardientes a la blanca mano de Pauline. El corazón de ésta empezó a palpitar de entusiasmo, sus senos se conmovieron y por un instante se dejó llevar por el impulso voluptuoso de sus sentidos, abandonándose a las apasionadas caricias que con torpeza y temor trataba de prodigarle su amante.

Este creyó que al fin ella se enternecía y estaba alcanzando el instante de su dicha; se puso en pie y la tomó entre sus brazos, besándola con avidez en el rostro, el cuello y en la blancura palpitante de sus senos.

Ya estaba hecho. La tenía y sus labios ardientes, apoyados por las caricias vertiginosas de sus manos, trataron de adueñarse del hermoso cuerpo de Pauline, que le hacía enloquecer de deseo.

Entonces, cuando Pauline ya estaba dispuesta a entregarse y corresponder a la apasionada fiebre que la consumía, recordó los sabios consejos de la Courton, y exclamó, esforzándose en reír con todas sus fuerzas:

—¡Eh! ¿Qué estáis pensando?… Pero, ¿qué pretendéis hacer?

Y, aprovechándose de la sorpresa de Baudoyer, se escabulló de entre sus manos y escapó. El joven amante supo por ello que todavía no estaba donde quería.

Tan generoso como comprensivo, Baudoyer amó mucho más a Pauline. Se felicitó por haber fracasado, como otros se felicitan por un triunfo completo.

—¡Qué feliz prejuicio —se decía—, para su inocencia!

Pero se engañaba un poco; no hay mujer que mejor sepa resistirse que aquella que no ha sabido hacerlo siempre.

Baudoyer continuó prestando la máxima atención a Pauline, para conocer su carácter. Pronto supo que amaba la lectura y el preceptor fue encargado de proveerla de libros algo diferentes a los leídos en casa de la Courton. Eran novelas amorosas y óperas cómicas. Estas gustaron tanto a Pauline que pidió a su amante que la llevase a los Italianos.

11

Una nueva y deliciosa vida se abrió para el disfrute de Pauline. Su amante, que no sabía negarle ninguno de sus deseos, se dispuso a complacerla. Él y el viejo preceptor hubiesen preferido llevarla al Français, pero decidieron seguir la moda.

Pauline disfrutó de los hermosos lugares y no quiso faltar a ningún espectáculo. Vio diez veces *La fée Urgèle*, igual que *Isabelle et Gertrude*. Ir al teatro la entusiasmaba, pues su sola presencia encerraba una serie de sensaciones, aventuras y encuentros de lo más excitante.

Asistió a las representaciones de *La Clochette, Rose et Colas, Soliman II, Annette et Lubin, Tom Jones*, etc. No faltó a ninguna de las representaciones de la encantadora imitación de *Ruth* y de *Booz*.

Su asiduidad a la *Opéra-Comique* la convirtió en una verdadera y distinguida querida; también le hizo olvidarse de las sabias lecciones de la Courton; porque en los innobles espectáculos de los bulevares, receptáculo impuro de la compañía más libertina, Pauline tenía ocasión de mezclarse con las crapulosas odaliscas de los malos lugares y hasta pasar por una de ellas.

Pero Baudoyer no sabía ponerle coto, entusiasmado en favorecerla, porque con tales escapadas se permitía, con mayor frecuencia, avances prometedores y tiernos abandonos de la muchacha. Cierto día, incluso, mientras asistía en su palco a una representación, él se permitió abrazarla ligeramente por el talle, y Pauline, algo inclinada sobre él, se puso a sonreírle con una mirada encantadora.

—¡Mi adorada amiga! —dijo Baudoyer en voz baja—. ¡Qué feliz sería si fueseis cariñosa conmigo…! ¡Os amo, os adoro…! Sólo vos podéis hacer mi felicidad… El único deseo que me inquieta, es complaceros; lo único que os pido, es vuestro corazón… Tal vez no merezca un bien tan hermoso, pero si hace falta algo más para obtenerlo que el respeto y el amor, vos misma me prescribiréis las condiciones; acepto cualquiera…

Las perniciosas instrucciones de la Courton estaban olvidadas; Pauline suspiró, sin saber por qué, pero presintiendo que había llegado el momento ansiado, la ocasión propicia, para pedirle que la desposara y con ello rehacer su desventurada existencia. Sin embargo, este solo pensamiento la dejó muda.

—¡Ah, Pauline! —exclamó Baudoyer entusiasmado al no verla reír como en otras ocasiones—. ¡Qué tiernos son vuestros ojos!… ¡Adorable criatura! Acabad con mi suplicio… Una sola palabra vuestra y me convertiréis en el más feliz de los mortales.

—Os debo todo, señor —murmuró Pauline acongojada por la emoción que la embargaba—. Tal vez os deba más de lo que pueda imaginar… No sé; pero me parece que un espeso velo me impide disfrutar de ese rayo de luz que me haría salir de este caos.

—¡Ah, Pauline!… ¡Pauline! ¡Hermosa Pauline!… Un instante feliz… para vos y para mí… Gocémoslo juntos.

—Me turbáis, me enloquecéis…

Y Pauline, viendo que iba a desfallecer en sus brazos cuando el lugar no lo permitía, intentó rehacerse. Se desprendió del abrazo, se levantó rápida y abandonó su puesto en el palco. Baudoyer, encantado ante aquella prueba tan evidente, esperó unos minutos antes de seguirla para solazarse de las más dulces esperanzas.

Pero Pauline ya estaba en una difícil encrucijada de ideas; por una parte, deseaba entregarse al hombre, y por otra, también quería amarlo como él esperaba que debía ser querido; este dilema se resumía en honradez y nobleza. Ella había caído muy bajo, pero aún no se habían ahogado sus buenas cualidades: sentía el

remordimiento de saberlo completamente engañado, ignorante de su situación real.

Cuando Baudoyer se reunió con ella en el antepalco, quiso abrazarla de nuevo. Pauline le miró sonriente y, cogiéndole de la mano, le hizo salir al corredor con cierta precipitación.

—Vayamos a la galería —dijo ella—. Nunca he estado allí.

Se mezcló entre los espectadores de todas las clases que deambulaban por el fondo; apenas si miraba el escenario; únicamente le preocupaban los hombres que fumaban y charlaban por allí.

Baudoyer, algo sorprendido y a la vez divertido con la aventura, la seguía. Pauline descendió unas escaleras laterales, hacia el patio de butacas.

—¿Qué hay por aquí? —exclamó.

Se metió en una especie de palco vacío, desde el que no se veía el escenario. Tuvo que inclinarse sobre el antepecho y mirar, pero inmediatamente entró el cuerpo. Quedó frente a Baudoyer. En aquel instante, en aquella fracción de segundo, sus miradas se encontraron y el hombre la tomó en sus brazos y ella se abrazó fuerte contra él, hundiendo su cabeza en el hombro de Baudoyer.

Por unos minutos, eternos y breves, se transmitieron todo el estremecimiento de su carne. Ella separó su rostro y él besó su boca fugazmente, porque ella se evadió rápidamente y echó a correr escaleras arriba.

—¡Esto sí que es divertido! —exclamó mientras huía.

Volvieron a encontrarse en el palco, pero ya se había roto el encanto. Baudoyer aún intentó recuperar el sabor perdido, sólo que Pauline se mostraba seria y atenta, y le pidió que mirase al escenario, en donde seguía la representación.

Sin embargo, Pauline seguía inquieta; su interior bullía y en su mente se confundían los pensamientos. Quería escapar de las preocupaciones, aturdirse en las sensaciones hasta abandonarse en los brazos del hombre que amaba; el hombre que tan cariñoso

comportamiento mostraba con ella a lo largo de casi tres meses de relaciones.

Entonces Pauline quiso seguir disfrutando aquella noche del hermoso claro de luna. Rogó a Baudoyer que aceptase acompañar a sus amigos al jardín de las Tullerías, a donde solían ir a veces para continuar la diversión y el placer de encontrarse juntos.

Ya era medianoche; todos corrían y se divertían inocentemente por la soledad del parque; pero como el grupo no dejaba de ser numeroso y compuesto de personas de todas las edades, insensiblemente algunos se emparejaron. Un militar de treinta y dos años acompañaba a una joven dama de dieciocho; un abad coqueto conversaba con una viuda de veintidós; Pauline admitía a Baudoyer y un joven inexperto, pretendía seducir a su amiguita. Ninguna de las parejas se habían puesto de acuerdo respeto al sitio escogido; pero coincidieron.

El oficial y la dama joven no habían hecho más que instalarse bien entre un gran macizo; él apenas si había tenido ocasión de besar y abrazar apasionadamente a su seductora compañera, cuando la llegada de la segunda pareja les alertó e hizo que se inmovilizaran.

El abad jugueteaba, picarón e inocente, con las manos de la viuda; le prodigaba ternezas sin cuento y de vez en cuando, entre las risas contenidas de la mujer, le besaba las manos y todo el brazo, dispuesto a apoderarse de sus exuberantes y desvelados senos, entre las insinceras muestras de rechazo.

Pero también guardaron silencio y se inmovilizaron al oír las apasionadas frases de Baudoyer; intentaba vencer la resistencia fingida de Pauline; ésta, con mayor intención que nunca, estaba pensando en convertir a su generoso bienhechor en su verdadero amante, y aunque ponía palabras de negación y reproche en sus labios, sus gestos atraían al hombre hacia el lugar oscuro y cómplice.

Apenas tuvieron ocasión de situarse en otra de las partes del gran seto, cuando se inmovilizaron como las demás parejas y fueron

curiosos, ignorándose, de las pretensiones del joven sobre su amiguita. Estos, detenidos junto a un banco de piedra cercano, se ocupaban del juego más antiguo del mundo: seducir. El joven insistía, la muchacha se aferraba a que pertenecía a otro y no podía aceptar ni consentir sus requiebros. Él, como escolar tozudo, atacaba los principios de la moral y de la religión hasta que al fin adujo una razón de peso para una muchacha de quince años: que con su entrega, ella le preservaría de la desesperación.

Se expresaba con tal viveza que las tres parejas precedentes casi los escuchaban con interés. La muchacha resistía y el hombrecito, queriendo aprovecharse de su incertidumbre, forzó la ocasión. Ella chilló y sus voces fueron oídas por el resto de la compañía. Entonces el muchacho trató de esconderse y la chica salió corriendo por entre los árboles a reunirse con los demás asistentes. Al pasar ante Pauline, ésta trató de detenerla y, sin pensarlo, corrió tras ella.

El abad y la viuda se rieron con el incidente, pero no se movieron de su sitio y continuaron en su juego, cada vez más escabroso. El oficial, por su parte, ya hacía rato que intentaba sofocar sus gemidos de placer en brazos de su amante, cada vez más abandonada a sus besos y caricias.

Baudoyer, desconcertado, pretendió correr tras de su amada, pero enseguida tropezó con otros asistentes que ya se movilizaban inquietos. Alguien habló de un ladrón; otro, al ver a la jovencita, dijo que se trataba de un insolente oculto entre la maleza.

Cuando Pauline corría entre los árboles, persiguiendo a la joven, notó que el vuelo de su falda se enganchaba. Se detuvo y se giró para desprenderse. Un violento empujón la arrojó de espaldas sobre un macizo de flores. Apenas si tuvo ocasión de recobrarse y comprender qué sucedía, cuando sintió unas cálidas manos moviéndose nerviosas en sus muslos y el perdido olor a macho le cortó la respiración y la hizo cerrar los ojos.

—¡No chilles! ¡Déjate hacer! —dijo una voz susurrante e imperiosa, sobre su rostro.

Le había puesto una mano sobre la boca; estaba echado sobre su cuerpo, metido entre sus piernas.

—No, no —balbuceó ella.

Pero estaba aterrada y no opuso resistencia. Oía las voces de los demás compañeros, organizándose para atacar al asaltante de la jovencita; oyó cómo pedían a los sirvientes más luminarias y antorchas. Apenas si lanzó un grito de dolor. Le parecía como si el suelo desapareciese bajo su cuerpo, y en medio de aquella sensación de vértigo, Pauline se sintió penetrada y poseída, sin explicarse más.

Las voces y las luces de los demás asistentes se movían en dirección al lugar que había ocupado minutos antes; ponían cerco al macizo de las complicidades amorosas. Encontraron primero al abad, abrazado a la cariñosa viuda, y se echaron a reír; después apareció el oficial galante y el marido de la dama, ya no se rió. Luego fue el muchacho, cuya presencia causó inquietud entre las madres.

Y Pauline les oía, algo lejanos, discutir, reír y darse explicaciones, mientras sobre ella jadeaba un hombre desconocido. Un hombre que, por la ropas palpadas, no pertenecía al grupo; un hombre con un hedor característico que la sobrecogía y la asfixiaba en su humillación. Y sin embargo, se sentía incapaz de rechazarlo, de protestar y de evitar ser poseída de aquella manera brutal.

Por primera vez, después de varios meses, tras bastantes recuerdos lacerantes y evocadores del endiablado trato que le infligía Derancheon, ella sentía que era mujer y que las viejas pasiones revivían con toda su pujanza. Él también era mi hombre y esto le bastaba, porque aquella penetración empezaba a estremecerla de voluptuosidad; y, a pesar de todo lo negativo, experimentaba las deliciosas sensaciones que habrían de conducirla a un orgasmo rápido.

Al fin se atrevió a abrir los ojos y mirar a su violador. El hombre seguía con la cabeza enterrada entre sus senos, aferrando sus dedos a los hombros de Pauline, jadeando hasta que su cuerpo se puso

tenso y ella se sintió inundada de un cálido fluido que le llegó al fondo de sus entrañas.

Aún no había alcanzado su orgasmo y el hombre ya estaba en pie. Borrosamente le vio sujetarse los pantalones, sacudir el polvo de su blusa oscura y llevarse la mano a su gorra, esbozando una sonrisa hiriente para el recuerdo de Pauline. Le asaltó mi presentimiento, una vieja imagen, sólo que no dijo nada y permaneció tirada, las piernas abiertas y el vientre al aire.

Cuando el hombre se alejaba lentamente, sin decir palabra, Pauline creyó reconocer aquella espalda; aquella figura, con su sonrisa, le había llamado la atención entre los hombres vistos en el corredor del teatro; pero su imagen, indefinida, vagaba por su mente hacia algún momento más preciso de su vida.

Un furor violento se apoderó de ella por un lado su irritante insatisfacción, y por otro la humillación de su ignorancia y no haberse controlado ni resistido. Se levantó rápido y pretendió correr tras el individuo, pero las voces de los demás asistentes, apercibidos de su desaparición, la llamaban. Desistió de su propósito y, sin pensarlo, se arrojó dentro del pequeño estanque que existía junto al paseo.

La hallaron fácilmente, gracias a sus gritos. Todo el furor y la insatisfacción se desahogaron en un llanto histérico. Baudoyer la colmó de atenciones y la condujo a su carruaje, tras haberle echado sobre los hombros una manta ofrecida por un sirviente.

Apenas si había empezado a rodar el coche. Baudoyer la consolaba con palabras de cariño. Pauline, a través de la ventanilla, volvió a vislumbrar, bajo la claridad de una farola, la figura del hombre; se llevaba la mano a la gorra y sonreía. Entonces tuvo la certeza del recuerdo: era el capataz de su tía.

El corazón le dio un vuelco. Lanzó un angustioso gritó y cayó, como fulminada, contra el respaldo del asiento. Allí se refugió, aterrada, bajo el amparo de Baudoyer.

Permaneció así todo el trayecto, sin volver a sollozar ni pronunciar una palabra. No admitió que Baudoyer, como tenía por

costumbre, asistiese a su *toilette*, ni entrase en su dormitorio. Tampoco admitió que se llamase a un médico. Dejó que su doncella la desvistiese y la ayudara a acostarse; pero entonces volvió a llorar de manera inconsolable.

Baudoyer, a la vista de aquel rechazo tan inexplicable, temiendo haberla molestado con sus exigencias, rogó a su preceptor que hablase con la joven y le disculpase. El anciano, pese a lo avanzado de la hora y para tranquilizar a quien consideraba como un hijo, consiguió llegar a la cabecera de Pauline; pero no obtuvo ninguna respuesta a sus preguntas.

Al fin el sueño venció a la muchacha y el preceptor la dejó sola, descansando. Pero aquella noche Pauline soñó que estaba en un hermoso jardín y en él había una colmena adornada con flores. Alrededor de la colmena zumbaba un enjambre de singulares abejas. Estaban hechas igual que un cierto objeto con el que jugó en ciertas ocasiones, regalando su vista, sus manos y hasta su boca antes de emplearlo en sensaciones provechosas… Esos animalitos, cuya estructura admiraba, se volvieron insensiblemente del tamaño del modelo y presentándose por turno ante la estrecha abertura de la colmena hicieron inútiles esfuerzos por penetrar en ella. Sin embargo, una abeja de alas violetas estaba a punto de entrar cuando otra, de alas azules y rojas, aprovechándose de un momento de distracción de la primera, se introdujo por abajo, volteó la colmena y después de volar en círculos algunos instantes, la abandonó al presuroso enjambre que se apoderó de ella.

Mientras, en la biblioteca permanecían reunidos Baudoyer y el preceptor; éste intentaba tranquilizar a su discípulo y le decía:

—Creo conocer el temple de su espíritu, y por lo que me habéis contado, ella está fascinada, deslumbrada, engañada y seducida. Debemos aclarar las cosas; llegar a su corazón, y, aunque nos muestre su virtud, conviene poner todo en claro.

—Sí, papá, tenéis razón —replicó el joven—. Pero, si no conoce la virtud, ¿cómo es que la ha hecho nacer en mi corazón? ¡Oh, Pauline, Pauline! Desde que la amo, todo cambia en mí… Quisiera que el

cielo hiciese un milagro, que pudiese confesar mi cariño ante todo el mundo sin avergonzarme; que ella me aceptase por su esposo.

—Sigo pensando lo mismo —le dijo el anciano—. Rindo justicia a Pauline y hasta creo que sobrepasa mis esperanzas. En el tiempo que lleva con nosotros se ha mostrado digna del afecto que todos le profesamos; pero vos debéis casaros con una muchacha de vuestra clase y fortuna, pues poseéis cierta categoría en la sociedad. La joven, amable y bella Pauline, debe ser la compañera de un hombre corriente, con el cual no esté obligada a mostrarse en los salones. Convirtiéndose en vuestra esposa, todo el mundo se fijará en ella y se preguntará quiénes son sus padres. La vergüenza seguirá a las informaciones maliciosas, y su insoportable peso acabará con los dos. No me digáis que desafiáis los juicios de la sociedad; vuestros hijos no podrán desafiarlos; su interés es sagrado y así os deshonraréis doblemente. ¿Cómo creéis que se sentirán siendo los nietos de una Courton?

Ante esta salida, que no esperaba, Baudoyer sólo respondió con lágrimas. Sentía el peso del justo razonamiento de su anciano maestro; pero le desesperaba.

—Entonces —exclamó—, ¿no puedo ser feliz, independientemente de quienes me rodean? ¿Tengo que respetar los prejuicios de los demás, aunque yo no los tenga?

—Sin dudarlo —respondió el anciano—. Nos debemos los unos a los otros un respeto en la conducta, como en las palabras. Quien viola las conveniencias y va contra las ideas recibidas, merece el desprecio que se busca, las molestias y las desgracias que siguen. Vuestra mano, otorgada a una muchacha nacida en rango inferior, es un robo hecho a otra de vuestra clase. ¿Quién queréis que pretenda a las que desecháis? ¿Serán hombres de la condición de Pauline o los de mayor alcurnia? Cada uno debe permanecer en su esfera; no se puede descender ni subir sin provocar una injusticia. Os digo lo que debo; tal vez con demasiada pasión, pero debéis perdonarme. Pauline, tal cual es, no puede unirse a vos.

—Sin embargo, mi padre bien escogió una esposa a su gusto, a una edad en que podía tachársele de imprudente, y yo, sólo yo, no puedo, si no es cubriéndome de vergüenza. ¿Acaso no es digna la joven a quien amo?

—El ejemplo de vuestro padre nada tiene que ver con vos; se casó con una joven pobre, es cierto, pero de nacimiento honrado y tal vez más elevado que el suyo. Vuestra madre era noble. Sólo podría objetársele su edad; pero siendo amada, como creo lo fue, no podía decirse nada… ¡Pero vos! ¿Y Pauline? ¡Ah, hijo mío!… Pensad que Pauline…

—Pienso que Pauline es adorable y que la amo… Pero, señor, ¿no me habéis dicho otras veces que por sus virtudes, esta Pauline que ahora ponéis tan bajo, merecía un rango más alto del que yo podía ofrecerle?

—Mi querido hijo, ¿no adiviná is la razón? ¡Ah! No conocéis bien la estima en que os tengo. Ya contaba con vuestro corazón; sabía que era muy orgulloso para aliarse con un alma encenagada y por consiguiente no tenía motivo para desmerecer a Pauline. Pero ahora ella se ha hecho digna de vuestros sentimientos, sin serlo por su nacimiento, y veo en ello un grave peligro; vuestra generosidad se esforzará en reparar las injusticias de la suerte… ¡ay!, a costa de vuestro honor y de vuestra felicidad. Porque no hace falta imaginar que esta embriaguez en que os veo, sea eterna; se disipará; la ilusión desaparecerá a pesar vuestro y entonces veréis toda la ignominia del origen de Pauline, las crueles dudas sobre su inocencia, os atormentarán y esta Pauline, hoy tan atractiva…

—Dejemos a Pauline, señor, y acabemos esta conversación que no olvidaré nunca. ¡Ah, cruel amigo! ¿Ignoráis a vuestra edad, que hay medios más terribles que el propio mal?

Y pronunciando estas palabras, Baudoyer salió y corrió a encerrarse en su dormitorio.

En el silencio de la noche, el cariñoso amante de Pauline repasaba todo lo que su preceptor acababa de decirle. Casi le daba la razón, pero no por ello cambiaba de parecer respecto a Pauline,

cuya imagen acudía rápida a su mente. Temblaba como si estuviera en su presencia; y las palabras, los gestos y las caricias de aquella noche; el tono en que le había hablado, su ternura, aquel beso, aquellas lágrimas finales, todo esto destruía en un instante lo que el anciano creía haber ganado en el corazón de su alumno.

Baudoyer se acordó de todos y cada uno de los instantes de aquella noche memorable; se prometió hablar con ella abiertamente al día siguiente. Se durmió con este pensamiento.

La Courton aún no había aparecido por la casa de Baudoyer desde que Pauline habitaba allí, hacía unos tres meses; y precisamente aquella misma mañana anunciaron su presencia al joven y a su preceptor cuando se hallaban desayunando.

—No dejéis que esa desgraciada vea a Pauline —dijo el anciano —. Sea su madre o no, ella no debe verla en absoluto.

Entonces se comunicó a la Courton que no debía molestarse en volver por aquella casa, que ya se le pagaría su pensión los días convenidos. La mujer insistió en ver a su fingida hija; pero se le declaró que era totalmente imposible, que no volvería a verla y se la despidió.

Pauline ya acababa de levantarse. Baudoyer pasó a su habitación. Jamás le había parecido tan bella. La muchacha bajó la vista, al verle entrar, y enrojeció. Su aspecto no era aturdido; apenas si respondió con monosílabos a los saludos de su amado y sus miradas resultaban huidizas; no era aquella agradable sorpresa de los últimos días, cuando la veía con aire reservado y hasta notaba que si él no la miraba, los ojos de Pauline se posaban en él, y luego los bajaba, sonrojándose, si volvía a mirarla.

Baudoyer le habló de la Courton y no ocultó que acababa de despedirla, para que no volviese más. Pauline no pareció inquietarse por ello y él pensó que ella debería mostrar más apego hacia su madre; sin embargo, la muchacha le parecía este día tan diferente a

como era siempre, que no supo contener los sentimientos que ella había hecho crecer en su corazón.

—¡Ah, Pauline! Merecéis un trono… He pasado la noche pensando en vos… Hay tantos cosas que me atormentan… Pero todo es una locura. ¿Por qué atormentarme?

Pauline, que llevaba días preocupada, inquieta por cuanto estaba sucediéndole, había descubierto la gran verdad de su vida. Aquella noche, aquel hombre la había tomado; así, sin más; y ella estuvo sumisa; hasta gozó su cuerpo. Y si el capataz la había encontrado, la reconoció y no tuvo escrúpulos en tomarla, Derancheon, L.D.M.E. o cualquier otro podía señalarla, recordarle todo lo sucedido y hundirla en la vergüenza. Y ella no deseaba tal deshonra para Baudoyer, el hombre que la amaba, la respetaba y la hacía volver a su dulce e inocente juventud, en el hogar de sus padres.

Ahora que ya había conocido bastantes miserias de la vida; ahora no podía jugar a la miserable con aquel hombre bueno y cariñoso. Lo sentía dentro de sí y debía aclararlo todo para que dejase de atormentarse y vivieran felices o se olvidaran el uno del otro.

—¿Os atormentáis por algo que me concierne? —preguntó a Baudoyer, mirándole a la cara—. ¿Acaso os gustaría saber qué fue de mí antes de conocerme?

—No, no; ¡por Dios, qué locura! —se apresuró a protestar el joven—. Dejemos el pasado bajo el velo feliz que lo cubre; guardémonos bien de interrogaros. Los males o los bienes desconocidos no existen para aquellos que los ignoran.

—Cierto; pero el misterio incomoda. Tal vez querréis que os confiese todo, o algo, en particular.

—No, no. ¡Ya lo he dicho! No quiero saber nada.

—¿Tembláis?

—¡Oh, divina Pauline! Adorada mía… Os amo, os adoro, ¿qué importa lo demás?

—Pero yo debería decíroslo; informaros; confesar todo.

—Queréis atormentarme, ¿verdad? Mi querida pequeña, dejémoslo estar. Sólo deseo casarme con vos. Respondedme. No

puedo vivir en esta incertidumbre.

—¿Y si no fuese digna de ser vuestra esposa?

—¡Oh! No sufriré que nadie me diga eso. ¡Vos, no, Pauline! ¡Vos, no! Porque sois digna del respeto de todo el mundo, y así se lo voy a decir a ese hombre, que yo respeto tanto, pero quien piensa como todos los viejos.

Y dichas estas palabras, Baudoyer salió del cuarto, dejando sola y un tanto perpleja a Pauline.

La muchacha sintió como se agitaba su corazón y comprendió que era el momento de enfrentarse a la verdad. Tenía que aclarar su extraña y engañosa situación; pero cuando se disponía a traspasar el umbral, recordó unas lejanas palabras del ama de llaves de Derancheon tan parecidas a otras de su querida Babet:

—Defiéndete de los sentimientos violentos, con seguridad te harán desgraciada. Vive perezosamente en un círculo de placeres tranquilos que harán nacer un lujo moderado. Elige bien y no te comprometas nunca hasta el punto de tener más penas que placeres. Las mujeres no nacen más que para amar o ser amadas. Necesitas amores, placeres, pero también tienes que vivir; por eso no debes olvidar, durante tus mejores años, la necesidad de amontonar recursos para los años estériles. Los consejos son fáciles; lo difícil es seguirlos. Cuídate y tenlos presentes.

Este recuerdo hizo que Pauline permaneciese en la habitación. Llamó a su doncella, se hizo servir el desayuno y se dedicó a pensar en qué giro podía dar a todo aquello para poder vivir en paz con su conciencia; sin engañar ni perjudicar por su falsa posición, pero sin perder nada de la cómoda y agradable existencia que llevaba en casa de Baudoyer, a quien, por otra parte, quería con toda su alma.

En estas cábalas y en tal estado de ánimo la encontró el anciano preceptor cuando, a media mañana, se dispuso a tener una entrevista con la muchacha.

—Hermosa Pauline —le dijo—, recurro a vos porque vuestra disposición me responde que sabréis comprender mis puntos de

vista; son razonables, justos y garantizarán a Baudoyer y a vos no caer en males espantosos.

—Si se trata de salvar al señor Baudoyer, contad conmigo. ¿Podré hacer algo? —preguntó extrañada—, ¿Qué puedo hacer? Decídmelo, rápido.

—Tranquilizaos —replicó el anciano—. El peligro lo causáis vos, y sólo vos poseéis el don de remediarlo. Baudoyer es joven, exaltado y sobre todo sensible: os adora. Si estuviésemos en el fondo del desierto, desconocidos de todo el mundo, os desposaría; pero es rico, conocido y si se casa con vos se pierde y os arrastra al mismo desprecio de ese mundo banal, de esas mujeres que envidiarán vuestro encanto, y de esos petimetres que desfloraran vuestra virtud. Si tuvieseis unos padres que pudieran presentarse, querida Pauline, desaparecerían los obstáculos. No quiero ser injusto porque carezcáis de fortuna; os lo repito, me habéis sorprendido con vuestra manera de pensar, sabia y razonable, digna de todo elogio; por eso me atrevo a formar un proyecto sobre vuestra virtud y hoy quiero, excitando vuestra generosidad, que me respondáis con el esfuerzo que pido a vuestro espíritu.

»Sabéis que Baudoyer no es dueño de sí; os pertenece en cuerpo y alma; podéis cogerlo, salvarlo o perderlo. Volvedlo a su camino, os lo ruego; y para paliar esta generosa acción, voy a daros una recompensa digna de seros presentada. Para aseguraros vuestra suerte, en el estado que deseéis escoger, os pido aceptéis mis ahorros de cuarenta años. La fortuna es mediocre, pero os permitiría encontrar un marido honrado que os quiera y cuya familia no os reproche nada. Son diez mil escudos. Cuando regrese Baudoyer, le diréis vuestra decisión; pero no habléis de este encuentro. Ya lo sabéis, hermosa Pauline, vuestra cuna es una mancha irreparable. No es sólo que vuestra madre no haya tenido esposo, sino su infame profesión… Perdonadme, porque vos no sois culpable, sino víctima; y si os digo tales cosas, es para justificar mi celo… Habladme, decid, ¿qué debo esperar?… ¡Querida Pauline, lloráis! Vamos, secad esas lágrimas; me desgarran el alma.

—Señor —respondió Pauline, tratando de contener su llanto—, vos no me conocéis y eso os excusa. Os debo demasiado para odiaros, incluso si me causaseis mal. Sí, y para daros prueba de mi respeto y me reconocimiento, os prometo aceptar vuestra oferta si es cierto que puedo causar tanto mal a Baudoyer. Lo que decís de mi madre, es nuevo para mí. Es cierto que puso en mis manos lecturas peligrosas y cuadros que avergüenzan; pero si no ha tenido esposo, es algo que ignoro. Respecto a su infame profesión… Es cierto que se ha desprendido de su hija, pero si se juzga la acción por las ventajas… ¿qué tiene de condenable? Si ello es un crimen, ¿a quién reprochárselo? ¿A ella, a vos, a Baudoyer, o a mí?

—¡Ah, señorita! Si vuestra madre sólo hubiese cometido ese crimen…

—¿A eso ha vendido a sus hijas?

—Entendámonos. ¿Fingís o tratáis de negarlo, Pauline? Porque no puedo creer que vos ignoréis que vuestra madre… ¿Por qué me obligáis a decir lo que sabéis?

—¿Qué sé, señor? Me habéis mostrado estima, ¿o tal vez no la merezco?

—Pero cómo queréis que crea ignoráis la profesión de vuestra madre… ese comercio…

—¿Su profesión? —repitió Pauline, intrigada y cauta, porque en el fondo estaba descubriendo algo ignorado—. No estuve siempre con mi madre, y los meses que pasé junto a ella, permanecía encerrada en una habitación particular, sin ver a nadie.

—¡Santo Cielo! —exclamó el anciano asombrado—. No es posible, y, sin embargo, creo lo que decís, señorita. Para ser justo, ved a qué vergüenza expondríais a Baudoyer si os desposara. Perdonadme la indiscreción de abrir la boca, pero la indigna mujer que os ha dado el ser es una desdichada que trafica con el pudor y la inocencia de las jóvenes desafortunadas que caen en sus manos; las prostituye a todo bicho viviente; en una palabra, su casa lleva ese escandaloso nombre que una persona honrada no debe pronunciar. Vos misma fuisteis vendida por una fuerte suma a

Baudoyer. La providencia os ha salvado; pero si hubieseis caído en otras manos… ya estaríais hundida en el fango y seríais una de esas libertinas que se recogen en la calle.

—¡Basta, señor!… ¡Qué! Eso sería —añadió Pauline con esfuerzo —. Es así la que creía mi bienhechora… Debería haberla reconocido por sus perniciosas instrucciones… ¡Ah, desdichada! Y siento que mi corazón, mi débil corazón, halagado por la infame, habría consentido en mi deshonra… Sin Baudoyer y sin vos, señor, estaba perdida.

Y Pauline redoblaba sus lágrimas, convencida de todo el horror y peligro pasados; explicación lógica a las insospechadas muestras de atención; verdad que iba más allá de cuanto ella, ingenuamente, había sospechado.

Sin embargo, lo que ahora comprendía mejor era la falsa inquietud de sus protectores actuales, engañados y preocupados por una cómica y burda situación; una mentira que no tenía ni la mitad del valor que su triste verdad.

—Dejadme, señor —dijo al preceptor—. Tomaré la resolución que el Cielo me aconseje; y seguramente os complacerá.

—¿Qué significa todo esto? —se preguntaba el anciano, al retirarse—. Mi corazón se pone de su parte, pese a mi razón… Me pierdo ante lo que ha dicho… ¡Ay! Lo siento; a cualquier edad, un pequeño grano de locura siempre se adueña de nuestra sabiduría.

12

Baudoyer no había vuelto a ver a su amada en todo el día, como deseaba. Un pariente de su madre lo había entretenido y comieron juntos; así, pues, regresó a su casa, al aposento de Pauline, ansioso por encontrarla.

La acogida que recibió de su amante le cautivó. Pauline exteriorizó todo el placer y el agrado que le proporcionaba su presencia; y dispuesta a sincerarse con él, le rogó que la llevase a algún sitio donde pudieran estar sin embarazo. El propuso acudir a un espectáculo, pero ella, temiendo otro encuentro como el de la noche anterior, dijo:

—Está bien; pero no vayamos a los Italianos.

—Entonces, iremos al Français —replicó el joven, entusiasmado —. Es otro género, y estoy seguro de que os gustará más.

La amable muchacha temía un poco la salida, pero tenía tantas cosas que confesar a Baudoyer que no deseaba estar allí encerrada con él. Necesitaba resolver la situación, pasar a ser su amante real o cesar en aquella farsa de supuesta querida, adorada como una virgen en un altar.

Se dejó convencer y se vistió mientras su amante le decía mil galanterías y la ayudaba. El corazón sensible de Pauline palpitaba de placer y a cada instante estaba a punto de empezar la explicación deseada; se controló y, al fin, lista, partieron.

Se representaba *Cénie*. El telón se levantó apenas se acomodaron. En el teatro frívolo, Pauline apenas escuchaba algunas arias; durante los declamados, los dúos y la algarada de los tríos, se dedicaba a hablar con su amado; en esta ocasión pensaba hacer lo

mismo, pero desde la primera escena, conmovida e interesada, sus ojos se fijaron en el escenario y tardó en hacer caso a su acompañante.

Baudoyer veía el placer que ella mostraba ante la pieza, y este estado le enternecía hasta el punto de coger la mano de su amada y estrechársela apasionadamente. Ella, por distracción o conmovida, respondió del mismo modo a la presión y Baudoyer se estremeció hasta la raíz del cabello.

—Pauline —dijo al oído—, sois la divinidad de mi corazón; dignaos ser mi esposa; recibid, desde este momento, la promesa que os hago de daros mi mano y mi fe.

Pauline sonrió a la vez que se sonrojaba un poco; y apretó contra su corazón la mano del amable joven.

—Sí, mi adorable Pauline. Mi dicha depende de vuestro corazón. ¿Puedo creer que no sois insensible a mi afecto?

—Os amo, señor —respondió ella—, por agradecimiento…

—¿Sólo por eso?

—No, mi respetable amigo; también os amo por elección y porque me atraéis.

—¡Pauline, mi adorable amante!

—Sin embargo, temo que os arrepentiréis si me casase…

—¡Me injuriáis! No, Pauline, no…

—Recordad a mi madre.

—Es cierto que ella no merece que le deis ese nombre; su conducta os dispensa de los deberes naturales. Olvidémosla, hermosa mía. No es ningún crimen.

—¡Querido mío! Me habéis creído hija de la Courton; me tomasteis de su casa… y sin duda tenéis sospechas, a pesar de las cuales no me despreciáis… Vuestra generosidad inunda mis sentimientos; os vuelve en mi adorado amante… Pero eso me da grandeza de alma y gratitud hacia vos, y me impide deshonraros.

—¿Qué vais a decirme, Pauline? ¿Qué esperanza podéis darme que hace palpitar mi corazón de tal modo?

—No soy la hija de la infame Courton. Hasta esta mañana ignoraba quién era ella, realmente. Mi estancia en su casa se redujo a permanecer encerrada en una habitación; sólo recibía su visita y a dos jóvenes que aparecían por allí de vez en cuando. Sé que la guiaba el interés, pero hasta hoy no supe que me vendió…

—¡Dios mío, qué felicidad!

—Por ese lado soy digna de vos, querido Baudoyer; por mi cuna, mi fortuna y mi educación. Nunca he sido una cualquiera, y he tenido unos padres adorables, cariñosos, honrados y ricos…

—¡Dejadme respirar, querida Pauline! —pidió el joven, en el colmo de la dicha—. Perdonad mi temeridad… ¡Hija adorable! Contádmelo. ¿Qué desdichas os hicieron caer entre las manos de esa infame que pretendió volveros tan vil como ella?

Entonces Pauline se decidió a contar sus andanzas; pero la vida ya la tenía demasiado martirizada y sabía que la verdad nunca es buena si quiere obtenerse una existencia equilibrada y justa. Sus pecados y sus faltas eran vergonzosas, pero no toda la culpa era suya, ni resultaba justo que pagase con algo que no merecía.

Cuando salieron del teatro y regresaban en el coche habló de sus padres y de cómo se había educado; también contó cómo fue seducida y engañada por un amigo de su familia, que le obligó a huir de su casa bajo la amenaza de deshonrarla ante sus padres si no aceptaba vivir con él. Ocultó lo referente a su embarazo, el hijo abandonado y su convivencia con Derancheon; enlazó su huida y su extravío en París, perseguida por su infame seductor, su espanto cuando supo que la había difamado ante sus padres y la buscaban para encerrarle en la Salpêtrière. Y el joven Baudoyer derramó lágrimas al imaginarse a su querida Pauline aterrada, no sabiendo dónde escapar, dónde salvarse y cayendo entre las garras de la Courton.

—¿Por qué no os habré encontrado entonces? —exclamó, estremecido por el peligro que había pasado.

Pauline, inmediatamente, le contó cómo, gracias a sus atenciones y las de su preceptor, ella había vuelto a recuperar la tranquilidad y

la fe en las personas; cómo se sentía agradecida y ganada por su respeto y cariño, preocupándose por regresar a la virtud y a sus cualidades más preciosas.

Aún no había dicho quiénes eran sus padres y Baudoyer esperaba esta aclaración con impaciencia. Sentía que su corazón perdonaba aquel involuntario extravío, aquella falta que había puesto en tan grave peligro a la mujer que más amaba en su vida. Cuando Pauline nombró a su familia, Baudoyer exclamó, transportado:

—¡Cielos! ¿Vuestro padre es el señor de Fumetre, de Saint-Germain? ¿Vuestra madre era la señorita de Anville?

—Sí, señor.

—¡Oh, qué maravillosa sorpresa! Mi adorada esposa, os dejo, mi preceptor, a quien respeto entrañablemente, tendrá razón para no disculpar ahora mi retraso. Os dejo y mañana, por la mañana, ambos os visitaremos juntos. ¡Adiós!… Siento, al alejarme de vos, que me separo de la mitad más querida de mí mismo. Pero es preciso… ¡Pauline! ¡Hermosa Pauline!… Sé que seréis feliz y no sabría expresar lo que esta idea añade a mi dicha.

Y besó mil veces la mano de la muchacha sin decidirse a abandonarla. Al fin, oyó como su preceptor regresaba de cenar en la villa y corrió a reunirse con él.

Pauline, al quedarse sola en su cuarto, acudió a la ventana que daba al patio para asomarse y ver a los dos hombres cómo se saludaban y penetraban en la casa. Aquello le hizo pensar en la favorable resolución de su existencia; al fin, podía estar tranquila.

Sin embargo, algo llamó su atención en la oscuridad. Fue una punzada intranquilizante, el fogonazo de una sonrisa inquietante. Justo en el centro de la entrada al patio, en la calle, le pareció ver una sombra. Se asomó más y descubrió la figura del hombre que la saludaba, llevándose la mano a la gorra.

Su corazón volvió a darle un vuelco. Se refugió, aterrada, contra la pared; escondiéndose junto a la ventana. Era el capataz; estaba segura; se encontraba allí y todo iba a descubrirse.

Durante unos largos e interminables minutos, en los que sólo escuchaba el agitado palpitar de su corazón, Pauline permaneció inmóvil en su sitio; apenas podía pensar, angustiada ante la terrible realidad de su vida. Luego, en un esfuerzo supremo, se asomó a la ventana. No vio a nadie y, sin dar crédito a su sorpresa, inclinó el cuerpo sobre el alféizar para examinar todo bien.

El hombre permanecía en el patio, junto a un gran arbusto; avanzó un paso, para que la claridad lo iluminase, y luego se ocultó.

La doncella entró en el cuarto de Pauline cuando ésta, nuevamente asustada, volvía a refugiarse contra la pared. Su presencia no logró tranquilizarla. Nerviosa, sin poder dominar su inquietud, admitió que la mujer le ayudase a desvestirse y luego la apremió para que la dejase dormir.

A pesar de todo, no pudo permanecer mucho tiempo acostada en su cama. Nada más salir la doncella, volvió a levantarse y se precipitó a la ventana. El capataz continuaba en el patio, paseando lentamente y mirando con interés hacia ella. Pauline se dirigió a la puerta y se asomó al pasillo. Toda la casa parecía tranquila; en la biblioteca, seguramente, al otro lado del edificio, estarían hablando Baudoyer y su anciano maestro.

Percibió un escalofrío recorriéndole el cuerpo. Sus manos sudaban. Cerró la puerta y volvió a su cama, pero no se acostó. Permaneció quieta unos larguísimos segundos; luego cogió un salto de cama, ligero, y se lo puso para dirigirse a la ventana.

El hombre estaba debajo de ella. La saludó con aquel gesto de la mano a la gorra, y Pauline, furiosa, se refugió de nuevo contra la pared. Tenía miedo, y múltiples ideas se agolpaban en su cabeza sin dejarla centrarse en nada tranquilizante.

Salió al pasillo y, extremando las precauciones, descendió a la planta baja y salió al jardín por una puertecita lateral. Aún no había llegado a la parte delantera de la casa cuando se encontró con el hombre.

El susto la hizo llevarse las manos al pecho, mientras ahogaba un gemido. Estuvieron mirándose, quietos, sin decir palabra. Al fin, él

alargó su mano y la tomó suavemente del brazo. Ella se resistió a que él la llevase, pero sin voluntad suficiente para negarse o protestar, Pauline se dejó conducir hacia un alejado rincón del jardín.

Algo, dentro de ella, la irritaba y a la vez la volvía sumisa; si se detenía, él tiraba de ella y al fin le seguía a remolque. Cuando estuvieron lejos de la casa, él se detuvo y la abrazó con apasionamiento.

Pauline, furiosa, le golpeó con los puños y se debatió rabiosa hasta verse libre; pero no huyó. Se quedó sobrecogida, tratando de encontrar palabras que decirle y conteniendo la agitación que sacudía todo su ser.

El capataz la contempló, sonriendo cínicamente. Luego, sin dejar de mirarla, abrió sus pantalones y se mostró a ella tal y como lo hiciera la primera vez de su encuentro.

Los ojos de Pauline quedaron sugestionados por aquella forma, más real que la maravillosa abeja de alas violetas de su sueño. Tenía un aspecto imponente, y él lo balanceaba, amenazante y sugeridor, hacia arriba y abajo, sin que ella pudiese apartar su fascinada mirada de aquel miembro.

Súbitamente, desde el fondo de su vientre, le llegó una extraña sacudida a la boca. Tragó saliva con dificultad y levantó su vista y su gesto anonadado, para observar al hombre. Él sonreía blandamente, y la invitaba, con un suave ademán de la mano.

Pauline apenas tenía conciencia de sí; estaba allí, como hipnotizada, con el recuerdo profanador de todos sus sentidos; jadeaba anhelante; lo veía y lo sentía; era como algo que ya le perteneciese de siempre. Y con reverente sumisión, rozó suavemente con sus dedos aquel miembro y lo besó con toda ternura.

Primero ligera y luego más fuertemente, el hombre apoyó sus manos en la cabeza de la muchacha; y cuando sintió toda la enervante pujanza de su pasión envolviéndole en voluptuosas sensaciones, apretó aquel rostro contra su cuerpo y luego lo apartó violento.

La muchacha cayó por tierra, sin lanzar ni una queja, y esperó anhelante a que el hombre se situara entre sus abiertos muslos. La gruta rosa, grieta húmeda y dulce, se ofrecía como abismo querido y vertiginoso.

El rostro del hombre se acercó a ella. Había embeleso en su mirada. El deseo estaba en sus dedos. La pasión en la fuerza de su miembro. Se fundieron en un abrazo brutal y mientras ella sentía la embriagante penetración, él ya tenía un pezón en la boca y, mediante un juego de lengua, lo había puesto rígido, con esa rigidez propia de la enorme pasión que dominaba todo el cuerpo de la hembra.

Pauline, primero dejándose ir, luego provocando, ya estaba desbocada y a él le tocó moderar sus impulsos. No quería disfrutar aún, más bien pretendía disfrutar a sus anchas el deseo sentido, que precipita y retiene. Pero la muchacha estaba demasiado impaciente. Daba empujones con la riñonada como quien da gritos. Agitaba circularmente las caderas y el vientre, se plegaba e intentaba absorber todas las delicias que la aproximaban al orgasmo.

El hombre ya estaba perdido. Había llegado muchas veces a aquel estado febril, de sudor y ansias, pero aquello era una emoción distinta, tremendamente avasalladora.

Pauline cogió su rostro con las manos y lo acercó a su cara. Lo vio con el sudor manándole de la frente, y en un arrebato, abriendo su boca cuanto pudo, trató de devorar la de su amado, mordisqueando sus labios y su lengua.

Allí estaban los viajeros locos restregándose los labios. Pauline era como un arco por encima del mar. Hacía más de cien días que no bebía y los suspiros la refrescaban. Llamaba a su amante, que se tensaba lejos, mientras ella agonizaba y se retorcía. Él se tensó como un dios sobre el abismo; creyó desvanecerse del placer. Su tributo fue tan completo que quedó agotado, desfallecido en los brazos de Pauline, y ella, jadeante, quebrada, descargó sobre su humedecido lago, sombra de gacela, mortificante infierno de la desesperanza.

Durante unos minutos permanecieron quietos, descansando hasta recobrar su aliento. Entonces el hombre se retiró del cuerpo de Pauline y se echó a su lado.

—Habéis sido lo único hermoso de mi vida —dijo él, como en un susurro—. Después de conoceros, ya no he tenido un día de tranquilidad. Dejé mi familia, mi trabajo, todo, con la loca esperanza de encontraros, de volver a teneros en mis brazos.

Pauline incorporó el busto, sorprendida por sus palabras. Intentó descubrir cada rasgo de su rostro, conocer qué suponía aquel hombre, porque en su ligera laxitud que la invadía, aquel ser adquiría una extraña proporción de dominio en su vida.

—Nunca pensé que tendría la dicha de hallaros. Me obsesionaba la gracia y la fragilidad de vuestro cuerpo; el encanto maravilloso de esos senos blancos, tiernos, como la fragancia juvenil de un amor inalcanzable.

La muchacha apoyó una de sus manos sobre el hombro masculino y le miró fijamente a los ojos, pretendiendo ver en el fondo de aquella oscuridad.

—Vais a destrozar mi vida —dijo ella—. ¿Cómo os habéis atrevido a venir?

El hombre se incorporó a su vez y volvió a sonreír con aquella expresión que tantas veces había saludado a Pauline; pero sus manos ya estaban acariciando a la mujer diestramente; y ella, sin resistencia, se dejó desvestir totalmente.

Era como un nuevo placer en el que ella, desprovista de todo pudor, mostraba sus esplendorosos encantos, disfrutando con las caricias y las miradas de aquel hombre que la paladeaba como *connaisseur* que se niega a apartar su vista del fruto elegido; regodeándose en cada curva, en cada línea, en cada detalle íntimo, hasta el punto de que ella, tendiéndole los brazos a su cuello, le dijo:

—¡Pues ya me tenéis! ¡Gozadme!

La mano del hombre poseía lo esencial de la muchacha y ella empezó a triturar su atributo con el ansia feroz de poseerlo. Le

obligó a acostarse sobre la espalda y cabalgó sobre sus piernas, tras lo cual puso cara a cara los elementos de su unión.

Él la agarró de los brazos y la atrajo hacia él, sintiendo que los pezones se ponían tensos y duros contra su pecho. Pero ella levantó las rodillas y volvió a situarse a horcajadas sobre sus muslos. Él le clavó los dedos en las nalgas mientras su miembro partía el palacio rosa, joyero pálido, alcoba un poco revuelta por la alegría grave del amor, vulva en su amplitud un instante aparecida.

Pauline empezó a cabalgar lentamente, saboreando aquella primera penetración y cada nuevo homenaje que él le ofrecía hasta que su cabeza, perdida, se balanceó en todos los sentidos, sin contener ninguno de los cloqueos del placer, provocados por una confusión de deliciosas sensaciones que no sabía si provenían de su cuerpo.

El hombre se paseaba en su vientre, cierto, pero igualmente estaba en su estómago, en sus pulmones, en sus nalgas, en su garganta, en sus senos, en su boca y en todo su espíritu. La visión de aquel ardor se imponía a toda su carne como una delicia asombrosa y a la vez como el delirio del suplicio del palo; como si se tratase de su primera experiencia.

Se elevaba sobre la virilidad del hombre y se dejaba caer, lanzando jadeos de gusto y sorpresa. Verdaderamente descubría *otra cosa*. Se sentía ardientemente conquistada, dispuesta a morir en aquella experiencia.

Él dejaba toda la iniciativa a Pauline, pero empezó a manifestar deseos de concluir. Cogió a la mujer por las caderas y la atrajo hacia sí en un gesto brusco y posesivo que la venció sobre su cuerpo; inmediatamente la elevó. Pauline agitó su cabeza, como si pretendiese desprenderse de ella, y mientras la sacudía y rodaba el hombre le mantuvo el busto derecho, dejando que gozase locamente, plantada sobre la fantástica lámina que la guarda de su pubis impedía avanzar más.

El hombre se abandonó a su placer y emprendió una rápida acción. Pauline gimió largamente, estremecida de dicha. Entonces,

tras haberse hundido largamente entre los dulces muslos, él abandonó sus caderas y se agarró a los senos, como si pretendiese estrujarlos entre sus manos.

Pauline basculó lentamente hacia atrás, sumergida en una voluptuosidad indescriptible. Nadaba interiormente con aquellos espasmos cálidos que sentía esparcirse por todo su cuerpo. Creyó que perdía la razón y se desplomó, temblando de embriaguez.

Transcurrió una larga pausa hasta que él la desprendió con precaución y la depositó a su lado. Permanecieron un rato juntos, echados, en silencio. Luego él se puso en pie, arregló sus ropas y se dispuso a cubrir el cuerpo desnudo de Pauline.

—Tenéis que regresar a vuestro cuarto —dijo—. No os inquietéis por mi causa.

Como ella tardaba en recuperarse, la ayudó a ponerse en pie y a vestirse. La sostuvo de los hombros y la acompañó hasta la puertecita lateral de la casa. La dejó y se fue, sigilosamente.

Pauline aún dormía pesadamente cuando su doncella acudió, como de costumbre, a despertarla. Pidió que la dejasen descansar: había pasado mala noche y necesitaba dormir algo más.

Realmente, el despertarse le trajo el recuerdo de lo sucedido y su cabeza se ofuscó mientras el temor y la desconfianza se adueñaban de su corazón y hacían mella en su espíritu.

Dos horas más tarde fue molestada de nuevo, pero esta vez a causa del interés y la impaciencia del joven Baudoyer y de su preceptor que deseaban entrevistarse con la muchacha.

Su doncella les abrió la puerta de su cámara y Pauline, con cierta sensación de culpabilidad temerosa, tuvo que recibir a su pretendido amante y a su maestro. La alegría iluminaba el rostro de ambos. Baudoyer no pudo contenerse y se precipitó sobre el lecho de la muchacha y, pese a su resistencia, la estrechó entre pus brazos; pegó su boca a la de Pauline y la besó con largueza, ante el desconcierto de la joven.

El anciano, no menos entusiasmado que su alumno, la llamó su querida sobrina, y luego sollozó ante ella, con lágrimas de ternura.

—Explicadme, ¿qué sucede? —preguntó Pauline, tímida e inquieta, a Baudoyer—. ¡Que yo lo entienda!

—Mi querida Pauline —interrumpió el anciano, conteniendo su llanto—. Pero, ¿eres tú, realmente? ¿Tú la hija de mi querida hermana, que no veo desde hace más de veinte años?… También me llamo de Anville, y…

—¿Vos el hermano de mi madre? —exclamó Pauline, sorprendida y extrañada—. ¡Ah, mi corazón os ha reconocido!… Seguro que mi respeto y mi sumisión a vuestros consejos eran inspirados por la naturaleza.

—Sí, querida sobrina.

—Pero, ¿qué sabéis de mis padres? —inquirió la muchacha, lanzando un profundo suspiro.

Su preocupación aumentaba. Su situación tomaba un cariz muy distinto, a pesar del entusiasmo que le ofrecían aquellos dos hombres.

—¡Viven, querida amante! —exclamó Baudoyer.

—Seguramente, hija mía —añadió el anciano—. Será fácil dar con ellos; y como os aman, se reprocharán el injusto trato que os hicieron experimentar por culpa de ese mal nacido… Morirán de alegría al veros feliz y amada… ¡Ah, Pauline! Nunca encontraréis unos momentos más dulces en vuestra vida.

—Sí, querido tío —replicó ella, sin gran entusiasmo—. Mi dicha es este amable joven y vos, que me habéis salvado.

—Os creo, hija. Pero ahora, descansad. Vuestra doncella nos ha dicho que pasasteis mala noche.

—Sí, descansad —agregó Baudoyer—. Esta noche ya hablaremos.

—Nos cuidaremos de encontrar a vuestra familia —dijo el anciano.

Y al mismo tiempo tomó de la mano a su joven alumno y lo arrastró consigo, fuera de la habitación. Era tarde y debían apresurarse en sus pesquisas.

Pauline, al quedarse sola, se deshizo en un mar de lágrimas. Toda la felicidad que se le ofrecía, que hallaba por una parte, iba a destruirse por la misma dicha que la poseía. Sabía que su madre ya no vivía y su padre, seguramente, no la perdonaría por haber llevado el deshonor a su hogar y ser la causa de la muerte de su esposa.

Sin embargo, se recomendó calma; decidió permanecer tranquila, esperar los acontecimientos, dejar que todo se resolviese por su propio peso.

Al desechar esta preocupación un nuevo pensamiento puso inquietud y fuego en sus entrañas: el capataz, aquel hombre que calladamente la había tenido y con su pasión había ganado cuanto bullía en su interior.

Se pasó todo el día pensando cómo podría encontrarle, cómo conseguiría volver a estar junto a él. Ya no le importaba la felicidad apacible que le ofrecía Baudoyer. Su cuerpo, tanto tiempo respetado, acababa de despertarse con exigencias, perentorios deseos que torturaban su ser. Ahora ya sabía que estaba condenada al placer; lo sentía en sus entrañas; lo deseaba más que a nada, y se prometió, si lograba dar con el capataz y Baudoyer pretendía tenerla a su lado, empezar a seguir los planes que se había trazado con su querida Babet.

A lo largo de diez días Pauline hizo que su amable Baudoyer la llevase a toda clase de espectáculos. Frecuentó los Italianos y el Français; recorrió una serie de restaurantes y tabernas con la esperanza de encontrarse a aquel hombre; pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Su irritación y su nerviosismo empezaron a alarmar a los dueños de la casa.

Una mañana decidió salir de compras en compañía de su doncella, como tenía por costumbre; pero la despidió enseguida en las inmediaciones de Saint-Honoré. Le dijo que iba a comer con una amiga y que pasasen a recogerla a las tres de la tarde si no había llegado ya.

Pauline caminó un poco entre el ambiente frívolo de la soberbia calle: reunión de lujo, de comercios, de resplandor, de barro, de la

Opera, de mujeres, de impudencia, de urbanismo, de desorden, de cortesía, de estafadores y de todas las ventajas y todos los abusos de la sociabilidad. Ella es la plaza natural de la Opera y de las mujeres; yo quisiera que se concentraran todos los vicios en una especie de bazar, de modo que no escandalizasen al resto de la ciudad. Son necesarios los vicios en una capital; pero es preciso tratarlos como el fuego, al cual se abandona una casa aislándola de todas las comunicaciones. Contemplaría como a un excelente ciudadano a quien ejecutara este plan, quiero decir, el del bazar…

Muy cerca del Oratoire existía un fonducho que Pauline había visto en otras ocasiones. Lo frecuentaban muchas de las mujeres que trotaban por la gran calle; la curiosidad le cegaba por entrar en él. Había dos muchachas sin sombrero sentadas frente a dos militares, y tres cuarentonas, con exuberancia de carnes y muestras de vicio en sus mustias bocas, que comían en otra mesa. Tres cocheros de simones comían en el fondo de la sala, larga y estrecha; y un último personaje, difícil de catalogar, fumaba su pipa con las piernas estiradas, las manos en el cinturón y la espalda contra el respaldo de la silla.

La entrada de Pauline causó sensación por la elegancia de su atavío. Todos le prestaron atención y ella, con timidez, pero sin muestra de embarazo, se sentó a una mesa de madera barnizada con la grasa de las comidas y lavada con las bebidas derramadas.

Una mujer alta, delgada y deteriorada, servía las mesas con ojos negros y miradas encendidas por un fuego sombrío. Pronto le puso en guisote de cordero que a Pauline no le importó mucho. Ella buscaba algo con cierta angustia azotándole el corazón. Examinó la clientela del local; uno de los cocheros parecía interesarse por ella, pero a los pocos minutos dijo un «hasta después» a sus compañeros y salió. Pauline se fijó, entonces, en el hombre de la pipa y no tardó en comprender que se hallaba muy lejos de conseguir su propósito.

En aquel momento una mujer que entraba la sorprendió por su aspecto distinguido. Tenía una bonita cara de ratita morena; dirigió una seña familiar a una de las muchachas que estaban con los

militares y luego fue a apoyarse en el mostrador. Saludó al dueño y estuvo hablando con él un rato, en voz baja, mientras lanzaba ojeadas por el salón.

La mujer, dejando al dueño, avanzó hasta situarse frente a Pauline, al otro lado de la mesa. La saludó cortés y le pidió permiso para sentarse junto a ella. Entonces le dijo que era muy guapa y limpia; que tenía trazas de pertenecer a una buena familia y como seguramente era forastera, no sabía bien a qué se exponía andando sola por las calles de París.

Al ver que Pauline no respondía, ni apenas le hacía caso, la mujer se mostró más gentil y añadió:

—Dime una cosa. ¿Puedo ayudarte en algo? Aquí cerca tengo mi casa y tal vez te guste visitarla.

—No —replicó Pauline, rápida y seca.

El recuerdo de la Courton acababa de sacudirla como un trallazo.

La mujer aún permanecía ante ella, y la examinaba, sonriendo entre desdeñosa y compasiva. Al fin se puso en pie y dijo:

—Si no es hoy, tal vez sea otro día, ¿no crees? Soy la señora Gourdan.

Pauline estuvo a punto de contestarle de manera violenta y grosera, pero se contuvo. Se dijo que todo era culpa suya. La mujer se alejó, para reunirse con el dueño, y Pauline también se puso en pie; pagó y salió presurosa del local.

No había caminado ni cinco minutos cuando vio a muchas personas entrar en el antiguo Palais-Royal. Se unió al gentío. Daban un soberbio concierto en uno de los palacetes de la alameda de los castaños. Estaban reunidos todos los instrumentos y cada uno ejecutaba una parte entre el conjunto de las sinfonías.

Lo más curioso y lo más agradable de aquello, Pauline lo percibió inmediatamente, no era el concierto en sí, sino el ambiente: mujeres honestas confundiéndose con las disolutas; una madre y sus hijas se veían rodeadas de bailarinas, de pisaverdes, alguno de los cuales deslizaba un billetito a las jovencitas, que no era mal recibido.

Los rateros también ejercían allí su talento, y casi sin peligro; si hubieran sido descubiertos, podrían desaparecer fácilmente entre la multitud.

Pauline se fijó como una mujer engañaba a su desconfiado esposo. Le llamó la atención el gran interés que el hombre ponía en escuchar la música mientras cogía de la mano a la mujer. Esta llevaba a la cabeza una pamela de gasa; su amante estaba acompañado de una muchacha de la misma apariencia, cubierta con el mismo sombrero. En una de las avalanchas, causada por el amante, la mano de la esposa fue reemplazada por la mano de la muchacha. El marido la sujetó más fuerte y continuó escuchando con interés. Sin embargo, la dama y su galán habían alcanzado, bajo las ventanas mismas del concierto, una pequeña librería en donde se encerraron con la complicidad de la vendedora. No salieron hasta que fueron advertidos de que la pieza concluía. La dama regresó, la música cesó y en el momento en que el hombre soltó una mano para tomar su pañuelo, se hizo la sustitución.

Volvió a sonar la música, pero a Pauline ya no le hizo gracia. Fue caminando lentamente hacia la librería, examinándola con interés. La vendedora la estudió un instante y la muchacha se alejó al sentir como se sonrojaba. Oyó su voz, llamándola, pero no le prestó atención y avivó su paso. Se detuvo unas *boutiques* más lejos, atraída por el colorido de míos echarpes y una bisutería llamativa. Súbitamente la tomaron del codo y una voz dijo casi a su oído:

—Sólo son bagatelas comparadas con vuestra hermosura. Yo os puedo ofrecer maravillas más preciosas.

Se trataba de un señor alto, de buen aspecto, distinguido en su atuendo y en su porte, con unas soberbias patillas que hacían agradable su rostro. Pauline se desprendió de la mano y le miró con cierta fijeza, mientras el señor, muy digno, se descubrió y dijo:

—Permitid que me presente: soy el conde de Barillot. Si puedo serviros, preciosa mía, me convierto en prisionero de vuestros encantos.

Pauline le devolvió el saludo con una sonrisa modosa, y sin rechazarlo, dejó que el conde caminase a su lado; escuchaba emocionada sus galanterías y supo que estaba siguiéndola desde que entrara en el recinto a escuchar la música. Sin embargo, no aventuró ninguna palabra y cuando ya salían del Palais-Royal el conde, cuyas manos temblaban más por momentos, se apoderó de una mano de la muchacha y la besó con apasionado atolondramiento.

—¡Eh! —protestó Pauline—. ¿Qué pretendéis? ¡Os confundís!

—Perdón, perdón, preciosa niña —se excusó el conde—.Me volvéis loco. ¡Qué estupidez!… Perdonadme, pero vuestra hermosura me trastorna. ¿No queréis ser buena conmigo?

—¡Oh, lo soy! ¿No veis que no huyo? Tenéis que ser prudente y tranquilizaros.

—¡Oh, preciosa mía! ¡Hermosura! Dejad que os invite; puedo ofreceros maravillas… Llevadme a vuestro nido.

El conde parecía sacudido por estremecimientos; la apremiaba con sus gestos y sus súplicas, sin que Pauline, aturdida y desconcertada, no hallaba la manera de mostrarse seducida; no sabía dónde ir ni qué hacer. Al fin decidió complacerle y le citó para el día siguiente; comerían juntos después de encontrarse frente a la Ópera.

—Disculpadme ahora —dijo Pauline—. Debo marcharme. Ya es muy tarde.

Se alejó del conde unos pasos; llamó a un coche de punto y subió dentro. Aún no se había instalado cuando vio como el conde se acercaba a ella; entonces dijo al cochero que arrancara y al conde lo saludó con estas palabras:

—Hasta mañana.

13

Mientras el señor de Anville, preceptor del joven Baudoyer, se ocupaba de escribir a un amigo íntimo para obtener noticias acerca de su hermana y del padre de Pauline, la vida de la muchacha adquiría una nueva y gran transformación.

Por respeto a su tío, el anciano deseaba que ella fuese una joven virtuosa; interés que también compartía Baudoyer, quien decía que «un verdadero amante prefiere a sus placeres el honor de aquella a quien ama»; Pauline tuvo que cesar en sus salidas nocturnas a los espectáculos y dejar el aposento que habitaba en una parte de la casa para alojarse en una habitación próxima a la ocupada por su tío.

Los dos hombres, de mutuo acuerdo, consideraban que de esta forma el nerviosismo y la irritación que se había adueñado de la muchacha en unos días, desaparecería muy pronto. Sin embargo, ignoraban que Pauline, al no encontrar a su hombre, aquel capataz que tan apasionadamente la había poseído, estaba dispuesta a seguir los impulsos de su pasión.

Su irritación se calmó pronto. El conde de Barillot había acudido a la cita y la llevó a un lujoso restaurante del *faubourg* Saint-Honoré. Les sirvieron la comida en un reservado, en el que Pauline permitió ciertas libertades al conde, sin dejar que se propasase, al recordar los sabios consejos recibidos en otras ocasiones.

El conde de Barillot expresó su deseo de instalarla cómodamente para su particular disfrute. La muchacha no puso objeciones, pero le aseguró que de momento no eran aquellas sus intenciones; sin embargo, aceptó verle en otra ocasión con mayor intimidad.

Barillot le rogó que accediese a cenar con él a la noche siguiente. Pauline se disculpó, asegurándole que le era imposible salir por las tardes. Debían seguir viéndose por las mañanas, pero no con mucha frecuencia.

Aquel mismo día, después de despedirse del conde de Barillot con la promesa de reunirse dos días más tarde, Pauline se sintió tan excitada y ansiosa que consideró una estupidez haberse negado a sus deseos. No regresó directamente a casa, sino que hizo detener el carruaje en las inmediaciones del jardín de las Tullerías y se puso a atravesarlo a pie.

Caminaba lenta y sensualmente, fijándose en los escasos hombres que encontraba; lo hacía con cierto descaro y un valor que le daba el vino y la abundante comida. Al pasar junto a las sillas de un pequeño merendero, se apartó un poco, rodeándolo, pero atenta a un par de militares que bebían distraídamente. Pronto percibió que uno de ellos se levantaba, tras cambiar unas palabras con su compañero, y la seguía.

Pauline apuró ligeramente el paso; al principio, como asustada de su audacia, luego deseosa de alcanzar unos grandes setos que se hallaban antes de la gran arboleda. Enseguida se detuvo cuando el militar se situó a su lado; se giró a mirarle a la cara.

Era un hombre de unos veintisiete años, fornido y un poco regordete. Su rostro colorado reía alegre. La saludó con unas groserías, pero ella ni se enteró de sus palabras de la emoción que la embargaba. Pasó rápida al otro lado de las plantas y aguardó a que la alcanzase. Entonces se abrazó a él con furia y dejó que el hombre se posesionase de todo su cuerpo.

Durante unos minutos se abrazaron frenéticos. Ella creía desfallecer, como si le fuese la vida en ello; y él, sorprendido ante tan inesperado regalo, no encontraba manos ni caricias suficientes para disfrutar de aquella mujer tan apetecible.

Abrazados con fuerza, estrechamente, seguían besándose y acariciándose mientras sus sexos se buscaban anhelantes para apagar el fuego que los devoraba.

Al fin cayeron por tierra, revolcándose febriles. Él enterraba su rostro entre los senos y los besaba con desespero, hasta que consiguió colocarse entre sus piernas y la embistió con violencia. Pauline gimió de placer y se aferró a sus caderas, apretándole fuerte para tenerlo muy dentro y sentirlo en sus entrañas.

Sus senos vibraban excitados debajo del cuerpo del militar, en tanto que sus caderas se movían espasmódicamente, acompasándose a los embates que recibía. Lo animaba con voluptuosos cloqueos y no cesaba de agitarse bajo su cuerpo con desbordados deseos de engullirlo.

Al fin abrió los ojos para ver mejor la cara congestionada del hombre, lanzado frenéticamente a las cimas del gozo. Ella lo apretaba con fuerza, haciendo que la posesión y la entrega ya fuesen completas.

El deleite que sentía Pauline se veía acrecentado por la crispación de la cara del hombre, que se estaba precipitando sobre ella. Un grito le anunció que él alcanzaba el éxtasis supremo y ella gimió de rabia y de ansias mientras, en su agitación hacía que rodasen de costado para luego quedarse encima.

Empezó a besarlo, intentando reanimarle, sin soltar la presa que guardaba en su interior. Cuando las manos del hombre se apropiaron de sus senos, acariciándolos y estrujándolos, ella emprendió un suave galope; pronto las oleadas de placer volvieron a posesionarse de todo su cuerpo y se movió a sacudidas más voluptuosas y desenfrenadas.

Toda su sensualidad afloraba a los poros de su piel. Luego, al obtener el orgasmo, una última convulsión la hizo caer hacia adelante, para abrazarse al hombre y besarle febril.

Luego quedaron en silencio, rígidos, anonadados. Las entreabiertas bocas confundían, jadeantes y abrasadoras, sus apagados alientos. Y aquellos instantes fueron aprovechados por el otro militar.

Ante la tardanza de su amigo, el soldado se aventuró a seguirle, y al descubrir el singular espectáculo se situó inmediatamente detrás

de Pauline; levantó un poco sus faldas e instaló su miembro entre las nalgas de la muchacha.

La joven, al sentirse atacada, giró la cabeza y se puso de rodillas. Era otro hombre y no se inquietó. Él siguió instalándose detrás, apoyando sus manos en las caderas de Pauline; ésta reculó súbitamente y atrapó el miembro entre sus muslos; luego, suavemente, fue retrocediendo hasta permitir la penetración en su cálida cámara.

A los gemidos de placer de la muchacha se unieron los ayes furiosos del militar que la atacaba. El primero, pasivamente tendido bajo Pauline, dio muestras de actividad, poniéndose a succionar los senos que caían sobre su cara.

Pauline, doblemente excitada por los dos hombres, se entregó a un frenético goce que la hacía parecer una posesa, hasta que un momento después jadeaban los tres, confundidos en un apretado grupo y abismados en un éxtasis delicioso y profundo.

La muchacha se apresuró a arreglar sus ropas antes de que los militares se incorporaran; les lanzó un expresivo «gracias» y se encaminó, rápida, por la arboleda hacia la salida del jardín.

Aquella tarde se mostró sumisa, comprensiva y un tanto alegre; hasta permitió que Baudoyer leyese para ella el *Emile*, de J. J. Rousseau. Sin aprobar enteramente la obra, Pauline dijo que su espíritu encontraba cosas reprensibles, convino en que la conmovía la manera de amar de la virtuosa Sophie y la sabia conducta de sus padres.

Baudoyer, entusiasmado con su prometida, le prometió leer más a menudo obras sólidas e instructivas; extasiarse en los mundos de Fontenelle; recorrer los géneros literarios con Voltaire; deleitarse alguna vez con Boileau, Chaulleu, Rousseau, Deshoulières y Dorat. Ella admitió que sería maravilloso, porque ya se sentía transportada a los tiempos anteriores al primer encuentro con su seductor.

A la tarde siguiente, Baudoyer le propuso asistir una vez más al Français. La muchacha consintió a condición de que su tío les acompañase. Vieron *La Gouvernante* y *Nanine*. Baudoyer la tomó de

la mano, pero Pauline, jugando su papel virtuoso, tuvo el coraje de retirarla. Su amante se quedó afligido y ella lo tranquilizó con una tierna mirada.

Pauline sabía que no podía aventurarse mucho. Temía el resultado de las pesquisas iniciadas por el preceptor; pero también deseaba que ambos apreciasen sus virtuosas cualidades, su sumisión y su bondad para ganar sus corazones.

Sin embargo, su entrevista con el conde de Barillot se celebró a la mañana siguiente en un aposento que él había alquilado para sus citas. Fue estruendosa. El hombre, con muchos años y más experiencia que Pauline, supo apreciar las extraordinarias cualidades de amante que embellecían a la muchacha. Después de unos largos y saboreados embates, Barillot no hacía más que extasiarse con el recio y juvenil cuerpo. Pidió a la muchacha que permaneciese el mayor tiempo desnuda cuando se hallase con él; le entusiasmaba contemplar la blancura satinada de su piel.

Sentado en un sillón, junto a la chimenea, Barillot no podía apartar los ojos ni saciarse con la visión de la desnudez de Pauline. Esta, situada ante un espejo, no se movía. Un brazo tras la nuca y una mano cogiendo la otra, echaba hacia atrás la cabeza, separando los codos. Sus ojos entornados, su boca entreabierta y su rostro ahogado en una risa amorosa, y por detrás, su mata de cabellos rubios destrenzada que le caía sobre la espalda como la melena de una leona. Doblada y el flanco tendido, mostraba sus riñones sólidos, sus senos duros y los músculos fuertes bajo su blanca piel.

Barillot seguía con la vista aquel perfil tan tierno, aquellas fugas de carne rubia, ahogándose en sus luminosidades doradas, en aquellas redondeces donde la llama de las bujías ponía reflejos de seda; y pensaba en lo lúbrica que era y en su olor a fiera.

Pauline era algo velluda; una pelusa rubia le dejaba un cuerpo de terciopelo, mientras que en su pecho y en sus muslos de hembra, en los relieves carnosos cruzados de pliegues profundos, que daban al sexo el velo turbador de su sombra, había la bestia; una bestia de oro, inconsciente como su fuerza y cuyo aroma enervaba al hombre.

El conde continuaba mirando, obsesionado, poseído, hasta el punto de que cerrando los ojos aún pudo ver su imagen grabada en el fondo de su cerebro.

Ella se apelotonaba sobre sí misma mientras un estremecimiento recorría sus miembros; con los ojos húmedos, se encogía para sentirse mejor. Luego, separando las manos, las deslizó a lo largo de sus flancos, hasta los senos, que oprimió en un ademán nervioso. Y arrogante, se fundía en una caricia de todo su cuerpo, frotándose las mejillas, a derecha e izquierda, contra sus hombros. Su boca golosa soplaba sobre sí el deseo. Alargó los labios, se besó largamente junto a una axila, y entonces Barillot saltó bruscamente; en un arrebato de brutalidad, la arrojó sobre la alfombra y la poseyó por enésima vez, tan fogoso y decidido como en su mejor juventud.

A lo largo de los días se repitieron aquellos encuentros. El conde de Barillot se mostraba cada vez más posesivo. Ya no quería que ella le dejase, incluso la puso en el aprieto de secuestrarla; pero Pauline se las ingenió para convencerle de que pronto se instalaría con él. Debía dejarla arreglar sus asuntos con calma. Le prometió darle una fecha, sin embargo, no tuvo ocasión de hacerlo.

Después de uno de aquellos encuentros Pauline encontró la desagradable sorpresa, esperándole en casa de Baudoyer. El anciano preceptor, el señor de Anville, al fin había conseguido noticias amplias acerca de los padres de Pauline; sabía que su hermana había muerto del disgusto causado por la deshonra de la muchacha; conocía la ignominiosa vergüenza afrontada por la familia, y la desaparición del padre, quien desolado por tanta desgracia había abandonado aquella casa.

El señor de Anville, irritado por el engaño, temeroso por cuanto pudiera suceder al joven Baudoyer, a quien quería como a un hijo, se olvidó de todos los seductores y virtuosos encantos de su sobrina; ignoró totalmente el parentesco que le unía a la desdichada y corrió a la policía para denunciarla y hacer que la encerrasen como bien habían pretendido hacerlo sus padres.

Baudoyer estaba desolado. Maldecía al viejo y le reprochaba tanto celo y entusiasmo por destruir su felicidad. No quería creer cuanto le decía sobre su adorada Pauline y fue ésta, quien al saberse descubierta, avergonzada y tímida, le pidió perdón por haberle contado sólo parte de su verdad.

Los agentes, bajo la supervisión del exento que llevaba la orden de arresto, se apoderaron de la muchacha, a poco de llegar a la casa, y la condujeron al hospital.

La desesperación de Pauline, provocada no sólo por el disgusto de aquella pérdida, sino también por carecer de ocasión para reunirse con el conde de Barillot, en quien había pensado si llegaba el momento de dejar a Baudoyer, pronto obtuvo un consuelo.

En la Salpêtrière se encontró con Babet. El reconocimiento de las dos muchachas fue patético; ambas lloraron hasta agotar sus lágrimas. Pauline le contó todas sus andanzas a su amiga, y ésta convino en que ella había tenido peor suerte, encerrada allí todo el tiempo.

Cuando por la noche se encontraban solas en el dormitorio común Pauline volvió a deshacerse en lágrimas. No podía dormirse, pensando en su desgracia. Babet acudió a su cama, para consolarla y oyó infinidad de veces cómo le hablaba de la cochinada de su tío y de lo estúpido que era jugar a la virtud con un hombre atractivo y bueno como Baudoyer, cuando ya nadie le concedía derecho a ser nada.

Babet la escuchaba complaciente, la consolaba, se indignaba más que ella y la emprendía contra los hombres.

—¡Oh, los cerdos… los cerdos!… Lo ves, no hacen falta para nada esos cerdos.

Y Babet se recostaba contra su amiga, recordando los tiempos de su maternidad, y le repetía con mimo:

—Qué tonta eres disgustándote. Te digo que son unos cochinos. No pienses en ellos… Yo te quiero mucho. No llores, hazlo por tu queridita.

Y enseguida cogía a Pauline entre sus brazos, a fin de calmarla. No quería oír más veces aquellos nombres y cada vez que volvían a los labios de Pauline, ella la paraba con un beso, con una bonita mueca de cólera, los cabellos sueltos y una belleza infantil ahogada en ternura. Entonces, poco a poco, en aquel abrazo tan suave, Pauline enjugó sus lágrimas. Estaba conmovida y devolvía a Babet sus caricias hasta que exclamó:

—¡Eh, eh! ¿Quién te ha enseñado estas cosas?

—¿De verdad, quieres saberlo?

—Me enciendes y me turbas… Pero, ¿qué pretendes conmigo?

—Si supieras cuánto he soñado contigo… Estar desnudas, admirarnos y sentirnos jóvenes y hermosas, ardiendo de amor y temblando de placer.

—Mi querida Babet, te desconozco… ¿Qué nuevas artes practicas?… Eso no está bien.

—¡Oh, Pauline, Pauline! No hay nada como dar y recibir la felicidad; acariciarnos, besarnos, confundirnos y entregarnos a un tiempo nuestros cuerpos y nuestras almas, en un grito de amor, en un suspiro… ¡Oh, cariño!

Y Babet incorporó su busto, apoyándose en sus brazos, que encerraban el deseado cuerpo de Pauline.

—Tus ojos son hermosos y tu boca bonita. Toda tu carne es blanca, satinada, perfumada y celestial de la cabeza a los pies… ¡Ah, criatura! Eres un ángel de voluptuosidad… Desnúdate, ponte desnuda; que esos estorbos me dejen ver tu amado cuerpo.

Pauline, sugestionada por la pasión de las palabras y el fuego que transmitía a su cuerpo la encendida locura de su amiga, obedeció rápida.

—¡Qué hermosa eres! Tu cuerpo me deslumbra. Deja que bese tus senos, tu boca… ¡Bésame tú también! ¡Apriétame contra ti! Más fuerte. ¡Más, todavía!… Así, reina mía. ¡Qué alegría tan grande! ¡Qué felicidad! ¡Cómo me ama!

Los dos cuerpos de las mujeres ya no formaban más que uno. Sólo las cabezas permanecían separadas; y ambas se miraban con

una expresión de inefable ternura. Sus ojos iban adquiriendo la brillantez del fuego y sus mejillas se encendían.

Las bocas se estremecían, reían o se juntaban, temblando de dicha.

Se escuchó un gran suspiro que fue respondido por otro similar. Después siguió un grito y quejidos de diversa entonación, que fueron ahogados. Un instante después, las dos mujeres permanecían inmóviles y calladas.

—Me has hecho feliz, Babet. ¡He gozado!

—Yo también, mi amada Pauline; y con una dicha que me resultaba desconocida. Tu dulzura y el encanto de tu cuerpo, reunidos en tus labios…

—Pero, ¿cómo has adquirido esta experiencia? La intuición sola no basta.

—¿Quieres saberlo? Ven, apriétate contra mí; enlázame con tus brazos, cruza bien tus piernas con las mías. Apretémonos mientras te cuento cómo fui instruida al llegar aquí.

—Te escucho.

—Dame un beso.

—Lo que tú quieras, amor mío.

Sus bocas se unieron y permanecieron juntas largo tiempo.

—Verás; cuando me trajeron aquí en lugar tuyo, me sentí muy desdichada. La superiora, enternecida por el equívoco que provocaba mi desgracia, me tomó entre sus brazos, me estrechó afectuosa y me llamó hija suya varias veces. Después se entretuvo en hablarme de la vida tranquila y apacible que podía llevar aquí, contándome el peligro que representaba el contacto con los hombres. Aún excitó más mi odio hacia ellos, repitiéndome que debía mirarlos con asco y tenerlos como enemigos.

»Terminó su discurso con una sentida exhortación piadosa, que me pareció el lenguaje de una santa. Luego, para que no me fuese penoso el súbito paso de la vida mundana a mi encierro, decidió que durmiese sola en una celda próxima a la suya; así podría atenderme si me consumía la desesperación.

»Las primeras noches no sucedió nada. Se limitó a venir a verme cuando acababa de acostarme, y entre palabras y algún beso dado afectuosamente, me dejaba tranquila y en paz. Pero la cuarta noche, después del mismo ritual, y cuando ya me encontraba dormida, regresó a mi cuarto y se sentó junto a mí. Abrí los ojos al percibir su cálido aliento sobre mi rostro. Me incorporé rápida y al verme asustada, me dijo:

»—Tranquilizaos, Babet, soy yo.

»Volví a descansar la cabeza en la almohada y pregunté:

»—¿Qué hacéis aquí a estas horas, madre? ¿A qué venís? ¿Cómo no estáis durmiendo?

»—No puedo dormir —respondió—. No dormiré en mucho tiempo. Me atormentan unos sueños penosos. Apenas cierro los ojos, me viene a la imaginación todo lo que habéis sufrido. Hace rato que estoy a vuestro lado, temiendo despertaros. No podía resistir el deseo de ver si mi querida Babet estaba bien. Os he contemplado. ¡Qué grato es veros, incluso dormida!

»—¡Qué buena sois, madre! —exclamé, conmovida.

»—Me he enfriado, pero sé que no tengo nada que temer por vos, y creo que me dormiré tranquila. Dadme la mano.

»—Vais a enfriaros más, madre —dije, dándosela.

»—Tenéis razón. ¡Adiós, amiga mía: me voy!

»Pero no se marchaba y seguía mirándome: dos lágrimas se asomaban a sus ojos.

»—¿Qué os pasa, madre? ¡Estáis llorando! Siento haberos hablado de mis sufrimientos.

»Al momento cerró la puerta, apagó la vela y se abalanzó sobre mí. Me tenía abrazada, encima de la manta, junto a mí; pegaba su cara a la mía; sus lágrimas humedecían mis mejillas, suspiraba y me decía con voz quejumbrosa.

»—Querida amiga, tened compasión de mí. Estoy temblando, tengo escalofríos. Apartad un poco la manta para que me caliente y me sienta mejor junto a vuestro cuerpo joven y bien nutrido.

»—¿Queréis que os ceda mi cama?

»—No, no. No hace falta. Cabemos las dos. Dadme la mano. Tocadme; daos cuenta, estoy temblando.

»—¡Pobre madre! —exclamé al comprobarlo—. Vais a poneros mala. Venid, poneos en mi sitio caliente.

»Me eché a un lado, levanté la manta y ella ocupó mi sitio. Temblaba y me decía en voz baja:

»—Babet, amiga, acercaos un poco.

»Extendía los brazos; yo le volvía la espalda; deslizó su brazo derecho por debajo de mi cuerpo y el otro por encima, mientras me decía:

»—Estoy helada; tengo tanto frío que temo tocaros.

»—No tengáis miedo, madre.

»Enseguida puso una mano sobre mi pecho y la otra alrededor de mi cintura; tenía los pies debajo de los míos y yo trataba de calentárselos.

»—Así me caliento pronto —dijo—. Nada separa nuestros pies. Si fuese igual con todo el cuerpo, estaría mejor.

»—Si lo queréis…

»Me había vuelto; ella se había levantado su camisa y yo me despojé de la mía, con ánimo de serle agradable. Tan pronto estuve desnuda, la superiora me cogió de un pecho y exclamó:

»—¡Echáis fuego, hija mía! ¡Qué piel tan suave! Mira que confundirte con otra y encerrarte aquí… con lo que has sufrido…

»—Eso ya no tiene importancia.

»—Sí, sí; cuéntamelo otra vez. Dime cómo te trataba ese cerdo de Derancheon. Habla, hijita.

»Con cierta desgana, empecé a referirle cosas de mi vida. Ella era toda oídos y me escuchaba con tanto afán que se enardecía. Ahora lo comprendo, pero entonces sólo veía compasión, que agradecía, y aquellos estremecimientos que creía causados por la impresión de mis relatos.

»—¡Pobre niña! ¡Pobre criatura! —repetía, abrazándome con fuerza.

»Sin darme cuenta fui cambiando de postura hasta hallarme echada sobre la superiora. Sus piernas se alzaron para atenazarme los riñones; mientras sus brazos rodeaban y estrechaban con ansia mi cuello.

»El calor de sus fuertes pantorrillas, descansando en mi cintura, los apretones y el contacto con toda su carne, me producía una sensación tibia y penetrante que se extendía por todo mi cuerpo. Experimentaba un inexplicable bienestar, una inefable sensación, deliciosa, que transmitía a mis huesos, a mi carne, una especie de exudación de amor, algo así como el derramarse en mí una dulzura de leche tibia.

»—¡Qué buena sois conmigo! ¡Muy buena! —dije a la superiora —. Os amo y me siento dichosa a vuestro lado. No quisiera separarme nunca de vos.

»Mi boca se pegaba a sus labios ardientes, y así me quedé muy unida a ella. Después de besarla, sin poder contenerme, exclamé:

»—¡Ah, sí! Os quiero con toda mi alma… No sé explicar qué es… pero lo siento.

»La mano de la superiora no había dejado de moverse con destreza, acariciándome con acompasada lentitud. Al mismo tiempo su cuerpo se agitaba, casi imperceptible, debajo del mío. Su vellón, áspero y abundante, se entremezclaba con el mío, picándome con viveza y produciéndome unas cosquillas gratas y excitadoras.

»Me hallaba fuera de mí y experimentaba un estremecimiento tan grande que todo mi cuerpo temblaba. La superiora me dio, entonces, un beso tan apasionado que casi me paralizó, y exclamé:

»—¡Dios mío…! ¡Dejadme!

»Jamás un rocío tan abundante ni tan delicioso siguió a un combate de amor. Pasado el éxtasis y lejos de encontrarme abatida, me precipité con toda vehemencia sobre mi hábil compañera y me dispuse a comérmela a caricias. Tomando resueltamente la iniciativa, me apoderé de su mano y la conduje a la misma parte que ella había excitado antes tan bien y de manera espontánea.

»La superiora, viéndome de tal manera, se olvidó de sí misma y se comportó como una bacante extraordinaria. Durante un rato entablamos un combate de caricias, en el que ninguna de las dos queríamos quedar vencidas. A cada beso de amor, respondía otro de fuego; cada abrazo era pagado con cien abrazos más.

»¡Qué besos! ¡Qué abrazos! ¡Qué mordiscos! ¡Y qué gran agilidad tenía aquella mujer en todos sus miembros! ¡Qué flexibilidad de cuerpo! Se plegaba, se tendía y se enroscaba en el mío hasta aturdirme.

»Me hacía sentir el contacto de sus labios, de sus pechos y de sus piernas. A cada movimiento correspondía una sensación, a cada caricia una habilísima y excitante preparación, un anticipo deleitoso y prometedor del placer final.

»Yo ya no existía. Estaba embelesada. Quería corresponder cumplidamente a sus caricias; pero era inútil, porque cada beso mío era pagado con una lluvia de abrasados besos que mi maestra repartía desde la cabeza a los pies, produciéndome la sensación de ser comida y devorada por todas las partes de mi cuerpo. Su inconcebible actividad para las caricias lúbricas me enardeció de tal modo que no sabría describírtelo.

»¡Ay, mi Pauline adorada, si hubieses sido testigo!

»¡Ay, mi Pauline adorada, si hubieses sido testigo mirado en nuestros asaltos, jadeantes y enardecidos al tiempo, habrías podido comprender hasta qué punto llega el imperio de los sentidos en dos mujeres que se adoran!

»Un momento después mi cabeza se encontró aprisionada entre los muslos de mi luchadora. Creí adivinar sus deseos e inspirada por la lubricidad, me sentía dispuesta a complacerla. Empecé a mordisquear suavemente sus partes íntimas; pero yo respondía mal a sus deseos; sin duda me mostré inhábil. Entonces, mi maestra quiso darme una nueva lección; me cogió sobre ella, se deslizó bajo mi cuerpo hasta situarse convenientemente. Luego me entreabrió las piernas y me atacó inmediatamente con su boca.

»Su lengua de fuego, como un agudo estilete, penetraba en mí; se retiraba un instante para penetrar de nuevo; se agitaba, punzaba, se estrechaba, se movía incansable y viril buscando las partes más escondidas y procurándome en todas ellas un picor que me enloquecía. Yo me agitaba y retorcía como una perdida.

»¿Cómo explicarte mi dicha? Iba ofreciendo a su lengua aquellas partes en que más gustaba que me cosquillease, y ella, respondiendo diestra y sumisa a mis incitaciones, iba preparando el momento del espasmo.

»Todas mis partes estaban acariciadas. Había instantes en que, enardecida y agotada, quería huir de la lengua que me lamía y de los finos dientes que mordisqueaban con tanta pasión; pero era inútil, porque la lengua, incansable, me perseguía, produciéndome un deleite más intenso, hasta que perdido todo control, me puse a rechazar la cabeza de la superiora, a tirar de sus cabellos. Entonces, ella soltó su presa y empezó a tocarme más suave, a inyectarme saliva, lamiéndome o mordisqueando el vello y la carne con un refinamiento tan delicado y tan sensual que el solo recuerdo me hace rezumar de gusto.

¡Qué delicias más embriagadoras! ¡Qué rabia me poseía! Gritaba sin freno, me abatía en aquel abismo de deleites y me elevaba, extraviada, pero siempre la punta rápida y aguda de su lengua me alcanzaba y se hundía en mí. Sus dos labios delgados y firmes, apresaban mi clítoris y su boca lo pellizcaba y oprimía hasta sentir que me arrancaba el alma.

»Te juro, Pauline, que de este modo sólo es posible gozar una vez en la vida. ¡Qué tensión de nervios! ¡Qué latir en mis arterias! ¡Qué ardor en la carne y la sangre! Me abrasaba, me fundía y sentía una boca ávida, insaciable, chuparme hasta la esencia de mi vida.

»Te lo aseguro, me quedé exhausta y seca cuando debiera estar inundada de sangre y líquido. Pero fui muy feliz.

»—¡Ah, Pauline, Pauline! No puedo más… Cuando hablo de aquellos excesos, cuando recuerdo los momentos de placer, siento

en mí las mismas titilaciones devoradoras. ¡Quiero ser tuya! Mátame. ¡Deprisa!… ¡Más fuerte…! Bien, bien… ¡Yo me muero!

Pauline, aferrada a su presa, excitadísima, se comportaba peor que una loba famélica.

—¡Basta, basta ya, chiquilla! —repetía Babet—. ¡Me agotas, demonio! Te suponía menos hábil, menos apasionada; pero veo que te contagias y aprendes. ¡Así me gusta! Que se te contagie mi fuego.

—¿Acaso podría ser de otra manera, Babet? Con tu descripción hay que enardecerse. Y yo no carezco de sangre ni de vida para permanecer insensible.

Entonces Babet se acurrucó contra su amiga y, mientras la besaba con ternura, reposando un poco, la abrazó suavemente.

14

Convencida de la situación real que le esperaba, Pauline decidió salir de allí lo antes posible. Primero pensó escribir una larga carta, con ciertos reproches, pero confesando su amor, a Baudoyer. Enseguida rectificó su parecer al pensar que su tío aún ejercería la suficiente tiránica influencia como para no dejar que su joven amado la ayudase.

Optó, entonces, por dirigirse al conde de Barillot; único recurso de gran influencia que le quedaba. Para el conde fue un duro golpe saberla allí encerrada; pero ella supo convencerle para que realizase una visita al hospital y cuando se atrevió a visitarla, entre lágrimas y ternezas, le prometió irse a vivir con él si la ayudaba a salir pronto.

El conde, no sólo obtuvo su libertad, sino también la de Babet a quien Pauline recomendó con todo fervor.

Libres las dos mujeres, fuera de su prisión, no tardaron en disponerse a vivir con el frenesí y la pasión que tanto habían planeado; y desde el primer día se entregaron con más arrebato que nunca a sus extravagancias, sobre todo Babet, quien no se encontró satisfecha hasta, que ella y su amiga pudieron entregarse al primero que les cayó en gracia.

Lo descubrieron paseando por la calle Saint-Martín, a la altura de Grenier-Saint-Lazare. Se trataba de un apuesto teniente de caballería, de dragones para ser exactos; herido en un hombro, aún llevaba el brazo izquierdo colgado del pañuelo atado al cuello; había salido del hospital recientemente.

Babet lo abordó decidida, lamentando que un gallardo y guapo mozo se encontrase tan impedido para distraer a unas señoritas que

se aburrían paseando solas. El teniente no les hizo mucho caso, pero como ellas siguieron su camino, jugando esa indiferencia tan coqueta que saben poner las mujeres en sus caprichos, el hombre decidió intervenir, atraído, sobre todo por la elegancia y la sonrisa de Pauline, que interpretaba el papel de acompañante muda.

Apenas habían recorrido una docena de metros en mutua compañía cuando el teniente se vio en la disyuntiva de demostrar sus actitudes viriles frente a las dos mujeres. Babet le indicó, picaruela, que eran dos jóvenes provincianas recién llegadas a París; un tanto inexpertas, pero muy curiosas por vivir una de esas aventuras galantes tan pregonadas en la capital.

El teniente, que dijo llamarse Patrice Limonier, se burló de ellas; no las creía, pero estaba dispuesto a probar si eran tan valientes como insinuaban. Les pidió que le acompañasen al pisito de un camarada; éste no se hallaba allí, pero el anciano servidor que le atendía, les permitió entrar e instalarse a sus anchas.

Cuando estuvieron a solas en la habitación Babet se desnudó inmediatamente y dijo que debían ponerse así, como salvajes, para atracarse de placeres diversos que ni un dragón galonado podía imaginar en unas jovencitas como ellas.

Entre las dos procuraron toda clase de caricias a Patrice, cada una situada a un flanco, al punto de asombrar al joven oficial, entusiasmado por aquellas preciosas muchachas, cuyos deliciosos cuerpos se ponían a su entera disposición. No sabía a cuál admirar más ni cuál, de aquellos redondos globos carnosos, con los botones rosados bien erguidos, le complacía más.

Al final, Babet, fue la que alcanzó mayor gloria, ante la confusa Pauline. El apuesto teniente ya se había dignado hacer feliz a Pauline y a Babet por un igual. Aún proseguían intercambiándose infinitas ternezas, con manos y bocas, cuando Patrice, otra vez en buen estado, pidió a Pauline que se pusiera a cuatro patas; se situó tras ella y quiso jugar la hazaña de atacarle por el reducto más difícil. A pesar de la buena voluntad de la muchacha, no lo consiguió, y eso que ella hizo travesuras en el transcurso de la tentativa; pero su

voluntad la abandonó ante los síntomas de dolor, y la desilusión del teniente fue grande.

Babet se prestó a ocupar su puesto y consiguió complacerle, aunque fue en medio de tal confusión verbal, mezcla de placer y de dolor, que la misma Pauline se sintió trastornada y ansiosa de probar nuevamente.

Pero ambos cayeron agotados, uno al lado del otro, y Pauline no supo a quién de los dos prodigar más besos y caricias, para reanimarles y recordarles su presencia.

Se sentía molesta por no haber llegado a la altura receptora de Babet, pero lo avanzado de la hora y la situación, poco combativa del teniente, ya no le permitían más satisfacciones; sin embargo, proseguía acariciando con sus dos manos aquella arma, como si pretendiese conservar en sus palmas la huella de su seducción.

El criado entró en la habitación. Había creído que estaba vacía, que ya se habían marchado, y descubrió a las dos muchachas completamente desnudas sobre la cama. Se paralizó, estupefacto, la lengua entre los labios y enseguida preguntó si podía tocarlas un poco. Afirmó que ya no podía hacer otra cosa, y con acento de real destreza, aseguró que jamás había visto en el curso de su triste vida unas bellezas semejantes.

Como el teniente reposaba inservible por su gran esfuerzo, a Babet le pareció interesante probar; Pauline, que aún sentía sobre sí la insatisfacción de su fracaso, dijo que estaba dispuesta a comprobar la eficacia de sus caricias.

Las dos se situaron al alcance de las manos del hombre; cada una se ocupaba diestramente de la intimidad de cada muchacha mientras sus labios jugueteaban con aquellos cuatro botones rosados, tan erguidos como puntas de alfiler. El doméstico lo realizaba con tal arte que las dos se dejaron ir, gozosas de voluptuosidad y satisfechas por tan sabias manipulaciones.

El criado les dio las más expresivas gracias, emocionado por aquel abandono tan total y les prometió ser complaciente con ellas si en cualquier momento necesitaban de sus servicios o de aquella

casa; hecho que ellas agradecieron y decidieron tener en cuenta. Luego; sin esperar que el teniente de dragones se repusiese de su agotador esfuerzo, se vistieron y se marcharon, rápidas.

Pauline acudió a instalarse en el pisito del conde de Barillot y se sometió a todos sus caprichos, con el ánimo de corresponder a su generosidad, de la cual estuvo viviendo con suma holgura.

Babet, que no deseaba regresar con Derancheon, sobre todo después de conocer el trato dado a su amiga, olvidándose de cuanto le ataba a ella, decidió acudir a la Prefectura de policía con ánimo de inscribirse como prostituta para que le entregasen la *carte* y ejercer su profesión sin graves riesgos. Incluso llegó a instalarse en casa de la Dubuisson, en la calle del Ponceau; un excelente burdel, bien cuidado y con cierta elegancia, que sólo se cuidaba de atender las necesidades de los sacerdotes y religiosos.

Pero a pesar de esta vida tan dispar, ambas amigas no dejaban de verse con bastante frecuencia. Pauline, cuando el conde comía en la ciudad, invitaba a su amiga en el fonducho de la calle Oratoire. Se divertían con las historias, los amores y los celos que apasionaban a las clientes, sin perder con ello el equilibrio. La señora Gourdan, con su altivez peyorativa, la invitaba a pasar unos días en su finca de Asnieres, una casa de campo con habitaciones para siete mujeres, a donde acudían señores de París que las columpiaban y jugaban con ellas en los términos más comedidos.

Otras veces las dos mujeres se dedicaban a recorrer las calles de París, divirtiéndose en sus encanalladas travesuras; seguían infatigables los bailes y los cafés de un barrio, subiendo escaleras húmedas de escupitajos y de cerveza vertida, caminaban despacio, arriba y calle abajo, plantándose de pie contra las puertas cocheras. Cogían algún cliente, al que hacían pagar por sus servicios, divertidas y satisfechas por hacer aquello que les gustaba, sin necesidad de ello para nada, pero sólo por el hecho de sentirse libres.

En aquellas correrías tuvieron ocasión de pertenecer a jovenzuelos, a viejos, a curas y a una buena cantidad de militares.

Luego, muy modosamente, regresaban a sus respectivos puntos de partida: Pauline con su conde, al que ya empezaba a engañar con un cuñado suyo, más joven y no por ello menos espléndido que su protector; y Babet a casa de la Dubuisson, en donde se cuidaba de las especiales atenciones que le prodigaba un monseñor encaprichado por ella.

En una de aquellas extraordinarias correrías, generalmente desbordadas de excesos, estuvo a punto de ocurrir una catástrofe.

El padre de Pauline nunca se había distinguido por llevar una existencia muy ejemplar; pero en vida de su esposa trataba de ocultar cuidadosamente sus escarceos con mujeres. Pero desde que enterró a la mujer ya no tuvo control de sus aventuras.

Al principio de su soledad, entristecido por la pérdida de su compañera, se dedicó a viajar; fue a Bélgica y a Londres, con ánimo de divertirse todo lo posible; pero acabó por regresar a su hacienda y ahora buscaba las distracciones por París.

Una tarde que se paseaba por el barrio de la Nouvelle-Halle dio la coincidencia que se encontró con Babet. La mujer, viendo a un hombre cuyo aspecto exterior anunciaba opulencia, no tuvo escrúpulos en sonreírle con cierta coquetería.

Esta apetitosa señora, ya algo metida en carnes debido a su buena vida, tentó al hombre débil que buscaba el peligro. La abordó y fue acogido con buenos ojos.

Por el camino hacia el particular nido que las dos mujeres se habían instalado para disfrutar sus privadas aventuras, Babet le alabó las gracias y los encantos de una compañera que tenía y que, al decir de ella, le sobrepasaba en belleza.

—Debe ser adorable —le respondió el hombre, entusiasmado por la descripción—; si ella os supera; porque vos sois encantadora.

Llegaron al bello apartamento en el cual una sola luz daba una media claridad que matizaba de cierto misterio todo el ambiente.

Pauline se encontraba echada sobre un sofá, durmiendo o fingiendo dormir, con objeto de mostrarse más atractiva y sugeridora.

El hombre débil, conducido por Babet, quedó encantado ante las exuberantes formas que apenas velaba la mujer. Se aproximó a ella y casi temblando de emoción empezó a recorrer con sus manos acariciadoras aquellos contornos incitantes, hasta que rendido por la excitación se arrodilló junto a ella y empezó a prodigarle suaves y amorosos besos en los cabellos y la frente.

Pauline, fingiendo despertarse, entreabrió los ojos y reconoció… a su padre.

A pesar de toda la corrupción que ya existía en ella, el horror la hizo estremecerse y girar la cabeza súbitamente para no ser reconocida. Sin embargo, el hombre ya se volvía más apremiante y emprendía unas caricias más libres y audaces.

Pauline saltó del sofá, tratando de cubrirse el rostro, e intentó escaparse. El hombre la retuvo, la abrazó fuertemente e, intentando besar su boca, se esforzaba por acostarla nuevamente sobre el sofá.

—¡Dejadme! —exclamó ella, con voz entrecortada.

Aquel grito sacudió el corazón del padre; le trajo ecos lejanos a sus oídos y le pareció que era la voz de su hija. Se detuvo y pidió:

—¡Dejad que os vea! Permitidme que os vea.

Pauline se oponía a sus intentos con toda su fuerza. Él se obstinaba, casi violento. Ella, espantada, hizo un último esfuerzo, rechazando a su padre. Pero al fin, él consiguió arrebatarle el velo… y descubrió… a su hija.

Ante esta visión, infinidad de encontrados sentimientos se agitaron dentro de sí: la vergüenza, el furor, la misma ternura; una mezcla de todas estas pasiones, igualmente crueles en aquel momento horrible, le hicieron experimentar un suplicio atroz.

Se le saltaron las lágrimas.

—¡Desdichada! —exclamó—. ¿En dónde te encuentro?

—¡Padre mío! —dijo Pauline.

—¿Su padre? —repitió Babet, que entraba en la habitación—. ¿Cómo? Señor, vos que venís a ver a las jovencitas, cometeríais un crimen a la vuestra…

Pauline le hizo señal de que se callase y de retirarse. Luego, en todo aquel desorden, se arrojó a los pies de su padre, quien no sabiendo nada mejor que hacer, le tendió las manos.

—Salgamos de aquí inmediatamente —le dijo—. Abandonemos este lugar maldito. Todo te es perdonado y que todo quede en secreto.

Se marcharon enseguida; y este padre, que sin duda la hubiese castigado severamente, cogido en su propia falta, se vio reducido a una vergonzosa indulgencia.

De regreso a casa de su padre, Pauline se dispuso a confesarle todas sus andanzas; animada, sin duda, por el extravío en que ella le había visto cuando estaba dispuesto a caer sobre ella.

Este desgraciado padre se puso furioso cuando supo la verdad de la huida de su hija; se indignó de tal manera contra L.D.M.E. que redactó un memorándum, para presentarlo a la Justicia a través de amigos poderosos. Toda la perfidia del seductor fue expuesta bajo los más negros colores, que eran los verdaderos. Pauline, por el contrario, quedó representada como una hija inocente y más desdichada que criminal.

La indignación cayó como castigo sobre el seductor; se le entregó, en nombre del Príncipe, una orden por la cual L.D.M.E. tenía que escoger entre casarse con Pauline inmediatamente o ser encarcelado para el resto de sus días.

El cobarde prefirió el matrimonio y se casó con Pauline.

La boda, como correspondía al rango de ambas familias, constituyó un festejo apropiado a la ocasión. Por otra parte, se trataba de restablecer la honorabilidad de la seducida hija, y su padre no aceptó que L.D.M.E. se casara en una intimidad reducida, como pretendía.

Por otro lado contaban los amigos y los familiares; las gentes que los conocían y sabían del injusto trato, dado a la hija encontrada y al fin vuelta al hogar paterno.

Monseñor de Preval, inquisidor y gran amigo de la familia de Pauline, se encargó personalmente de preparar y celebrar el

matrimonio con la ceremonia requerida, que sirviese de purificador castigo a la falta cometida por los contrayentes.

La celebración se efectuó en la iglesia de Saint-Paul; pero antes casi al amanecer, los novios fueron conducidos a la presencia del santo varón que deseaba purificarlos. Se trataba de un anciano de unos ochenta años; blanquecino, quebrantado por las laceraciones, sangrante sin duda bajo el cilicio oculto, que no se quitaba nunca. Se hallaba en una habitación cuya riqueza mobiliaria, los tapices cordobeses, los arbustos, los cristales emplomados y los lienzos contrastaban con la desnudez de otras piezas.

Recibió a los novios y ante la presencia de los familiares más allegados, celebró una ceremonia de purificación, exhortándoles con profundas palabras de amor cristiano. Al final les dijo:

—Hacéis bien, en amaros, jóvenes corazones elegidos. Yo también conozco el amor, sus efusiones, sus llantos, sus ansiedades y sus temblores celestes. De amor se consume mi corazón; porque el amor es la ley de la vida, el manantial de la santidad. Sí; he tomado a mi cargo uniros para que el fin y la esencia misma del amor, que es únicamente de Dios, no pueda turbaros con demasiadas codicias carnales; porque la concupiscencia, ¡ay!, puede provocar a los sentidos si se retrasa la legítima posesión con mi noviazgo duradero. Vuestras plegarias podrían volverse distraídas; y la obsesión de vuestros pensamientos oscurecerían vuestra pureza natural. Ahora vais a casaros para acordarse de lo que es real en vuestro amor, que ya tiene sed de apagarlo, de entretenerlo y de disfrutar sus delicias. ¡Así sea!

Y monseñor de Preval bendijo a la pareja y a los familiares; luego les invitó a pasar al recinto sagrado y allí se reunió con ellos para concluir la celebración. El austero anciano, dándoles un abrazo les dijo casi al oído:

—Ahora, hijos míos, ya que habéis pasado la prueba de la felicidad, os devuelvo a la vida y a vuestro amor; pues considero que de ahora en adelante, vuestras plegarias a Dios serán menos distraídas que en el pasado.

Una escolta de lacayos, servidores y familiares acompañó a la pareja a su mansión. Allí les esperaba una fiesta y todo fueron rumores de gozo y palabras de alegría. Sin embargo, durante el banquete de bodas todos los nobles convidados percibieron, no sin asombro, que entre los esposos había una especie de malestar disimulado, muy breves palabras, miradas que se huían y frías sonrisas.

No obstante, todo el mundo se mostraba alegre. Sí, muy alegre. Después de la comida aún continuaban más de doscientos convidados, amigos, familiares y relaciones sociales. Para todos corría el vino a chorros.

Aquello resultaba un desfile; era toda una fiesta, un alocamiento desbordado de aristocracia y terratenientes, las conveniencias, las convenciones sociales y el saber vivir: como si hiciera falta convertir aquel día en un acontecimiento histórico que debía ser recordado por todos los invitados.

Al final ya eran poco más de las diez de la noche cuando la gran mayoría de los invitados, después de una gran y festejada jornada, se habían retirado. Sólo quedaron los íntimos: el padre de Pauline, parientes cercanos de ambas familias, amigos queridos; unas treinta personas en total.

Entonces se sentaron todos a una nueva mesa preparada en un salón más acogedor. Allí se sirvió otra larga comida que duró más de dos horas, al cabo de las cuales Arlette, la madrina y hermana del padre, despidió a las servidumbre y a los músicos que habían amenizado la fiesta con continuos sones.

Casi todo el mundo estaba bastante bebido y de buen humor. La tía Margarita, que no soportaba el champaña, bebía más que nunca a causa, decía, de celebrar el encuentro de la hija pródiga; incluso fumaba. Los familiares se felicitaban, serenamente y satisfechos, de haber concluido un buen matrimonio, después de grandes vicisitudes, y se invitaban a visitarse mutuamente en sus propiedades del campo.

Se charlaba, se bebía y seguía la charla mientras una pareja de músicos, que había reemplazado a la banda, amenizaba el ambiente. Entonces el padre de la desposada hizo traer su mejor Armagnac, celebrado por las lenguas que aplaudían mientras sus voces lanzaban un ¡Ah! de aprobación.

El Armagnac resultó excelente y entre sorbo y sorbo, los tragos y las degustaciones, el licor acabó con la tía, la madrina y la desposada. Los hombres, por su parte, reían como si quisieran probar su resistencia al alcohol, y fumaban, bebiendo suavemente, con los ojos entornados y haciendo un pequeño ruido de saboreo.

Las conversaciones se habían vuelto más libres, más desatadas, y entre la mayoría de los hombres circulaban las historias de faldas.

El comportamiento singular de L.D.M.E. vejaba ligeramente a Pauline, aunque ésta ya había comprendido enseguida que nada iba a ser igual a como debería serlo en circunstancias normales. Sin duda el marido tenía muy presente ciertos hechos, y ello era causa de su apatía o su belicosidad.

Pauline no se atrevía a moverse, porque voluntariamente no podía marcharse a su dormitorio, ni hacerse acompañar. Su marido no se ocupaba de ella; hundido en un sillón de brazos acolchados, dormitaba allí con la boca abierta y un vaso medio vacío en la mano. De vez en cuando abría los ojos, sonreía, bromeaba y bebía un trago, pero pronto volvía a caer en un torpor profundo.

La situación se hacía comprometida. Los desposados ya debían haberse retirado. Algunos invitados deseaban irse, pero, ¿cómo despedirse de los tórtolos? Y, ¿cómo sugerir a los demás que dejasen solos a los recién casados?

Estas indecisiones resultaban muy visibles en Francine, una amiga de la infancia que asistía con su marido Jean; junto a ellos estaba Babet con Patrice, el apuesto teniente de dragones, haciendo el falso papel de marido suyo. Pauline acudió a reunirse con ellos y Francine, que estaba muy familiar con la desposada, le preguntó si no sería bueno despedirse todos juntos a ver si el ejemplo cundía entre los demás.

Pauline consideró esta sugestión como insuficientemente motivada; por otra parte, ya no sentía ganas de quedarse a solas con su marido. Dijo que el nuevo estado la asustaba y que en principio era mejor que los demás continuasen fumando, bebiendo y hablando de sus asuntos.

La eterna tristeza de la desposada, un poco desengañada, velaba la mirada de Pauline, quien al acercarse a Babet no pudo contenerse más tiempo. Volvió un poco la cabeza a un lado y se puso a llorar en silencio.

Aquello era más bien triste y ya no era cuestión de marcharse y tratar de que regresara al salón llorando. Entonces Francine rogó a su marido que volviese al salón, para ver si no se inquietaban por la ausencia de la desposada, y tranquilizar a la familia diciéndoles que las mujeres hablaban de trapos y de peinados.

Cuando Jean regresó, lo hizo acompañado de Josiane, la esposa de un importante abogado que estaba de viaje por un asunto importante en provincias. Pauline se hallaba delante de Babet. Continuaba de pie y llorando tan suavemente, a pesar de las palabras cariñosas y terriblemente tiernas que su amiga le prodigaba.

Francine, junto a ellas, le recordaba las atenciones tenidas por la tía Margarita, el señor de Anville, la madrina e Yvounet, mientras le cubría el rostro de besos cordiales.

Pauline guardaba silencio, como si hubiese preferido no encontrarse allí. Parecía absorta por las melancolías, hasta que volvió su cabeza a Jean y le miró tiernamente. Este la cogió entre sus manos y se puso a enjugar las mejillas de la desposada con su pañuelo blanco.

Babet le rogaba que no estuviese triste, que no tenía motivos para ponerse melancólica. Jean la persuadía de que aquello se debía a la emoción del gran día; y de nuevo se lo repitió con tiernas palabras. Pero ella se sentía totalmente abandonada.

De pronto los dedos de Jean comprendieron cuánta audacia existía en acariciar de aquella manera la nuca de Pauline, quien se

dejaba hacer, sonriéndole melosa.

Aquello fue como un relámpago.

Francine y Jean, con Josiane y su marido solían frecuentar los salones de Madame Gérard, en las cercanías de Chaillot, en donde se recibía a gentes de todas clases, artistas y bohemios entre otros, y en donde, aparte de profundas asambleas artístico literarias se practicaban libres y divertidos juegos sexuales, que nadie se atrevía a declarar.

La situación presente no tenía nada comparable con aquellas de los encuentros parisienses, celebrados por la tarde de cinco a siete; sin embargo, Jean pensó por un instante que se podía llegar a ellas; y retiró su mirada, cada vez más insistente, del rostro de Pauline.

¿Consentía Pauline? ¿Lo había adivinado? ¿O era que el sueño o la tranquila confianza en el marido de una amiga de la infancia no le dejaba ver el peligro? ¿O tal vez era porque no podía imaginar que pudiese sucederle algo ante los cinco testigos que la rodeaban?

Tanto es así que Pauline no cesaba de darle las gracias a Jean por ser tan bueno con ella, mientras Francine continuaba hablándole en voz baja en el hueco de su oreja, y soplándole bajo el cuello, repitiendo que sólo estaba excitada por ser *el día más hermoso de su vida*; que sólo estaba fatigada y feliz por haberse casado con un marido estimado por todos.

Francine añadió que el marido se encontraba agotado por la magnificencia de la recepción y, sin duda, por sus próximas obligaciones.

Sin embargo, Josiane ya había dado discretamente una vuelta a la llave de la puerta, para que nadie pudiera sorprenderlos. Jean seguía sosteniendo entre sus brazos la cabeza abandonada de Pauline, a la cual presentaba sus deseos de dicha.

—Gracias, gracias —repetía la desposada, con voz vacilante.

Josiane le robó un beso, Jean le dio otro beso, Pauline cloqueó satisfecha y risueña en su abandono, y Francine volvió a empezar sus susurros, esta vez sobre el cuello y luego sobre el bozo de la nuca, mientras Josiane empujaba suavemente el torso de Pauline.

Entonces se puso a admirar la nobleza del tejido y colocó la pierna de la muchacha contra la pierna ofrecida por Jean.

—Se acabó, se acabó, sí —murmuró éste—. Tú ya no estás triste.

Y aproximó sus labios…

Pauline dijo que no con la cabeza, molesta, roja. No se atrevía, no quería, no trataba de comprender.

Pero Josiane y Francine la encuadraron; la primera no cesaba de consolarla, como si verdaderamente la desposada continuase llorando; y la otra repetía continuamente, igual que Jean, que todo había acabado, que ya no estaba triste e iba a encontrarse muy feliz en la propiedad bretona de su marido.

Pauline se volvió floja; sus pies oscilaron sobre el suelo y se puso a escuchar el sonido de su propia voz:

—Yo… sí… Creo que era la fatiga —murmuró quedo.

—Ya se ha acabado, ¿no? —volvió a preguntar Jean, levantando de nuevo su nuca, con la cabeza ligeramente inclinada sobre la de la mujer.

—Sí… —respondió Pauline, en un suspiro.

Entonces Jean sacó su pañuelo y enjugó su rostro, quitando los cabellos rubios que tenía sobre las mejillas.

Cuando la desposada cerró los ojos, Jean, Josiane y Francine no tuvieron más que un solo pensamiento.

Este se apoderó del ánimo de Jean, quien entonces avanzó la cabeza un poco más y besó a la desposada en la mejilla, mientras todavía enjugaba su rostro. Pauline cerró los ojos cuando el pañuelo tocó sus pupilas.

Jean la besó en los labios.

Pauline se agitó un poco; su mano se apoyó en el torso de Jean, resistiendo ligeramente; pero Josiane y Francine habían comprendido el peligro. Se enardecieron, acorraladas por la audacia, para evitar el escándalo.

—¡Eh, eh! —exclamó Babet enfrentándoseles—. ¿Se puede saber qué hacéis?

Había permanecido en un rincón, junto a su adorado y apuesto teniente. Se apresuró a acudir en ayuda de Pauline.

—¿Qué te hacen, tesoro? ¡Cariño mío! —decía consoladora y afectuosa.

—¡Cállate! —suplicó Pauline, melosa—. No es nada. Tú y yo nos queremos, no vamos a separarnos nunca, y ellos me quieren…

Babet la tomó de los brazos y la besó suavemente en las mejillas mientras Pauline, con su mano derecha, le cogía de la cabeza y la apretaba contra ella.

—Déjalos —repetía quedo—. ¿No te gustaría hacer cornudo a mi marido?

Y Pauline reía suave, medio adormecida por los efectos del vino ingerido; y su amiga también rió. Pronto, todos sonreían comprensivos, juguetones.

Francine se puso a lamer la nuca de la desposada, en el mismo bozo y a lo largo de la columna vertebral, donde las manos expertas de Babet desabotonaban el vestido.

Inmediatamente la despojaron del vestido, que cayó a sus pies.

Jean paseó su sexo a lo largo del brazo desnudo de Pauline, mientras Josiane se inclinaba a besarle la playa espesa y el interior de los muslos.

Se hizo el silencio, con sólo unos pequeños gritos de Pauline; gritos como de grillos, divertidos y complacientes.

Continuaba meciéndose sobre sus piernas, bien separadas por Francine y Josiane, mientras Jean le decía muy bajo palabras sin sentido, pero que servían para besarla en la boca. Los labios de Josiane chupaban en la vagina de la desposada, mientras las manos de Babet la despojaban del corsé y acariciaban sus pechos. Luego, el teniente, a una señal de Babet, cogió a Pauline por delante, antes, incluso, de que ella pudiera comprender bien qué sucedía.

Pauline pronunció unas palabras desordenadas, diciendo que no comprendía nada, pero que se divertía mucho, y preguntando, con ojos desmesuradamente abiertos quién era el guapo que la hacía tanto bien.

Y cuando Patrice eyaculó en ella, Pauline acogió con un gran deseo del que sus propios dedos se asombraban, la verga de Jean y lo masturbó.

Tampoco opuso ninguna resistencia cuando Jean la acostó sobre la alfombra, ni cuando Josiane le dijo que la puerta estaba bien cerrada, ni cuando Francine y Babet la besaban en los labios y en los senos mientras Jean la embestía espasmódicamente.

Jean se retiró de su vulva llena de esperma y Josiane hundió su cabeza entre sus muslos y succionó aquel nido, bebiéndose el licor que lo empapaba, entre los gemidos tiernos y voluptuosos de la desposada, cuyos labios besaba Babet mientras Francine lamía sus senos y las axilas.

Finalmente, agotada y desmayada, acordaron acostar a Pauline y Francine fue a decir al padre y al marido que se había dormido a causa de la fatiga y la habían acostado.

15

El matrimonio estaba condenado al fracaso, aun cuando Pauline guardó la esperanza de que su marido quisiese serlo de verdad y todo se encauzara en el buen camino.

Sin embargo, la actitud tan singular mostrada a lo largo de los días anteriores, y sobre todo el mismo día de la boda, la convenció rápido de su error. Tenía que separarse, y ya no le quedaba más que arrastrar su nombre por el fango.

Al día siguiente se lo comunicó; se separaban. Cada uno viviría por su lado y ella, como había sido corrompida por él, podría entregarse a toda clase de desórdenes, porque eran obra suya y la vergüenza debía caer sobre él.

Dos días más tarde invitaba a cenar con ellos a Francine y a su marido; la velada transcurrió muy divertida hasta el momento en que Pauline pidió a Jean que la poseyera, que estaba deseosa de gozar en sus brazos.

L.D.M.E. se encolerizó con su esposa, pero al final tuvo que dejar que ella se encerrase en su cuarto con los dos amigos.

Pauline volvió a ver al conde de Barillot y a entrevistarse con el teniente de dragones; pero sus mejores números se cifraban en subir a su casa con algún desconocido y hacer visible a su marido que se acostaba con él.

Cuando L.D.M.E. pretendió denunciarla, molesto por tanta desvergüenza, ella confesó que se veía obligada a hacer aquello para complacerle; que era un sucio y que sólo viéndola gozar con otros él era capaz de ponerse en forma.

Como ya se estaba prevenido contra L.D.M.E., por su anterior actuación respecto a la muchacha, se otorgó la orden de privarle de su libertad y fue conducido a un correccional.

Pauline tampoco quedó impune.

Después de su matrimonio y del encarcelamiento de su marido, volvió a reunirse con Babet, y durante algún tiempo las dos infames se entregaron a toda clase de excesos; al fin fueron detenidas a causa de un escándalo que unos libertinos provocaron en sus aposentos; y se decidió encerrarlas.

Pauline creyó que saldrían pronto, y se dispuso a escribir a los amigos de mayor consideración; pero algunos, entre ellos el conde de Barillot, que ya estaba un poco cansado de la volubilidad de la mujer, hicieron lo posible para que su encierro fuese a perpetuidad.

Pero en esta vida no todo es eterno; los tiempos cambian y con ellos los gobiernos. Casi transcurrieron cinco años de cautividad cuando un considerable cambio sobrevino en la administración: París estaba en armas. La Revolución caía para todos y entre el 3 y el 4 de septiembre, después de haber sido asaltadas la Force, la Abbaye, la Conciergerie y Châtelet, le tocó el turno a Bicêtre y a la Salpêtrière.

Fue ésta una operación que entusiasmaba a todos los canallas y bribones de París. La reservaron para el regreso de la incursión a Bicêtre, y en ella tomaban parte todos los rufianes y antiguos soplones de la capital.

Por la tarde del 3 se encaminaron a Bicêtre. Allí hicieron salir a los Cabanistas, pero se les juzgó con menos exactitud que en las prisiones ordinarias: apenas si fueron examinados y ello, debido a dos razones: la ecónoma, muerta al principio, no pudo facilitar los registros; y luego, porque se sabía que eran execrables sujetos que la Revolución no había liberado. Se les fusiló en el patio; y aquellos del correccional que se encontraban en la planta baja y en el patio de cabañas, intentaron defenderse con armas, pero fueron aniquilados.

Y esto fue todo lo que sucedió en este correccional, a propósito mal amalgamada a un hospital.

Pero faltaba por realizar la otra operación, la que entusiasmaba a todos por encerrar unas peculiares características.

Existía allí una desdichada, la mujer Desrues, la cual, después de una larga prisión en la que se divirtió lo suyo y tuvo un hijo de la Dixmerie, según decían, al fin había sido azotada y marcada en sus blancos hombros, como más tarde lo sería la Lamothe, y encerrada en la Forcé de la Salpêtrière para el resto de sus días. Esta mujer, según se dijo, fue el principal motivo de una expedición contra las mujeres del hospital. Se decía que era intrigante, mala, capaz de todo, que había testimoniado muchas veces con tal de tener la alegría de ver a París nadando en sangre y sucumbiendo al fuego.

A las siete de la mañana los bribones fueron acompañados por dos bandas, para impedir el desorden, se dijo. Llegaron. Un hombre del pueblo exclamó a voz en grito, en medio del patio:

—¡A por la superiora! ¡La superiora! ¡Hay que comenzar por ella!

Esto no formaba parte del plan.

La superiora y las demás monjas, que se habían presentado, testimoniaron su temor ante la presencia que les causaba este hombre.

—¡Esperad, esperad! —les dijo un marsellés—.A ése voy a leerle la cartilla. Habla según un testigo ocular; así que lo quitaré de en medio.

Y le hundió el cráneo de un sablazo y luego lo colocó contra una pared. Se hicieron abrir las puertas de la cárcel de mujeres. Todas danzaban de alegría, como al principio sucedió en otras prisiones, porque creían que estaban allí para liberarlas.

Aquí se procedió a un registro; se las llamaba por grado de antigüedad. Se leían las causas de su detención, se las hacía salir de su corredor y se las mataba en otro.

La Desrues fue la cuarta o quinta, y ella fue quien anunció su suerte a las demás gracias a sus horribles gritos, porque los bribones se entretuvieron en hacer con ella las mil indignidades. Su cuerpo no quedó exento de ellas después de su muerte. Las gentes de esta

condición no tienen horror al crimen; pero como habían oído decir que era tan bella…

¡Ah, si la famosa Lamothe se hubiese encontrado allí, como la habrían tratado!

Cuarenta mujeres fueron matadas.

Pero mientras sucedía esta escena sangrante en la parte de la Forcé, los otros pabellones eran recorridos por los libertinos, los bribones de Francia y de toda Europa. Al principio los chulos trataron de libertar a sus amiguitas. ¡Había que ver esta escena! En ella no había nada de sangrante, pero jamás pudo existir tanta obscenidad.

Todas aquellas desdichadas ofrecían a sus libertadores y al primer llegado que les tocaba lo que ellas llamaban su doncellez. Pero apartemos nuestras miradas de este cuadro y pongámosla sobre otro, que no será más decente, ni más tranquilo ni más moral, pero que al fin no ofrecerá la degradante imagen de una doble corrupción.

Los chulos y los hombres groseros del populacho sólo habían entrado en la Forcé de las mujerzuelas; pero otros libertinos, más delicados, aunque posiblemente más corrompidos, penetraron en el asilo de las muchachas de la casa; es decir, donde se educaba a estas chicas.

Estas infortunadas llevaban allí una triste vida. Siempre en la escuela, siempre bajo la vara de una dueña, condenadas a una soltería eterna, a una mala y desagradable alimentación, esperando, sólo, la dicha de ser requeridas por alguien que las emplee de sirvientas o de aprendizas de una profesión dura. ¡E incluso así, qué vida! A la menor queja de un patrón o de una dueña injusta, se las recogía para castigarlas dentro de la casa. Y fue sobre estas degradadas, arrojadas por casualidad a la sociedad, sobre quienes cayó lo que Europa tiene de más inmoral y más canallesco.

Los libertinos recorrieron todos los dormitorios, en los que acababan de levantarse las chiquillas; aquéllos escogieron las que más les agradaban, y, tumbándolas sobre sus propias colchonetas y en presencia de sus compañeras, las gozaban.

Alguna de las jovencitas no fue violada, porque se resistió; pero la mayoría, envilecidas como las negras, obedecían a la señal de acostarse; y aquellas que lloraron más fuertemente, debieron acompañar a los libertinos.

Algunos jóvenes, más honestos y sólo curiosos, se las reservaron llevándoselas; pero éstas solían ser las más bonitas. Como entre estas chicas muchas eran hijas de pobres gentes casadas, sucedía que ellas tenían hermanos y hermanas en la ciudad o en el campo. Un joven cervecero del *faubourg* Saint-Marcel erraba por todos los dormitorios, buscando; al fin descubrió una muchacha que un joven alemán revolcaba. La joven ponía cierta resistencia y el alemán la amenazó con abofetearla. En ese momento el cervecero se abalanzó sobre él y le golpeó con un bastón. Toda la maraña se volvió contra el mozo.

—¡Eh! —les gritó el cervecero—. Se trata de mi hermana. ¿Queréis que deje besarla en mis narices?

Entonces todo el mundo se puso de su parte y dejaron que se la llevase.

Una de las jóvenes más bonitas se encontró perseguida por un mozo carnicero, que la agarró cuando ella saltaba sobre una colchoneta. La cogió por donde pudo y ella lanzó un grito. El carnicero, sin preocuparse, se dispuso a violarla cuando ella le dio la cara.

—¡Caramba, hermano! —exclamó ella.

El carnicero se detuvo, se puso los pantalones y se llevó a su hermana.

Pero no todas las muchachas que pertenecían a los arrabales tuvieron tanta suerte; muchas de ellas no reconocieron a sus parientes más que después de ser violadas por ellos.

Hubo una que tuvo mucha suerte. Se trataba de una joven rubia, posiblemente la más agraciada de las muchachas del hospital. A la casta de los violadores, se cubrió el rostro con un emplasto y embadurnó todo lo demás que quedaba por descubrir. Enseguida se puso a observar a todos los que entraban hasta que distinguió entre

ellos a un hombre de unos cuarenta años, fresco, que buscaba con la vista y parecía sonreír a todas las feas.

Jacinthe Gando, así se llamaba la chica, se despojó del emplasto y ocultando el rostro tras un pañuelo, corrió a echarse en sus brazos, gritando:

—¡Papá, papá! Sálvame.

Y se apresuró a enseñarle su rostro encantador. El hombre la cubrió con su abrigo y se la llevó, diciendo:

—¡Es mi hija!

Una vez que llegaron a casa del hombre, la chiquilla se echó a su cuello y le dijo:

—Haced de mí lo que queráis, pero no me devolváis nunca al hospital.

El hombre quiso saber si le había sucedido algo, y trató de asegurarse. Enseguida la trató con ligereza y la hizo acostarse con él, a pesar de que estaban en casa los criados, pero no se inquietó por ellos. Encontró que la muchacha tenía un excelente corazón y cualidades encantadoras. Cuando la vistió como una señorita, la convirtió en una de las más bonitas de París.

¿Qué sucedió después? Como la convirtió en madre de un hijo, que nació al principio de mayo, acabó por casarse con ella.

Esta imagen consuela un poco, aunque la conducta del hombre no fuese muy pura, en principio; pero destruye la violenta imagen de las alumnas que albergaba el saco de la Salpêtrière.

Olvidemos este desdichado septiembre que será famoso algún día en nuestra historia, y digamos que en esta barahúnda salieron, también, Pauline y Babet. También quedó en libertad L.D.M.E., aunque no hizo nada por reunirse con su esposa. Ambos vivieron separados, haciendo lo posible por no verse.

Pauline fue a vivir a casa de su padre, que había muerto en aquellos tiempos, y luego trató de encontrarse con Babet, a quien había perdido desde el día de la revuelta. Cuando la encontró fueron a instalarse en la calle de Chantre, donde montaron su nido de amor público.

Pauline aún se encontraba de buen ver, apetecible, a pesar de tantas desgracias y su libertinaje; Babet, en una semioscuridad aún podía hacerse pasable; pero como se adoraban, y no podían pasarse la una sin la otra, corretearon por las calles de París a la busca de incautos que pagasen sus diversiones. Uno de los lugares que más frecuentaban eran las tardes del Palais-Royal.

En cierta ocasión que recorrían las avenidas del recinto, convertidas en verdaderos murciélagos de Venus, Babet descubrió a L.D.M.E.; como ella no podía ser reconocida, lo abordó enseguida y supo engatusarlo para que la siguiese hacia los tilos, en donde le presentó a su esposa. Esta se hallaba en el interior de su carretela, y en tal oscuridad que su marido no pudo reconocerla.

L.D.M.E. se dispuso a tomarse ciertas libertades con ella; aventuró ciertas caricias y se aprestó a llegar a mayor intimidad, cuando Pauline, que al principio soportó sus manoseos, esperando el momento propicio, se puso a gritar de manera desaforada y sin soltarle. L.D.M.E. estaba bien cogido para poder escaparse; los suizos se presentaron.

—¿Qué sucede aquí? —preguntaron—. ¿Qué pasa?

—Señores —respondió Pauline— este libertino es mi marido; hace días que no hago más que espiarlo, disfrazada como me veis, para hacerle caer en la trampa en la que al fin ha caído hoy. Quiero dejarlo en condiciones, para que no vuelva a tener más recaídas.

Todos se rieron, pues no conocían a la infame que hablaba, y el pobre marido fue conducido a la puerta del jardín, entre el abucheo de todos aquellos que se encontraban allí.

Cuando L.D.M.E. se encontró a solas con Pauline y Babet, éstas se burlaron de él y le dijeron:

—¡Ya ves nuestra vida! Y sobre ti sigue cayendo el desprecio. ¡Lárgate, miserable! Vete, o nuestros amigos van a propinarte una paliza considerable.

Desde aquel día L.D.M.E. consumido por la vergüenza, no se atrevía a mostrarse en público. Sin embargo, aún no había sido castigado suficientemente.

Un día fue encontrado sobre el puente de Tournelles por las dos furcias; desde el momento en que ellas lo vieron, se pusieran a lanzarle toda clase de injurias. Él quiso responderles; pero ellas se las soltaban tan picantes y, vergonzosas, relativas a la existencia que llevaba y a su aventura en el Palais-Royal, que el hombre no pudo soportar aquello por más tiempo.

Lanzó una mirada extraviada al río y se arrojó a sus aguas.

Tal fue la suerte de un hombre que no carecía de méritos, pero que el horrible crimen de seducir a la hija de su amigo le condujo de desgracia en desgracia hasta la peor de todas: el suicidio.

Las dos mujeres, al fin, fueron encarceladas.

No se puede, sin estremecerse, pensar en la suerte de las infortunadas víctimas que languidecen en los correccionales, en esas cuevas inmundas, verdaderas imágenes del infierno.

Pero, ¡ay!, para desgracia y espanto del género humano, a veces es necesario emplear este cruel remedio y detener a aquellos y aquellas cuyas perversas inclinaciones les llevan al crimen.

No obstante, con qué reserva la Administración debe pronunciar castigos tan atroces. Las leyes (el verdadero filósofo lo siente) no deben castigar más que lamentándolo, pues no están hechas más que para la dicha y no para la desgracia de los miembros de la sociedad.

París, 1792



Nicolas Edme Restif de La Bretonne (También llamado Nicolas-Edme Rétif de la Bretone; Sacy, 1734 - París, 1806) Escritor francés. Autor prolífico, su obra, que durante mucho tiempo fue considerada libertina y licenciosa, sólo recientemente ha sido rescatada del olvido. Sus relatos y novelas recrean el mundo rural de su infancia y el ambiente de París (*El pornógrafo*, 1769; *El mimógrafo*, 1770; *El campesino pervertido o Los peligros de la ciudad*, 1775; *El señor Nicolás o El corazón humano al descubierto*, 1794-1797).

Nacido en una familia campesina, Restif de la Bretonne comenzó a trabajar a los dieciséis años en una imprenta a la par que llevaba cuadernos con anotaciones íntimas y poemas. En 1761 se instaló en París; frustrado en su vida matrimonial, en la que tuvo cuatro hijas, mantuvo luego con cada una de ellas una relación pasional que llegó al incesto. En 1767 publicó su primera y muy mediocre novela, *La familia virtuosa. Cartas traducidas del inglés por M. de la Bretonne*.

A partir de entonces, su biografía se confunde en lo esencial con su trabajo de escritor.

De entre las diversas novelas que rápidamente se sucedieron, destacan *Lucilea o Los progresos de la virtud* (1768), *Le pied de Fanchette* (1769) y *La fille naturelle* (1769). Al mismo tiempo redactó una serie de escritos que llamó *Ideas singulares*, de estilo pesado y que contenían planes de reforma y consideraciones morales. Continuó escribiendo novelas tan largas como insípidas, hasta que finalmente le llegó el éxito con *El campesino pervertido* (1775). Al año siguiente publicó *El nuevo Emilio o La educación práctica*. Siguieron a este libro varias novelas epistolares, entre ellas *La vida de mi padre* (1779), una de sus mejores obras, escrita a la gloria de sus antepasados.

De 1780 a 1789 concibió sus títulos más importantes. En el primero de esos años comenzó a publicar una vasta saga de novelas breves, *Las contemporáneas o Aventuras de las mujeres más hermosas de la época actual* (1781 a 1783), que alcanzó cuarenta y dos volúmenes y que conoció un rápido éxito. Siguió *La Découverte australe par un homme volant* (1781), obra en la que el gusto por lo maravilloso se mezcla con la utopía. La pasión no correspondida por una joven le inspiró *La última aventura de un hombre de cuarenta y cinco años* (1783), obra en la que la experiencia vivida encuentra su transcripción en un relato en forma de diario, al mismo tiempo conmovedor y sobrio, y que aparece como un prólogo a su autobiografía, *El señor Nicolás* (1794 a 1797, en dieciséis volúmenes).

Todavía a la misma década pertenecen *La femme infidelle* (1786), novela epistolar sobre la discordia conyugal, e *Ingénue Saxancour ou la femmeséparée* (1789), consagrada a la historia del matrimonio desgraciado de su hija Agnès. Abordó también el teatro y escribió una quincena de piezas, reunidas en cinco volúmenes publicados en 1793. Continuó escribiendo novelas breves y la última gran obra de

esta etapa: *Las noches de París o El espectador nocturno* (1788 a 1794), en ocho volúmenes, de gran riqueza narrativa y documental.

Durante el convulso período que siguió al estallido de la Revolución francesa se vio reducido a la miseria material, pero continuó imprimiendo él mismo sus manuscritos. De aquellos fecundos años son algunos títulos considerados en la actualidad obras maestras por la anticipación a su tiempo, como *Le drame de la vie, contenant un homme tout entier* (1793, cinco volúmenes), el compendio de relatos muy breves con frecuencia autobiográficos titulado *L'année des dames nationales* (1791 a 1794, doce volúmenes), la obra pornográfica *La Anti-Justine o Las delicias del amor* (1798), *Les Posthumes* (1802, cuatro volúmenes publicados bajo el nombre de Cazotte) y *La filosofía del señor Nicolás* (1796), de aproximadamente cinco mil páginas.

Restif de la Bretonne dejó a su muerte gran cantidad de manuscritos, desaparecidos en su mayor parte. Catalogado durante mucho tiempo como «pornógrafo», a partir del siglo XX la crítica destacó la modernidad de los procedimientos narrativos de su obra (discontinuidad, intertextualidad, deconstrucción de las formas literarias) y su inusual tratamiento del género autobiográfico.